

**Universidad de Chile**  
**Facultad de Filosofía y Humanidades**  
**Departamento de Ciencias Históricas**

*Experiencias de modernidad de los sectores populares en la mirada de escritores chilenos  
de la primera mitad del siglo XX*

**Seminario de Grado para optar al grado de Licenciado en Humanidades con mención  
en Historia**

**María Beatriz Cifuentes Orellana**

**Profesoras**  
**Alicia N. Salomone y Claudia Zapata**

**Santiago, Diciembre de 2005**

Para Carlos y Fénix

## **INDICE**

### **Introducción.**

#### **Primera parte: Modernidad y modernización: el nuevo escenario latinoamericano 1900-1940**

1. Modernidad y modernización en América Latina: una entrada al debate.
2. Modernidad y modernización en Chile: una mirada desde la cultura 1900-1940
3. Modernidad cultural en Chile: la situación de los intelectuales

#### **Segunda parte: Ciudad, cultura letrada y las promesas de la modernidad: la experiencia de modernidad de los sectores populares en las novelas de Manuel Rojas, José Santos González Vera y Oscar Castro**

1. Ciudad y vida urbana.
2. La cultura letrada y el oficio intelectual.
3. Los sectores populares frente a las promesas de la modernidad.

### **Conclusiones**

### **Bibliografía General.**

## **Introducción**

El tema central de este trabajo es el debate sobre de la modernidad latinoamericana que abordaré acudiendo a unos testigos que tienen la virtud de esmerarse (empujados por quién sabe qué fuerza misteriosa y desaforada) para que sus testimonios sean placenteros y a la vez profundos: los escritores. He intentado entrar a este debate desde una doble perspectiva: primero, situando el contexto en el que se mueven y que influye a mis testigos, los escritores y, por extensión, los intelectuales en general. Eso es lo que he hecho en la primera parte. Segundo, sumergiéndome de lleno en esos testimonios para reconstruir su mirada sobre la forma en que la modernidad se traduce en una determinada experiencia de vida para el caso de los sectores populares. A eso está dedicada la segunda.

No quiero decir con esto que esas novelas sean para mí una "fuente" incuestionable de aplastante objetividad. No lo son porque no cabe aquí la menor duda de que la mirada es parcial, personal, interesada, porque pertenece a un hombre que está vivo (o lo estuvo) y como vivo en el mundo de los vivos se la está jugando entera por arrancarle a esa vida lo mejor que pueda darle. Pero, por otro lado, no creo que la obra de arte emerja en el vacío para perderse en él. No. La obra de arte está señalada desde antes de su nacimiento por la sociedad en que ha venido al mundo. Tampoco es un reflejo mecánico, idéntico como quisieron hacerla parecer los naturalistas. Es más bien la conjunción (insólita, llena de vericuetos, de discontinuidades y permanencias) de una serie de condicionamientos y circunstancias históricas que son únicas, pero que, sobre todo en el mundo moderno, nos conectan siempre con la totalidad.

Precisamente, es a esa totalidad, la vida histórica de la sociedad, a la que he querido apuntar a lo largo de mi exposición. Es por ello que constantemente estoy haciendo un contrapunto entre la mirada generalizante de la teoría y la particularidad local y temporal. Espero haber tenido éxito. Creo que el valor que pueda tener mi análisis está dado por el hecho de que pretende insertarse, partiendo del tema específico de la modernidad cultural expresada en el desarrollo de una intelectualidad crítica de extracción popular y mesocrática, en el debate sobre las características del mundo que vivimos. Más allá de los cambios que han tenido lugar desde el inicio del siglo XX hasta nuestros días, me parece que existe una continuidad de fondo, que aporta actualidad a los actores y las problemáticas que puedan observarse en ese entonces. Esa continuidad está dada por el capitalismo y la modernidad, entendidos como fenómenos concomitantes que sólo para efectos de análisis pueden ser disociados.

Si he adoptado las formulaciones de Jürgen Habermas relativas a las características de la modernidad y sus principales "aporías", para usar sus términos, es porque me resultan útiles para efectos del análisis que he querido construir. Creo, sin embargo, que él mismo tiene sus límites. Habermas no cuestiona la pertinencia del discurso moderno como tal, su intención es explicar por qué la modernidad es un "proyecto inconcluso". Para ello distingue entre la modernidad que se alimenta de la racionalidad instrumental asociada en la práctica al desarrollo capitalista y a la construcción de las burocracias modernas, y aquella otra que anida en el "mundo de la vida" y que se relaciona con el "contenido normativo" del discurso moderno: lo que la humanidad debe ser para alcanzar su emancipación plena. Confía en que, si se operan ciertos cambios que pongan freno a la racionalidad "de medios con arreglo a fines" que tiende a fagocitar todo lo demás, es posible corregir el rumbo de la historia para que este proyecto se realice.

En el fondo, su planteamiento implica que es posible sostener la existencia de un discurso moderno que mantiene su vigencia pese a la historia de lo que la modernidad ha sido en la práctica. Es más, Habermas acepta la legitimidad y pertinencia del estado moderno y el régimen capitalista, siempre y cuando su acción se limite a la esfera que le es propia. En este sentido, no me interesa hacer un manifiesto político, pero creo que tanto en el desarrollo histórico y como en el presente existen indicios de que la contradicción no radica solamente en la hipertrofia de estas estructuras, sino en su misma existencia. Estoy lejos de presentar una conclusión definitiva a este respecto y, en cambio, he intentado *desnaturalizar* ciertas concepciones que comúnmente se dan por sentado.

Como dije, la puerta de entrada en este complejo terreno es la situación específica de los intelectuales que emergen como producto y a la vez como reacción a la crisis de la modernización oligárquica. En este sentido, intenté develar hasta qué punto ellos están insertos en la modernidad que critican y como este hecho actualiza en el contexto latinoamericano la separación entre los círculos letrados y el resto de la población. En el transcurso de la investigación este punto cobró una trascendencia que yo no había previsto en un comienzo y, por ello, la síntesis de la modernidad y la modernización latinoamericanas que hago en la primera parte busca, en el fondo, tantear algunas explicaciones para este fenómeno. Sería interesante ahondar en futuras investigaciones sobre el particular, poniendo en juego otros aportes teóricos e historiográficos.

En cuanto al trabajo de análisis de discurso en las tres novelas que escogí (*Sombras contra el muro* de Manuel Rojas, *La vida simplemente* de Oscar Castro y *Vidas Mínimas* de José

Santos González Vera) debo decir, para empezar, que al leer el texto completo del estudio se nota una predominancia de la primera de ellas y de la figura de su autor. Aunque esto escapa a mi intención original, creo que se explica porque *Sombras contra el muro* es un texto muy rico para abordarlo desde la perspectiva de la modernidad y también porque Manuel Rojas efectivamente representa un hito en la narrativa contemporánea chilena. Esto último no sólo se manifiesta en términos de la crítica literaria, sino en el hecho de que el mismo autor fue consciente de su innovación y se encargó de ponerlo por escrito en varios ensayos. De todas maneras, la elección de estos autores ha respondido más que nada a mi gusto personal y estoy segura de que un análisis como éste puede construirse a partir de la figura y la obra de otros escritores contemporáneos a ellos.

Algo semejante ocurre con la estructura que tiene el análisis, centrado en tres motivos (la ciudad, la cultura letrada y las promesas de la modernidad) que me han servido para delinear la experiencia de modernidad de los sectores populares chilenos de principios de siglo XX, según los tres escritores mencionados. Si bien creo que estos motivos se sostienen en función de la perspectiva teórica que tiene este estudio, quedan muchos aspectos que igualmente pueden servir para dar cuenta de los discursos sobre el impacto de la modernización en la vida de los pobres urbanos; por señalar algunos: las relaciones de género, la situación de la familia y de la infancia, la adopción por parte de los sujetos populares del discurso dominante, etc.

Nada más en esta introducción, que no es más que un mapa de bolsillo para ubicarse en lo que sigue: ahí está la sustancia de lo que he querido decir.

## Primera parte

### Modernidad y modernización: el nuevo escenario latinoamericano 1900-1940

#### 1. Modernidad y modernización en América Latina: Una entrada al debate.

¿Cómo hablar de modernidad en América Latina? ¿Desde qué perspectiva? La primera opción siempre es hacerlo teniendo en mente el modelo europeo y norteamericano: capitalismo, sociedad civil y estado nación<sup>1</sup>. Una mirada a la realidad del continente aporta una rápida y ya conocida conclusión: dependencia y subdesarrollo. Conclusión innegable, pero que no alcanza para dar cuenta de los procesos particulares de las sociedades latinoamericanas. Hay que hurgar un poco más profundo, meterse en aguas pantanosas. En palabras de Jesús Martín-Barbero:

*“Comprender tanto lo que en la diferencia histórica ha puesto el atraso, pero no un tiempo detenido, sino un atraso que ha sido históricamente producido como lo que a pesar del atraso hay de diferencia, de heterogeneidad cultural, en la multiplicidad de temporalidades del indio, del negro, del blanco y del tiempo que hace emerger su mestizaje”<sup>2</sup>*

Imposible negar que el atraso existe, ¿atraso respecto de qué? Está claro: respecto al desarrollo material y social de lo que se ha dado en llamar “Primer Mundo”, denominación que, con todo lo cuestionable que pueda ser, refleja la manera en que Latinoamérica se relaciona con Europa Occidental y posteriormente con EEUU, desde el momento en que se inicia la invasión española al continente en el siglo XV. A partir de entonces las sociedades

---

<sup>1</sup> Para una visión panorámica sobre las definiciones y contenidos de la modernidad y la modernización véase Jorge Larraín Ibáñez, *Modernidad, razón e identidad en América Latina*, Andrés Bello, Santiago, 1996, pp 17 y ss

<sup>2</sup> Jesús Martín-Barbero, *De los medios a las mediaciones. Comunicación, cultura y hegemonía*, GG MassMedia, Barcelona, 1991, pp 206, subrayado en el original.



al sur del río Grande han estado integradas en esa singular carrera de obstáculos cuya meta es la “modernidad” o, para usar un término más actual, el “desarrollo”, y de la cual se saben de antemano los ganadores, sin que por eso los rezagados puedan dejar de seguir compitiendo.

Pero no todo se explica con mirar hacia el norte. Desde que las sociedades latinoamericanas alcanzan una relativa independencia, no digo política, sino más bien social, con la conformación de estructuras sociales definidas capaces de pensar y actuar desde sus propias realidades, la modernidad en Latinoamérica ha dejado de ser un problema de *los otros* para pasar a ser un problema *nuestro*.

Primero, se presentó como una demanda y aspiración de la elite criolla que había crecido y madurado a la sombra de la dominación peninsular. Minoría que con más o menos lucidez asumía los imperativos de la Ilustración como proyecto de emancipación para estas sociedades, las que finalmente desbordaron cualquier previsión sobre los conflictos que contenían y que hicieron imposible, en el siglo XIX, su transformación en estados nacionales propiamente modernos. Pero la suerte ya estaba echada y si bien en muchos aspectos las sociedades latinoamericanas continuaron con las formas y el ritmo de los siglos coloniales, pese a los reiterados intentos de las elites por “europeizarlas”, los nexos comerciales con las metrópolis habían abierto el camino para la integración completa de Latinoamérica en el Occidente capitalista, cuya tendencia era hegemonizar al mundo entero, tendencia que llegó a su punto culminante con el imperialismo a partir del último tercio del siglo XIX.

La integración comienza entonces de manera parcial, implicando solamente a aquellos grupos sociales que estaban en condiciones de entrar en relación con los capitales extranjeros. Esta relación se dio en forma desigual y dependiente: los capitales y la iniciativa fueron monopolio de las compañías extranjeras; el papel de las elites locales fue subsidiario; hecho que marcará no sólo su suerte sino, a la postre, la de todas las sociedades del continente.

La integración vino a completarse en el tránsito hacia el siglo XX, período que Angel Rama ha denominado *modernización internacionalista*, un segundo nacimiento para Latinoamérica:

“Los que habían sido azarados estados desprendidos de España y Portugal, se convierten en la pujante América Latina que consolida su pertenencia a la economía-mundo occidental y construye su reconocible imagen contemporánea, pues en este período se fraguan las bases de la actual América Latina”.<sup>3</sup>

Tal vez la característica más relevante de esta nueva actualidad del continente sea el estado permanente de crisis, derivada de la búsqueda, muchas veces convulsa, de un orden social que contenga y responda a esa enorme heterogeneidad cultural, búsqueda que abarcará todo el siglo XX y que dista mucho de haber concluido.

No es casualidad que el propio Rama marque el comienzo de este período con la Revolución Mexicana en 1911. Como consigna José Luis Romero, el cambio fue producido por:

“Cierta transformación sustancial que se operó por entonces en la estructura económica de casi todos los países latinoamericanos [...] Fue, ciertamente, la preferencia del mercado mundial por los países productores de materias primas y consumidores virtuales de productos manufacturados [...] lo que desencadenó una actividad desusada

---

<sup>3</sup> Angel Rama, La ciudad letrada, ediciones Norte, Hannover, 1984, pp 105

hasta entonces y lo que aceleró las tendencias que procurarían desvanecer el pasado colonial para instaurar las formas de la vida moderna”<sup>4</sup>.

Este proceso ha sido interpretado por Tulio Halperin Donghi como la instauración de un nuevo pacto colonial, en circunstancias distintas al anterior, puesto que los países americanos eran formalmente independientes; pacto que el autor califica como neocolonial.<sup>5</sup>

El cambio repercutió principalmente en las capitales y los puertos, así como en las regiones que ocuparon lugares estratégicos en la producción o el intercambio. Sin embargo, hubo muchos lugares, tal vez la mayoría, que quedaron al margen de este impulso inicial. Con todo, el radio de influencia de las transformaciones fue progresivamente ampliándose, proceso que continúa hasta nuestros días. En todo caso, más allá de una estimación cuantitativa de los alcances de esta modernización, lo que interesa es apreciar su magnitud cualitativa: aunque la capital fuera un enclave de “civilización”, cercada por vastas regiones de “barbarie”, la iniciativa, el crecimiento y finalmente la fuerza para imponer su dinámica fue monopolio exclusivo de aquellas ciudades que se situaron a la vanguardia del proceso, y dentro de éstas, de las clases en el poder. Por otra parte, la situación de estas últimas no tardó en ser cuestionada en la práctica por el surgimiento de una clase trabajadora con caracteres modernos, producto de las transformaciones que experimentaba la sociedad.

Las mismas exigencias del mercado internacional determinaron que esta modernización se extendiera más allá de las clases dirigentes, infiltrándose en la cotidianidad de todos

---

<sup>4</sup> José Luis Romero, *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*, Siglo XXI, Buenos Aires, 1976, pp 247-248

<sup>5</sup> Ver Tulio Halperin Donghi, *Historia contemporánea de América Latina*, (1967), Alianza Editorial Buenos Aires, 2005, Segunda parte “El orden neocolonial”, pp. 213 y ss

quienes vivían en las ciudades que se modernizaban, cuyo número era acrecentado diariamente por la llegada de inmigrantes nacionales y extranjeros atraídos por la posibilidad de una vida mejor. Al igual que en todos los lugares integrados a la modernización, en América Latina la ciudad y lo urbano pasarán a ser el centro de la nueva era; aunque la naturaleza no dejará de estar presente en la cultura latinoamericana en forma de campo, selva, desierto, etc., lo cual es patente en los temas de su literatura contemporánea. Muchas ciudades aumentaron considerablemente su población, pero sobre todo las capitales, de las cuales Romero afirma que “duplicaron o triplicaron la población en los cincuenta años posteriores a 1880, y multiplicaron su actividad en una cierta proporción”.<sup>6</sup>

La diversificación y la movilidad caracterizaron a estas sociedades urbanas en tránsito a la modernidad. El ascenso social y la crisis de la vieja jerarquía hicieron posible, en potencia, que todos y todas pudiesen mejorar su condición de vida. Los que pudieron hacerlo, se enriquecieron gracias a su abnegación y otras veces gracias a la astucia para detectar y aprovechar la posibilidad de un buen negocio, pasando a conformar las “nuevas burguesías” de las que habla Romero, aunque la mayoría de los antiguos “patricios” republicanos que eran ricos siguieron siéndolo. Los menos afortunados, que eran los más, constituyeron los sectores populares urbanos amenazados por la miseria y encandilados por la posibilidad de ascender socialmente: poder ganarse la vida, tener una vivienda propia, acceder a la educación y a la cultura y poder adquirir los objetos que el mercado ponía ante sus ojos; se configuran, en el tiempo, como los objetivos de los pobres de las ciudades, objetivos que se van haciendo tanto más urgentes en la medida que la modernización de

---

<sup>6</sup> José Luis Romero, op cit, pp 252

profundiza, bombardeándolos diariamente con los signos del progreso. No pasará mucho tiempo para que a estos objetivos se añada uno más: el derecho de tomar parte en la política nacional.

Es en este punto cuando la modernización encuentra sus límites:

"El avance histórico de la modernidad ha sido disparejo y [...] el impacto de las ideas modernas no siempre logró la implementación inmediata de las prácticas sociales e instituciones modernas. [...] Como lo ha expresado Wagner, 'la apertura socialmente peligrosa de la modernidad fue bien reconocida' y, en consecuencia, 'los fundamentos de tal sociedad fueron en la práctica elaborados muy incompletamente, y se desarrollaron medios para contener el proyecto moderno' [...] Las ambigüedades del proceso modernizador, con sus promesas teóricas y exclusiones prácticas y las mismas críticas que estas inconsistencias despertaron, conducen a lo que Wagner ha llamado la primera crisis de la modernidad. Desde principios del siglo XX, o, a más tardar, desde la Primera Guerra Mundial, se inicia un proceso de readecuación de la modernidad en que la 'cuestión social' asume una importancia fundamental".<sup>7</sup>

Esta primera crisis de la modernidad en el mundo occidental, coincide en Latinoamérica con la crisis que se denominó "del Centenario" y que es precisamente el período en que abre el marco temporal de este estudio.

La emergencia de los sectores populares y su progresiva clarificación respecto a sus aspiraciones entró en conflicto con los intereses y prácticas de las nuevas burguesías en el poder, inaugurando para Latinoamérica el conflicto de clases moderno que necesariamente tenía que adquirir caracteres bien particulares: a la contradicción capital-trabajo habría de agregársele la del indio y el blanco, la de las provincias y la capital, etc. Todo lo cual puso en serios aprietos, aquí en Latinoamérica, lo que Habermas ha llamado el *potencial de autotransformación* de la modernidad burguesa, esto es, la supuesta capacidad de la

---

<sup>7</sup> Jorge Larraín Ibáñez, op cit, pp 31-32. El autor cita la obra de P.Wagner, *A sociology of Modernity*, Polity Press, Cambridge, 1990, pp 37

modernidad de superar los límites que le ha impuesto su formulación originaria (modernidad para el hombre blanco, propietario de los medios de producción) radicalizando sus supuestos para incluir a otros actores (las mujeres, el proletariado, etc.)<sup>8</sup>

Pero incluso el conflicto modélico entre capital-trabajo se complejiza en el caso latinoamericano, pues ¿quién o quienes constituyen el proletariado en Latinoamérica?. El capitalismo dependiente que se desarrolla en nuestros países ha determinado que el llamado “proletariado clásico”, es decir, el obrero fabril haya sido, y siga siendo, una minoría dentro de los sectores populares americanos; aunque su pronta organización y politización pueda hacerlo parecer más representativo de aquéllos de lo que realmente ha sido. Pero no debe confundirse la parte con el todo.

En los tiempos modernos, el proletariado fue definido por Karl Marx; su concepto no apunta a un tipo particular de trabajador, a una ocupación específica, sino más bien a una condición dentro del sistema productivo y de la sociedad de clases. El proletariado es:

“Esa clase obrera moderna que sólo puede vivir encontrando trabajo y que sólo encuentra trabajo en la medida en que éste alimenta e incrementa el capital. El obrero, obligado a venderse a trozos, es una mercancía como otra cualquiera, sujeta, por tanto, a todos los cambios y modalidades de la concurrencia, a todas las fluctuaciones del mercado”<sup>9</sup>.

Si proletario es aquél que debe trabajar para sobrevivir, vendiendo, como una mercancía cualquiera, su fuerza de trabajo; entonces todos los trabajadores latinoamericanos de principios del siglo XX serían proletarios. Ahora bien, para la mirada historiográfica queda pendiente analizar las formas específicas que asumió el proletariado en esa época. Con

---

<sup>8</sup> Ver Jurgen Habermas, *Prefacio a la edición alemana de 1990*, En: Historia y crítica de la opinión pública, G.Gili editores, México, 1994, pp 5 y ss

<sup>9</sup> K. Marx y F. Engels, *Manifiesto del Partido Comunista* (1848) en [www.librodot.com](http://www.librodot.com)

todo, en este período de acelerada transformación, subsisten relaciones productivas que como el artesanado, no corresponden a la definición de proletariado que he adoptado. Aunque, en el tiempo, estas formas tenderán a desaparecer y sus miembros a proletarizarse. Por esta contemporaneidad de relaciones productivas modernas y pre-modernas, utilizaré en adelante el concepto de “sectores populares” para referirme a los obreros, artesanos, traperos, vagabundos, delincuentes, prostitutas, intelectuales, etc., que protagonizan las obras que estudiaré más adelante.

Respecto a esta denominación, comparto con Gutiérrez y Romero que es un concepto ambiguo que no constituye una respuesta sino

“Un punto de partida: marcar un espacio de la sociedad donde se constituyen identidades cambiantes, de bordes imprecisos y en estado de fluencia”.<sup>10</sup>

La clave está en la diferenciación que los caracteriza: en uno de sus extremos está la posibilidad de diferenciarse “hacia arriba” mediante el acceso a la educación, el comercio o el ahorro, pasando a integrar las llamadas “clases medias” (otro concepto de difícil delimitación); en el otro, en cambio, está siempre latente la diferenciación “hacia abajo”: la indigencia, la inanición o la integración al hampa. En el medio, encontramos el conjunto heterogéneo de quienes sobreviven con ingresos más o menos estables, en condiciones más o menos miserables, con mayor o menor grado de educación, más o menos integrados al conjunto de los valores modernos. José Luis Romero ha hablado de un *proletariado de formación aluvial* para denominar a esa masa que

“no encontraba su lugar político ni en los partidos ni en las organizaciones tradicionales de la clase obrera, pero cuyas expresiones de violencia dejaban ver la fuerza de que era capaz”.<sup>11</sup>

---

<sup>10</sup> Leandro Gutiérrez y Luis Alberto Romero, Sectores populares, cultura y política. Buenos Aires en la entreguerra, Sudamericana, Buenos Aires, 1995, pp 15.

Siguen en pie muchas interrogantes; por ejemplo, en qué lugar de la sociedad situar a un hombre que vive al filo de la miseria, pero que es letrado y tiene inquietudes intelectuales, hecho que le suscita la aguda conciencia de ser distinto de sus vecinos, igual de pobres que él. O a un niño que vive en un hogar bien constituido, donde hay comida y abrigo suficiente, pero cuyos ingresos provienen de las actividades delictivas del padre. Ambos ejemplos corresponden a los protagonistas de novelas de José Santos González Vera y Manuel Rojas, respectivamente.

La discusión sobre los componentes y características de los sectores populares latinoamericanos y la discusión concomitante sobre las clases medias está lejos de ser superada y no pretendo darle una solución definitiva en esta exposición. En todo caso, las distintas variables implicadas en ella son una buena puerta de entrada al debate sobre nuestra modernidad que está en el fondo de este asunto son los criterios para juzgar es *status* moderno de una sociedad: ¿Qué patrones definen el grado de modernidad o modernización de una sociedad? ¿El acceso mayoritario al consumo? ¿El nivel educacional de sus miembros? ¿El pleno empleo? ¿La existencia de una democracia representativa y de organizaciones ciudadanas capaces de convertirse en interlocutoras frente al Estado?

Desde un comienzo, la modernidad contenía en sí dos tendencias, resumidas en la promesa del *progreso material y moral* que aquella implicaría para la humanidad. Por una lado, la emancipación de los hombres y mujeres respecto a la naturaleza y la tiranía que ésta había

---

<sup>11</sup> Jesús Martín-Barbero, op cit, pp 216. El autor hace referencia a lo propuesto por José Luis Romero en Las ideologías de la cultura y las ideas, pp 54.



ejercido sobre ellos en las épocas precedentes. Esta promesa está ligada al surgimiento de una *racionalidad con arreglo a fines o racionalidad instrumental* expresada en el desarrollo del capitalismo, la ciencia y la técnica. Por otra parte, la modernidad prometía además la *emancipación de la naturaleza interna*, esto es, la autoconciencia individual, el surgimiento del *individuo moralmente responsable*, capaz de entablar una relación racionalmente mediada con el mundo y sus semejantes. Esta promesa está contenida en formulación filosófica de la modernidad, tal como lo resume Larraín:

“El discurso de la modernidad está influido fundamentalmente por las ideas de libertad y autonomía individual en todas las esferas de la vida. Libertad y subjetividad son para Hegel la base misma de la modernidad [...] en el nivel económico significa la posibilidad de perseguir los intereses propios dentro de un mercado libre; en el nivel político significa la posibilidad de participación de cada individuo con iguales derechos en la formación de la voluntad política; en el nivel privado implica una autonomía ética y la posibilidad de autorrealización”.<sup>12</sup>

En su análisis sobre la modernidad occidental, Habermas diagnostica la escisión de ambas esferas y la *colonización* por parte de la racionalidad instrumental de lo que él llama *el mundo de la vida*, esto es, el contexto ético de tradiciones y cultura común de las comunidades; lugar donde debía producirse la emancipación de la naturaleza interna<sup>13</sup>. Esta escisión se ha realizado históricamente en la subordinación de la vida social a la lógica económica y burocrática. En palabras del propio Habermas:

“Bajo las presiones de la dinámica económica y de organización de las tareas y logros del Estado, esta modernización social penetra cada vez más profundamente en formas previas de la existencia humana. [...] Las tareas de transmisión de una tradición cultural, de integración social y de socialización requieren una determinada adhesión a lo que yo denomino racionalidad comunicativa. Las situaciones de donde surgen la protesta y el descontento se originan precisamente cuando las esferas de la acción comunicativa, centradas sobre la reproducción y transmisión de valores y normas, son penetradas por una forma de modernización regida por standards de racionalidad

---

<sup>12</sup> Jorge Larraín Ibáñez, op cit, pp 24

<sup>13</sup> Ver, por ejemplo, Jürgen Habermas, *El discurso filosófico de la Modernidad*, Taurus, Madrid, 1989, también “*Ciencia y técnica como ideología*” en: *Ciencia y técnica como ideología*, Tecnos, Madrid, 1992, “*Racionalidad de una forma de vida*” en: *Escritos sobre moralidad y eticidad*, Paidós, Barcelona, 1991

económica y administrativa, muy diferentes de los de la racionalidad comunicativa de la que dependen esas esferas".<sup>14</sup>

Esto se ha expresado igualmente en el terreno filosófico y teórico, en el que, como advierte Berman,

“el pensamiento moderno sobre la modernidad está dividido en dos compartimentos diferentes, herméticamente cerrados y separados entre sí: la ‘modernización’ en economía y política; la ‘modernidad’ en el arte, la cultura y la sensibilidad”<sup>15</sup>

Los gobernantes y las clases dirigentes de las naciones en vías de modernización se han legitimado como artífices del progreso material, soslayando el hecho de que el acceso al consumo y la comodidad o inclusive la existencia de una institucionalidad formalmente democrática, bien puede coexistir con sociedades cuyos comportamientos e ideologías continúan ancladas en el pasado premoderno. Como dice Martín-Barbero, en América Latina esto se ha expresado en que:

“La idea de modernización que orientó los cambios, y que llenó de contenido los nacionalismos, fue más un movimiento de *adaptación*, económica y cultural, que de profundización de la independencia. (...) Se quería ser Nación para lograr al fin una identidad, pero la consecución de esta identidad implicaba su *traducción* al discurso modernizador de los países hegemónicos, pues sólo en términos de ese discurso el esfuerzo y los logros eran validados como tales”.<sup>16</sup>

En Latinoamérica las sociedades se modernizan, pero ¿hasta qué punto?. Los intelectuales latinoamericanos han encarnado aquellas *angustias letradas de la modernización*<sup>17</sup>, al constituir la vanguardia del pensamiento en sus respectivas sociedades, siempre en tensión entre el propósito ideal de una sociedad emancipada de manera plena y la realidad latinoamericana aún *en las primeras letras*. En palabras de José Martí:

---

<sup>14</sup> Jürgen Habermas, “*Modernidad: un proyecto incompleto*”. En: Nicolás Casullo, *El debate Modernidad-Posmodernidad*, 2ª edición ampliada y actualizada, Retórica, Buenos Aires, 2004, pp 57

<sup>15</sup> Marshall Berman, “*Todo lo sólido se desvanece en el aire: Marx, la modernidad y la modernización*” En: *Aventuras marxistas*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2003, pp 83.

<sup>16</sup> Jesús Martín-Barbero, op cit, pp 210-211.

<sup>17</sup> La expresión es de Angel Rama, op cit, pp 116

“Porque es dolor de los cubanos y de todos los hispanoamericanos, que aunque hereden por el estudio y aquilaten con su talento natural las esperanzas e ideas del universo, como es muy otro el que se mueve bajo sus pies que el que llevan en la cabeza, no tienen ambiente ni raíces ni derecho propio para opinar sobre las cosas que más los conmueven e interesan y parecen ridículos e intrusos si, de un país rudimentario, pretenden entrarse con gran voz por los asuntos de la humanidad”.<sup>18</sup>

En este sentido, me parece que la posición que ocupan los intelectuales críticos como Martí en este período es doblemente problemática: por un lado y con razón, alzan la voz para denunciar los estragos que la bullada modernización está produciendo en las condiciones de vida de la mayoría de sus contemporáneos, y no digo sólo la falta de pan, techo y abrigo; sino el estado de postración moral e intelectual, el embrutecimiento y la depravación que sufren quienes viven en la miseria. Pero al mismo tiempo, su calidad de intelectuales en una sociedad que se moderniza tiende a aislarlos de las mayorías por las cuales abogan, encerrándolos en la esfera especializada de la cultura.

Mi idea ha sido hasta aquí exponer en parte el complejo panorama que enfrenta un análisis de la modernidad en América Latina para volver a la pregunta inicial ¿Desde qué perspectiva abordar la modernidad en nuestro continente?. Porque está fuera de duda el hecho de que a partir de fines del XIX se inicia una nueva etapa de la historia de estos pueblos. No basta con hablar de modernidad o modernización a secas, hay que agregar modernidad *latinoamericana* para dar cuenta de que si bien aquí se actualizan muchas de las tendencias y contradicciones que se verifican también en el contexto de origen (y por eso se justifica seguir hablando de *modernidad* y no de otra cosa); transpuesta al nuevo escenario, ésta adquiere caracteres específicos relacionados con la historia propia del continente.

---

<sup>18</sup> José Martí, “*Heredia*”, publicado en *El economista americano*, New York, julio 1888. Citado por Angel Rama, op cit, pp 114.

Más allá de lo que falta, lo que se ha imitado y de lo que se ha abusado, he buscado un asidero que me permita abordar lo que la entrada en la modernidad significó para algunos de los que la vivieron (los escritores), tal y como fue representado por ellos en la literatura. En busca de un norte, me ha parecido que entender la modernidad como una *experiencia* puede ser una herramienta útil toda vez que permite, como dice M. Berman, entender que:

“La vida moderna implica un todo coherente [...] que incluye la política y la psicología modernas, la industria y la espiritualidad modernas, las clases dominantes y las clases trabajadoras modernas”.<sup>19</sup>

Es en la experiencia de los diversos individuos que viven en un contexto moderno o en vías de modernización donde pueden apreciarse las tendencias y contradicciones de la nueva realidad, su alcance y funcionamiento concretos, su capacidad de modelar la cotidianidad y las percepciones de los sujetos. Además, esta propuesta de Berman implica que los hombres y las mujeres son “a la vez sujetos y objetos del proceso imperante que hace que todo lo sólido se desvanezca en el aire”<sup>20</sup>, alejándose tanto de la autovictimización como del triunfalismo.

La modernización obliga a las personas a buscar nuevos caminos para su sobrevivencia, es más, abre la expectativa del despliegue potencialmente infinito de las aptitudes y motivaciones individuales y colectivas, del *autodesarrollo*. Pero, al mismo tiempo genera unas condiciones sociales que tienden a impedir que la mayoría de los hombres y las mujeres efectivamente lo hagan realidad en su propia vida.

---

<sup>19</sup> Marshall Berman, op cit, pp 82.

<sup>20</sup> Ibídem, pp 84.

## **2. Modernidad y modernización en Chile: una mirada desde la cultura 1900-1940**

Ensayaré en este capítulo una caracterización del proceso de modernización y el estado de la modernidad cultural en Chile desde 1900 hasta la década de 1940. Aunque el mundo representado en las obras que estudiaré abarca las primeras dos décadas del siglo, he extendido el marco temporal de esta parte para hacer un análisis general del contexto cultural chileno de ese período, a la luz de las líneas esbozadas en el capítulo precedente.

De antemano advierto que no debe buscarse aquí un contexto histórico exhaustivo, pues mi intención es más bien elaborar, en base a antecedentes históricos, un diagnóstico general del estado de la modernidad en Chile desde la esfera de la cultura, en el entendido de que ésta integra un todo coherente que constituye la vida de las sociedades.

Como se mencionó en el capítulo anterior, la elite criolla que llevó a cabo la independencia política de Chile y que como tal sumió el papel dirigente del nuevo estado, estaba fuertemente influida por el pensamiento ilustrado europeo. Frente al pasado colonial que, dado el contexto, aparecía como una lastre de oscurantismo, se creyó que la fórmula para sacar al país de la postración en que lo habían sumido los largos siglos de dominación hispana, era la adopción de los postulados de la modernidad europea.

Bernardo Subercaseaux ha definido este proceso como el surgimiento de una “cultura liberal republicana” en la primera mitad del siglo XIX, cuyos representantes más destacados son los miembros de la “Generación de 1842”, entre ellos José Victorino Lastarria, Antonio García Reyes, Francisco Bilbao, Guillermo Matta, Diego Barros Arana y

los argentinos Domingo Faustino Sarmientos, Juan Bautista Alberdi y Bartolomé Mitre los que durante su estadía en el país desarrollaron una intensa labor de promoción de la ilustración:

“Desde 1840 se perfila un proceso de desarrollo gradual de la educación y de la cultura [...] se trata de un proceso que en realidad continúa con la vertiente ilustrada de la emancipación política pero que [...] fue percibido por sus propios actores como un momento fundacional nuevo, de rasgos diferentes. [...] se expresan e institucionalizan un conjunto de ideas y aspiraciones que en el transcurso de las próximas décadas van a permear todos los niveles de la sociedad. Estas aspiraciones son en el plano jurídico la soberanía del individuo y la libertad como eje del sistema (libertad de imprenta, de culto, de prensa, de industria, electoral y de creación); en el ámbito político la forma republicana de gobierno y la separación e independencia de los poderes del estado; en la historiografía el relato de una nación que se inscribe en la ley del progreso y que se constituye como negación del pasado colonial; en las letras el afán de una literatura que exprese la sociedad de la época y que emancipe a los espíritus de los valores del pasado; en el plano institucional, la separación entre Iglesia y estado; en la educación, el predominio del laicismo racionalista; en la vida social y en las costumbres: el afrancesamiento y la apropiación constante de modelos europeos”.<sup>21</sup>

Tal como afirma este autor, estos liberales expresan una tendencia que en el tiempo se irá asentando como el paradigma dominante en la cultura chilena, lo cual no quiere decir que fuera inmediatamente acogida por totalidad de la clase dirigente ni por resto de la población. Por el contrario, se necesitaron varias décadas para que este discurso pasara a ser oficial; e incluso cuando fue así, en muchos aspectos no pasó de ser eso, un discurso.

Durante todo el siglo XIX se desarrolla una encarnizada confrontación entre fracciones de la clase dirigente. Hay varias razones que explican esta pugna: una de ellas es la competencia entre la elite santiaguina y la penquista por asumir el papel rector de la nación, y, en general, el rechazo de las elites de provincia a la supremacía de Santiago sobre el resto del país. El primer hito de este enfrentamiento lo constituyó la batalla de Lircay en 1830 y el inicio de lo que la historiografía ha denominado la República Conservadora en la

---

<sup>21</sup> Bernardo Subercaseaux, *Historia del libro en Chile (alma y cuerpo)*, (1993), Lom, Santiago, 2000, pp 45-46

que la figura del ministro Diego Portales fue gravitante. La Constitución de 1833 vino a consagrar el nuevo orden institucional marcado por un fuerte autoritarismo y centralismo político-administrativo cuyo eje era, por supuesto, Santiago. Sin embargo, las aspiraciones de la elite penquista y la oposición tenaz de las provincias continuaron en las décadas siguientes:

“Aunque los primeros jefes del Estado de Chile fueron oriundos de la región de Concepción, si alguna pretensión de primacía política todavía agitaba a esta última ciudad, fue definitivamente aplastada en la sangrienta batalla de Loncomilla, el 8 de diciembre de 1851, cuando las fuerza militares de Concepción que sostenían las pretensiones del candidato de esa zona, general José María de La Cruz, fueron derrotadas por las fuerzas constitucionales que dirigía el ex presidente Manuel Bulnes. En 1859 se reafirmó esta victoria político-militar después de la derrota de los levantamientos ocurridos en Copiapó, La Serena, Talca y otras ciudades del país”.<sup>22</sup>

De Ramón muestra que tras esta rivalidad entre las provincias y la capital, existían marcadas diferencias entre las elites de Santiago y las de provincia. Estudiando relatos de viajeros europeos que visitaron el país durante la segunda mitad del siglo, el autor testimonia que:

“Casi todos repitieron que las provincias chilenas y en especial Valparaíso se distinguían por ser progresistas, mientras que Santiago figuraba como el centro del conservadurismo. Sir Horace Rumbold, diplomático y observador de la realidad chilena hacia 1875, opinó que ‘el Santiago moderno es la creación de un gobierno oligárquico, fundado sobre una de las más fuertes trincheras de la ortodoxia española’”.<sup>23</sup>

A partir de esto último se pueden ponderar las posibilidades de realización que efectivamente tenían los propósitos iluministas de la generación de 1842, teniendo en cuenta que esta oligarquía “ortodoxa” era la que efectivamente tenía en sus manos el destino de la nación.

---

<sup>22</sup> Armando de Ramón, Santiago de Chile, Mapfre, Madrid, 1992, pp 158

<sup>23</sup> Ibid, pp 160

Con todo, el asunto es más profundo que una simple diferencia de caracteres. Gabriel Salazar ha propuesto una tesis de gran alcance para la interpretación de la historia y la construcción del estado chileno. En ella, la historia del Chile republicano consiste en el enfrentamiento de dos proyectos de modernización e integración social antagónicos: uno es el proyecto de modernización “de raíz latina”, cuya base está en el desarrollo de una empresariedad tanto a nivel de la clase dominante como a nivel de la masa popular compuesta por un sinnúmero de pequeños productores agrícolas, ganaderos, mineros y también por empresarios urbanos como artesanos, tenderos, pequeños comerciantes. La capacidad de integración social de este proyecto está dada, precisamente, por la existencia de esta “clase media” productivista rural y urbana que permite a sus miembros acceder a una independencia económica que en términos políticos se traduce en una tendencia a conformar asociaciones de corte democrático y federalista. Este proyecto se habría encarnado primero en el bando “pipiolo” (la fracción liberal de la clase dominante) y posteriormente en las organizaciones mutualistas.

El otro proyecto consiste en una modernización de “raíz sajona” cuyo eje es la integración “hacia fuera” centrada en el comercio exterior. El signo de este proyecto es el librecambio sin cortapisas, lo que en un contexto de inferioridad económica, deviene en una subordinación a los imperativos del capital extranjero y sus agentes. La clase dominante local abandona todo impulso empresarial productivo para abocarse a vivir parasitariamente de lo que los negocios extranjeros producen. A nivel de la mayoría de la población, implicó una expoliación sin límites de los pequeños productores por parte de la oligarquía local que busca maximizar sus ganancias, ya que no puede competir con los empresarios e inversionistas foráneos, que monopolizan prácticamente todas las fuentes de acumulación



disponibles. A la larga, esto produjo el agostamiento de los recursos productivos de los pequeños empresarios que inevitablemente recorrerán el camino hacia su proletarización definitiva. En términos políticos este tipo de modernización se caracteriza por el autoritarismo y el centralismo de los que ya he hablado.<sup>24</sup>

En el último tercio del siglo, la imposición de esta forma específica de modernización cosechará la crisis y muerte del empresariado popular ya que

“fue sobre y contra esta base productiva que operó la creciente expoliación diferenciadora de los mercaderes. [Mediante] Su monopolio sobre las relaciones externas, sobre las bodegas portuarias, sobre el transporte naviero, los centros molineros, el crédito, sobre la recaudación de impuestos, el aprovisionamiento de insumos, el nivel de precios, etc. [...] Así se abortó el desarrollo de lo que, a lo largo de siglo y medio, se había estado perfilando como polo de integración interna: la *clase media* empresarial, rural y productivista. Y en treinta años el campesinado libre fue convertido en inquilinaje servil, mientras el empresariado minero popular fue convertido en una falange de peones desalarizados. Algo más duró la guerrilla mercantil contra los artesanos e 'industriales' urbanos, pues sólo hacia 1885 se logró destruir su autonomía empresarial“.<sup>25</sup>

Según esta interpretación, en 1830 se consolida la supremacía de este último proyecto, el de los “mercaderes”, con Portales a la cabeza. Durante el resto del siglo, esta supremacía será muchas veces cuestionada por sucesivos alzamientos “productivistas”. Paralelamente surgirá, a partir de la generación del 1842, una ideología de la modernización que servirá para justificar y al propio tiempo para enmascarar las contradicciones del proyecto dominante:

“El proyecto histórico de los mercaderes necesitó, además, de un discurso superior omnicompreensivo, capaz de dar cuenta de su ruptura con el pasado

---

<sup>24</sup> Ver Gabriel Salazar y Julio Pinto, Historia Contemporánea de Chile, tomo I: Estado, legitimidad, ciudadanía, Lom, 1999, Santiago; también Gabriel Salazar, Labradores, peones y proletarios: formación y crisis de la sociedad popular chilena del siglo XIX, LOM Ediciones, 2000, Santiago; “*Empresariado popular e industrialización: la guerrilla de los mercaderes (Chile, 1830-1885)*”, en: *Proposiciones*, no. 20 (sept. 1991), pp 180-231.

<sup>25</sup> Gabriel Salazar, Julio Pinto, Historia Contemporánea de Chile, tomo I: Estado, legitimidad, ciudadanía, op cit, pp 140

hispanico (lógica de la memoria), de su discriminación hacia adentro (lógica de la dominación), y sobre todo, de sus promesas de futuro (lógica de la eficiencia). Este discurso –que se formó públicamente a partir, más o menos, de 1842- fue el del ‘progreso’. O de la ‘modernización’”.<sup>26</sup>

Si me he extendido en la exposición de esta tesis es porque permite caracterizar, en base a antecedentes históricos contundentes, la modernización producida en Chile como una modernización impuesta desde arriba, que en la práctica como en el discurso da la espalda a las tradiciones y a la cosmovisión propias de la mayoría de los habitantes del territorio. Más aún, la modernización, desmistificada, se revela como una herramienta en manos de la clase dominante para asegurar su posición e intereses a costa de los de esa mayoría. Sea que se defina a las masas de campesinos y trabajadores urbanos de mediados del siglo XIX como “empresarios populares” o de otra manera, me parece innegable que el discurso de la modernización y la manera más o menos cabal en que éste fue llevado a la práctica, no incluyó, sino para condenarlas como vicios y perversiones que debían ser extirpadas o reformadas, las tradiciones y formas de vida más arraigadas en las masas populares. La modernidad en Chile no responde a una maduración histórica de tendencias nacidas en el seno de la sociedad, internalizadas y correspondientes a una visión de mundo socialmente producida; es más bien la imposición de una clase social sobre otra que pretende arrasar o instrumentalizar en su beneficio las condiciones preexistentes.<sup>27</sup> Pero no es mi intención quedarme en lamentaciones por un (supuesto) paraíso perdido, hago este alcance porque creo que es un dato fundamental e insoslayable para poder comprender el desarrollo posterior que tendrá la cuestión en el país.

---

<sup>26</sup>Ibid, pp 136

<sup>27</sup> De todos modos, aclaro que estoy operando con un concepto teórico de modernidad basado propio autoentendimiento moderno. Como lo demuestran experiencias históricas como el fascismo italiano o el nacionalsocialismo alemán, tampoco en el contexto europeo se ha verificado una realización plena del discurso moderno, sus supuestos y "promesas".

Por lo demás, y al igual que en resto del continente, la tendencia ya estaba fijada y la modernidad cultural en Chile tendrá lugar, pero no de la manera en que la pensaron los oligarcas ilustrados del XIX. Como en toda América Latina, el punto de inflexión lo constituyen las décadas finales del siglo XIX y los primeros años del XX:

“En efecto, a partir de 1880, y después del triunfo en la Guerra del Pacífico, Chile experimentó un acelerado proceso de modernización en el plano económico, político-administrativo y social. De ese proceso, y de la inserción de la economía local en la expansión mundial del mercado, emergió un nuevo escenario. Un escenario en que ya se vislumbran con claridad los principales actores y conflictos del siglo veinte”.<sup>28</sup>

¿Cuáles son las características de este nuevo escenario? En relación al tema de este estudio destacaré: el desarrollo urbano, el crecimiento de los sectores medios y populares, el estado de actividades relacionadas con la cultura (alfabetización, escolaridad y la aparición del “público” moderno). En el siguiente capítulo analizaré en extenso una última característica: las nuevas generaciones de intelectuales y artistas que surgen al calor de la modernización.

Siguiendo la tendencia que se verifica en todo el continente, en Chile la modernización está acompañada por un agudo crecimiento de las ciudades en general y en especial de la capital, Santiago. Me centraré especialmente en esta ciudad, toda vez que resulta un caso modélico cuyas tendencias generales se observan, guardando las proporciones, en todas las ciudades importantes del país.

---

<sup>28</sup> Bernardo Subercaseaux, op cit, pp 77-78

Para comenzar, algunos datos. Si bien es cierto, como anota Armando de Ramón, que el aumento de población en la capital fue una constante durante el siglo XIX, para fines de la centuria y a comienzos de la siguiente, esa tendencia se acelera drásticamente:

“Hacia la década de 1810 la capital crecía hasta una cifra cercana a los 60.000 vecinos. En cambio, en 1843, la ciudad de Santiago contaba con unos 80.000 residentes. En 1875 el censo de ese año dio 129.807 habitantes los que, en 1895, veinte años más tarde, se habían duplicado y eran ya 256.403. En 1907 el censo dio a Santiago una población de 332.724, los que en 1920 subían a 507.000 y en 1930 llegaban a los 712.533 habitantes”.

Las estadísticas son elocuentes: mientras en la primera mitad del XIX la población de duplica en más de sesenta años, a fines del siglo y comienzos del XX, ésta se duplica en poco más de veinte años.<sup>29</sup>

El mismo autor grafica el crecimiento que, paralelamente, experimenta el territorio ocupado por la ciudad:

“En 1891 la ciudad había subido a 1.836 hectáreas extendiéndose a un ritmo promedio de 18 hectáreas anuales desde 1872; en 1895 tenía 2.000 hectáreas [...] según el *Anuario Estadístico* de 1915, el radio urbano de Santiago alcanzaba ese año una extensión de 3.006,5 hectáreas, lo que significaba un promedio anual de crecimiento de 35 hectáreas anuales si partimos del citado año 1872”.<sup>30</sup>

El crecimiento de población se explica principalmente por la llegada de habitantes rurales. Si seguimos a Salazar, tendremos que este éxodo está determinado por la bancarrota del "proyecto empresarial popular", que generó una masa de población flotante sin expectativas de mejorar su condición en su lugar de origen y que no pudo ser absorbida por el latifundio ni las otras faenas rurales. Hacia la década de 1920, habría que sumar a estos contingentes de inmigrantes, la llegada de los obreros del salitre, una vez que esta industria entró en

---

<sup>29</sup> Armando de Ramón, op cit, pp 221

<sup>30</sup> Ibid

crisis debido a la drástica disminución de la demanda internacional. De Ramón consigna, además, que esta inmigración también incluyó a las elites de provincia, atraídas por la imagen de opulencia y cosmopolitismo que proyectaba la capital.<sup>31</sup>

Hacia 1900 Santiago se moderniza aceleradamente: cuenta con agua potable, alcantarillado, luz eléctrica, teléfonos, un sistema de transporte público que comunica los distintos puntos de la ciudad, grandes parques y áreas verdes a la usanza europea como el Parque Cousiño, la Quinta Normal y el cerro Santa Lucía. Sin embargo, muchas de estas innovaciones y adelantos, signos del “progreso” de la época, constituyen privilegios de los cuales la mayoría de sus habitantes no puede disfrutar.

Viviendo en conventillos y cités o en rancherías construidas precariamente en sitios por los que deben pagar arriendos desproporcionados, sobreviven los pobres urbanos, multiplicados día a día por los que nacen y por los que llegan de las zonas rurales. Su miseria contrasta vivamente con los elegantes palacetes que la oligarquía se hace construir en el centro. En efecto, junto con la hipertrofia de la ciudad es patente una marcada segregación socioeconómica del espacio urbano, que tempranamente es objeto de especulación comercial. El intendente Benjamín Vicuña Mackenna, quien inicia en 1872 un vasto plan de remodelación de la ciudad, distinguía la existencia de dos realidades en la ciudad, una “el Santiago propio, la ciudad ilustrada, opulenta y cristiana” y la otra, los suburbios “una inmensa cloaca de infección y vicio, de crimen y de peste, un verdadero potrero de la muerte”.<sup>32</sup>

---

<sup>31</sup> Ibid, pp 222 y ss

<sup>32</sup> Ibid, pp 225

Como sea, me interesa subrayar que la ciudad se presenta como el horizonte por excelencia de esta sociedad en tránsito a la modernidad. Todos sus habitantes, pobres y ricos, se encuentran con la modernidad, más allá de los discursos oficiales, en su experiencia cotidiana. La ciudad define un modo de ser, un imaginario y un conjunto de aspiraciones. De esta forma, y pese a vivir a miles de kilómetros de las principales metrópolis europeas, la vida de los santiaguinos y santiaguinas se conecta con la vida de todos y todas los que viven las nuevas condiciones inauguradas por la modernización. La definición de Berman de la modernidad como *experiencia* cobra todo su sentido:

“Todos los hombres y mujeres del mundo comparten hoy una forma de experiencia vital –experiencia del espacio y del tiempo, del ser y de los otros, de las posibilidades y peligros de la vida- a la que llamaré modernidad. Ser modernos es encontrarnos en un medio ambiente que nos promete aventura, poder, alegría, crecimiento, transformación de nosotros mismos y del mundo –y que al mismo tiempo amenaza con destruir todo lo que tenemos, lo que sabemos, lo que somos. Los ambientes y las experiencias modernas cruzan todas las fronteras de la geografía y la etnicidad, de las clases y la nacionalidad, de la religión y la ideología: en este sentido, puede decirse que la modernidad une a toda la humanidad. No obstante, esta unión es paradójica, es una unión de la desunión: nos arroja a un remolino de desintegración y renovación perpetuas, de conflicto y contradicción, de ambigüedad y angustia. Ser modernos es ser parte de un universo en el que, como dijo Marx “todo lo sólido se evapora en el aire”. Quienes están en el centro del remolino tienen el derecho de sentir que son los primeros, y quizás los únicos, que pasan por él [...] Sin embargo, incontables personas lo padecen desde hace unos quinientos años”.<sup>33</sup>

Creo que son los grupos sociales que emergen en este período los que encarnan la parte más dinámica de esta experiencia. Y esto porque dada la dependencia directa respecto a la cultura y el capital extranjero, la oligarquía estaba literalmente apoltronada en sus privilegios. Sus acciones más decididas y coherentes estaban orientadas a conservar lo existente, renovándolo sólo dentro de los estrechos márgenes de sus intereses de clase. Su

---

<sup>33</sup> Marshall Berman, *Brindis por la modernidad*, En: Nicolás Casullo, *El debate Modernidad-Posmodernidad*, 2ª edición ampliada y actualizada, Retórica, Buenos Aires, 2004, pp 87

capacidad de innovación y creación autónomas estaban castradas por la ciega imitación de Europa. Por otra parte, la postración de su iniciativa productiva frente al dominio extranjero hizo

“inevitable que para mantener las apariencias en alto costo, se asumieran negocios espurios, de tercera o cuarta clase (tráfico de alcohol, sexo, conventillos, especulación con tierras fiscales, etc.)”.<sup>34</sup>

Junto a estas actividades “espúreas”, su ocupación exclusiva y excluyente del aparato estatal fue la otra fuente privilegiada de ingresos; en palabras de Salazar, el Estado era “el último mercado” que se podía explotar, ya que los extranjeros monopolizaban todos los demás:

“En correspondencia con esto, la ‘politizada’ oligarquía chilena optó por realizar una operación asociativa con las compañías foráneas *a través* de una hegemonizada ‘ocupación económica’ del Estado. La Hacienda Pública, pues, entró a jugar roles claves en la esfera de la ‘acumulación privada’. Lo que, por cierto, perjudicó su rol en el plano de la ‘administración pública’”.<sup>35</sup>

No es extraño entonces que el nivel intelectual de la mayor parte de la elite estuviera tanto o más bajo que el que ella achacaba a los sectores populares. Una elegante “barbarie” que transcurría entre apariencias, despilfarro y comadrerías.<sup>36</sup>

Todos estos factores hicieron sentir a las mayorías pobres y en dura lucha por sobrevivir, que el país se encontraba en manos de una clase corrupta y ociosa, lo que fue percibido como una verdadera “crisis moral” en la oligarquía. En este contexto, como apunta el mismo autor,

---

<sup>34</sup> Gabriel Salazar, op cit, pp 38. Sobre la especulación con los valores de sitios y arrendamientos véase Armando de Ramón, op cit, pp 166 y ss

<sup>35</sup> Gabriel Salazar, op cit, pp 40

<sup>36</sup> Ver Armando de Ramón, op cit, pp 161 y ss

“diversos grupos de ciudadanos se movieron para ‘regenerar’ la política desde la propia base civil. Eso fue lo que propuso la Liga de Acción Cívica, desde 1912, exaltada por Roberto Hunneus. En la misma dirección se movía la Federación Obrera encabezada por Luis E. Recabarren, llamando a una Asamblea Constituyente para refundar el Estado al margen de los políticos. Al margen de los políticos se movía también la sección chilena de la IWW<sup>37</sup>. Las Ligas de arrendatarios (conventilleros) y las primeras asociaciones de profesores descartaban la ‘pretendida virtud de los medios políticos’, imponiendo a cambio la ‘acción directa’, la autonomía de los movimientos sociales y soluciones ‘sociocráticas’ a los problemas del país. [...] La movilización ciudadana, aunque centrada en la ‘propuesta’, emergió como una ‘protesta’ masiva, entre 1918 y 1919, en las multi-gremiales ‘marchas del hambre’, que se extendieron por todo el país. [...] Las protestas nacionales (las ‘marchas del hambre’) desnudaron la ‘crisis de legitimidad’ del Estado”.<sup>38</sup>

Salvo algunas excepciones de importancia, hasta el año 1938, por lo menos, estas manifestaciones encontraron sólo una respuesta por parte de la elite dirigente: represión.<sup>39</sup> Si bien es cierto que la llegada de Arturo Alessandri Palma a la presidencia en 1920 fue acompañada de masivas esperanzas sobre su supuesta representación de los sectores medios y populares, lo cierto es que no es sino hasta la victoria del Frente Popular encabezado por Pedro Aguirre Cerda que puede hablarse en Chile de la creación de un Estado de compromiso propiamente tal. A partir de entonces, las demandas de las mayorías fueron encauzadas a través de canales institucionales abiertos desde el Estado para interlocutar con ellas.

Antes de que se inaugure este Estado de compromiso, lo cierto es que los sectores medios y populares despliegan una enorme capacidad de innovación cultural, social y política, toda

---

<sup>37</sup> La IWW, sigla en inglés para Industrial Workers of the World (Trabajadores Industriales del Mundo) es una organización de inspiración anarcosindicalista fundada en Estados Unidos en 1905 y que subsiste hasta el día de hoy.

<sup>38</sup> Gabriel Salazar, op cit, pp 40-41

<sup>39</sup> Un ejemplo elocuente de ello es la crónica que Armando de Ramón hace de la llamada "semana roja" de 1905 en Santiago, una serie de revueltas callejeras que por varios días ocupan las calles de Santiago día y noche. Al verse superada la policía y estando el ejército en campaña en el sur, los propios miembros de la oligarquía formaron "guardias blancas", armados con rifles que el estado les proporcionara, op cit, pp 233 y ss



vez que en general no existía otra forma de dar respuesta a sus necesidades e inquietudes que no fuera la autoorganización.

¿Quiénes componían estos sectores medios y populares? Para el período que me interesa y como expuse en el capítulo anterior, la diversidad es el factor que los caracteriza: son obreros, artesanos, gañanes, lavanderas, pequeños comerciantes, profesores, funcionarios públicos, etc. Parte de esta diversidad se expresa en la misma distinción entre sectores medios y populares, asociada principalmente al acceso a la educación que tiende a incrementar la capacidad de consumo y consecuentemente, del *standard* de vida. De todos, modos creo que los límites entre uno y otro sector, sobre todo en las décadas iniciales del siglo, son bastante difusos y es frecuente el tránsito de uno a otro grupo, como lo demuestran las historias de vida de escritores como Manuel Rojas. Creo que la mayor parte de las clases medias surgen de la diferenciación producida al interior de las clases populares.

El aumento y creciente protagonismo público de estos sectores es producto de la modernización del país. Empujado por la necesidad de dar respuesta a los requerimientos del mercado y gracias a los excedentes producidos por la explotación del salitre, el estado aumenta su nivel de gastos, generando empleos en la administración pública y en la construcción de obras de infraestructura. Las empresas privadas hacen lo propio empleando a trabajadores y a la vez creando nuevas necesidades de personal calificado para satisfacer diversas tareas intermediarias y administrativas. A su vez, la concentración de personas en los espacios urbanos y en el trabajo, el sostenido aumento de la escolaridad y el contacto

con ideologías de cambio social deviene en una tendencia a agruparse en organizaciones como ligas de arrendatarios, mutuales, federaciones obreras, partidos políticos, etc.

Estamos en presencia de una verdadera irrupción de las masas urbanas que, demandando la revolución o la reforma, cuestionan, presionan y atemorizan al sector dirigente. Estas masas, surgidas como producto de la modernización en curso, ponen en jaque a la modernidad de la oligarquía evidenciando sus límites y contradicciones. No obstante, la crítica será planteada al interior de la órbita moderna: en general, no se demanda una vuelta al pasado, sino una radicalización de los supuestos de la propia modernización, en base a las condiciones y expectativas que ésta misma ha abierto, con la excepción de las minorías revolucionarias que no querían mejorar el orden existente, sino destruirlo para levantar uno nuevo, sobre otras bases. Para Angel Rama, las nuevas demandas se pueden resumir en la fórmula "educación popular y nacionalismo":

"Ninguna de ambas demandas pretendía cancelar las dos previas de la modernización contra las que simétricamente insurgían -enriquecimiento, universalismo- sino que aspiraban a complementarlas dotándolas de una mayor base social, a nombre de cuya silenciada voz hablaron con voz tonante los jóvenes intelectuales venidos de los sectores medios emergentes. [...] Se trataba de una réplica democrática a la concepción elitista que habían manejado los 'ilustrados' de la modernización".<sup>40</sup>

La cultura letrada y su progresiva difusión desempeñó un papel preponderante en esta irrupción. El fenómeno no fue del todo ajeno a la elite, o a parte de ella, que como se ha visto estaba imbuida del iluminismo moderno. Muchas de las condiciones que favorecieron dicha difusión están asociadas a acciones llevadas a cabo por sus miembros más esclarecidos desde el siglo XIX. Entre ellas se cuenta la apertura de varias instituciones educativas y la promulgación de leyes *ad-hoc*, como consta en el resumen siguiente: la

---

<sup>40</sup> Angel Rama, op cit, pp 140-141

fundación de la primera Escuela Normal (1842), de la Universidad de Chile (1842), de la Academia de Pintura (1849), del Conservatorio Nacional de Música y Declamación (1849) y de la Escuela de Escultura (1854); la promulgación de la Ley de Educación Primaria (1860) y de la Ley de Educación Secundaria (1879); la creación del Museo de Bellas Artes (1880); la fundación de la Universidad Católica (1888), del Instituto Pedagógico (1889) y del Instituto Técnico Comercial (1889), y la promulgación de la Ley de Instrucción Primaria Obligatoria (1920).<sup>41</sup>

No menos importante fue la acción educativa y auto-educativa de organizaciones como los partidos políticos orientados hacia las clases trabajadoras, las mancomunales, mutuales y otras. Fue propio de los grupos de inspiración anarquista la formación de ateneos y foros que promovían la autoeducación de sus miembros.<sup>42</sup>

En conjunto, estas acciones van progresivamente dando frutos. Subercaseaux anota que para 1895 los estudiantes de todo el país suman 150.000, entre los cuales se cuenta un pequeño número de mujeres.<sup>43</sup> Cinco años más tarde, en 1900, este número había aumentado a 182.708 alumnos.<sup>44</sup> Otros datos corroboran esta tendencia: por ejemplo, “la Biblioteca Nacional registra un total de 40.718 lectores para 1909, cifra que sube a 176.339 para el año 1927, lo que equivale a más de un 400% de aumento, en circunstancias que

---

<sup>41</sup> Maximino Fernández Fraile, Historia de la literatura chilena, tomo II, Editorial Salesiana, Santiago, 1996, pp 316 y ss

<sup>42</sup> Un fenómeno similar ha sido estudiado para el caso argentino por Leandro Gutiérrez y Luis Alberto Romero en Sectores populares, cultura y política. Buenos Aires en la entreguerra. Ambos autores analizan la creación de bibliotecas populares asociadas a comités de partido y organizaciones barriales.

<sup>43</sup> Bernardo Subercaseaux, op cit, pp 80

<sup>44</sup> Ibid, pp 105

durante el mismo lapso la población total del país aumentó apenas en un 28%”.<sup>45</sup> Es decir, se observa un aumento sostenido del número de lectores, que mayoritariamente pertenece a los sectores medios que

“en 1900 se había convertido ya en el público letrado más numeroso del país. Una clientela que empezaba a ser disputada por los partidos políticos y por la incipiente industria cultural”.<sup>46</sup>

Efectivamente, la difusión de la cultura letrada es concomitante en Chile, tal como en toda América Latina, la aparición de un público moderno consumidor de cultura, configurando, acorde con la diversidad social existente, una serie de “circuitos culturales paralelos” tal como los define el autor citado:

“A fin de siglo [XIX] operaba –al menos en Santiago y Valparaíso- lo que podríamos llamar una constelación moderna de cultura, compuesta por circuitos culturales paralelos, cada uno con sus propias lógicas de producción y de consumo, y también con productos artísticos y públicos diferentes. Un circuito de alta cultura o arte culto que ejemplificamos con la ópera y el teatro Municipal; otro de cultura de masas orientado a la entretención y a la producción en serie, que ejemplificamos con la zarzuela y el género chico; y por último, un circuito de cultura popular que ejemplificamos con las hojas de lira popular”.

Debe agregarse a éste último, el circo que el autor menciona en otra parte del mismo capítulo.<sup>47</sup>

Nótese que ni los sectores medios ni los populares parecen cercanos a la cultura ilustrada. Entonces la alfabetización y la escolaridad no necesariamente acercaron a las masas a temas de mayor profundidad que la que tenían los espectáculos livianos y entretenidos del Politeama (teatro donde se representaban las zarzuelas y otras obras de gusto masivo). Este hecho se debe posiblemente a un fenómeno anotado por Angel Rama, quien, como se ha

---

<sup>45</sup> Ibid, pp 110

<sup>46</sup> Ibid, pp 101

<sup>47</sup> Bernardo Subercaseaux, op cit, pp 85

dicho, define a la educación popular como una de las demandas más sentidas del pensamiento crítico y reformista de la época:

“La misma educación popular, con tanto esplendor idealizada, sufrió el previsible descenso derivado de su brusca ampliación, transformándose en divulgación, cuando no en espectáculo”<sup>48</sup>

Esto tiene implicaciones profundas más allá de la cultura. El fenómeno del caudillismo, por ejemplo, característico de la política latinoamericana a partir de los años 20 (que se verifica también en Chile con la figura Alessandri Palma), puede explicarse por la supervivencia de comportamientos y cosmovisiones más cercanas al paternalismo tradicional de corte autoritario que a las formas democráticas modernas “donde los valores no pueden ser recibidos desde el equipo dirigente, sino fraguados libremente en el seno social”.<sup>49</sup> Rama atribuye este fenómeno, y concuerdo con él, a la escasa formación política de las masas. O sea, en la forma bien puede existir una ley de enseñanza primaria obligatoria, el sufragio universal o cualquiera otra institución moderna; pero si no existen las condiciones necesarias para el libre desarrollo de una conciencia individual y colectiva autónomas e informadas que las llenen de contenido, el camino está abierto para que la política y la cultura sean invadidas por la demagogia, la propaganda efectista y, como bien dice Rama, el espectáculo.

Jürgen Habermas ha analizado, para el caso europeo, la degradación contemporánea de lo que ha llamado la “esfera pública burguesa” al pasar del “público culto al público consumidor de cultura”.<sup>50</sup> Pese a que está formulada en base a un contexto muy distinto,

---

<sup>48</sup> Angel Rama, op cit, pp 141-142

<sup>49</sup> Ibid, pp 145

<sup>50</sup> Ver Jürgen Habermas, Historia y crítica de la opinión pública, op cit, capítulo V. Es necesario que aclare que en este punto al decir cultura, quiero significar cultura ilustrada. Entiendo a esta como el conjunto de

esta idea me parece sugerente en el sentido que expresa la distancia que hay entre consumir la cultura, o sea, contemplar pasivamente contenidos e imágenes que son exteriores al sujeto, e interiorizarla de manera dinámica, hacerla parte de la propia experiencia al punto de ser capaz de discutirla, criticarla y crearla.

En este sentido, son interesantes los datos que aporta Subercaseaux para el "circuito de cultura popular". Este estaba conformado por diversos poetas y poetizas populares que imprimían sus décimas en hojas (la lira popular) que vendían en lugares frecuentados preferentemente por los sectores populares de la ciudad:

"Los poetas financiaban sus creaciones y luego las vendían voceándolas en las calles aledañas a la Estación Central, en posadas, fondas y mercados o en lugares públicos. Los poetas populares consiguieron, entonces, lo que no habían conseguido los poetas cultos: vivir de su producción. Son sus propios empresarios. Mientras los escritores de la ciudad letrada, debido a que no hay todavía industria editorial, viven del periodismo o del Estado".<sup>51</sup>

Además de esto último, que será el tema del siguiente capítulo, quiero poner en relieve el hecho de que en la cultura popular no ha tenido lugar la separación entre la creación, la producción y la distribución de los productos culturales. Estos creadores y creadoras son parte de las masas populares de la ciudad y la forma en que realizan su actividad no los distancia de sus pares ni del producto de su trabajo; producen una cultura que está viva porque cotidianamente quienes la producen se encuentran en calles y fondas con los que la reciben, sin intermediación. Recalco esto porque las generaciones de intelectuales y escritores que estudiaré a continuación sí experimentan la separación del producto de su trabajo al entrar a jugar el juego de la industria cultural; junto con esto se separan también

---

conocimientos inteligibles sólo a partir del desarrollo de ciertas capacidades racionales como el pensamiento abstracto, el razonamiento lógico, etc. A primera vista éstas pueden parecer propias de intrincados tratados metafísicos, pero son las aptitudes que entran en juego, por ejemplo, al leer un escrito como éste o una novela como *Hijo de Ladrón*.

<sup>51</sup> Bernardo Subercaseaux, op cit, pp 102

de los sectores populares de los cuales provienen y los que ocupan un lugar protagónico en las obras que analizaré en la segunda parte. Ellos, que representan el florecimiento de una modernidad ilustrada en el seno de las masas desposeídas, no podrán romper los compartimentos de una vida social que irremisiblemente se ha escindido en esferas separadas; creo que este hecho perpetuará en el tiempo el distanciamiento entre los sectores populares y la cultura ilustrada.

Al inicio de este capítulo caractericé la modernidad en Chile, como una imposición por parte de la oligarquía; ahora, en este punto, creo yo que queda de manifiesto el alcance que tiene este hecho para las posibilidades de desarrollo de la modernidad cultural en los sectores populares.

### **3. Modernidad cultural en Chile: la situación de los intelectuales**

Según Habermas, Max Weber

“Caracterizó la modernidad cultural como la separación de la razón sustantiva expresada en la religión y la metafísica en tres esferas autónomas: ciencia, moralidad y arte, que se diferenciaron porque las visiones del mundo unificadas de la religión y la metafísica se escindieron. Desde el siglo XVIII, los problemas heredados de estas viejas visiones del mundo pudieron organizarse según aspectos específicos de validez: verdad, derecho normativo, autenticidad y belleza. [...] Cada dominio de la cultura correspondía a profesiones culturales, que enfocaban los problemas con perspectiva de especialistas. [...] Aparecen las estructuras de la racionalidad cognitivo-instrumental, de la moral-práctica y de la estético-expresiva, cada una de ellas sometida al control de especialistas, que parecen ser más proclives a estas lógicas particulares que el resto de los hombres. Como resultado, crece la distancia entre la cultura de los expertos y la de un público más amplio. Lo que se incorpora a la cultura a través de la reflexión y la

práctica especializadas no se convierte necesaria ni inmediatamente en propiedad de la praxis cotidiana. Con una racionalización cultural de este tipo, crece la amenaza de que el mundo, cuya sustancia tradicional ya ha sido desvalorizada, se empobrezca aún más”.<sup>52</sup>

Para retomar la exposición en el punto en que la dejé al final del capítulo anterior, me parece que el problema al que apunta Habermas en esta cita se verifica en el contexto chileno: partiendo de esta idea analizaré la situación de la intelectualidad emergente (para el caso representada en las figuras de Oscar Castro, Manuel Rojas y José Santos González Vera), que ya no corresponde a miembros de la clase dominante sino a los sectores que entran en la escena pública, los sectores populares y medios.

La aparición de un público moderno, que cuenta con los medios y la disposición para ser potencialmente consumidor de productos culturales, no estuvo asociada a la preferencia de éste por aquellos productos que encarnaban la cultura ilustrada:

“La consternación fue general y acrecentó el capítulo de cargos contra la muchedumbre [...]

El público apareció primero en los teatros donde no se necesitaba leer ni menos escribir”.

Definitivamente, este público no estaba regido por el gusto ilustrado y prefería, en cambio,

las comedias livianas, el teatro "popular y vulgar" antes de ser capturado definitivamente

por el cinematógrafo en los años 20.<sup>53</sup> En cuanto a la cultura escrita, sus preferencias

estaban orientadas hacia los folletines y novelas sentimentales. Esto determinó, según anota

Subercaseaux, que a principios del siglo XX se diera en el país

"una actividad editorial –si es que así puede llamársele- inorgánica, desparramada, parasitaria y discontinua. En el campo masivo, los folletines, novelas, zarzuelas o sainetes que se editaban tenían un carácter secundario, pues vivían o morían en simbiosis con un periódico o una obra teatral. En cuanto a los libros no masivos y funcionales, sólo hubo en la práctica actividad de índole impresora. De allí el alto

---

<sup>52</sup> Jürgen Habermas, *Modernidad: un proyecto incompleto*, op cit, pp 58

<sup>53</sup> Ángel Rama, op cit, pp 157



precio que alcanzaban estos libros y la imposibilidad de que algunos escritores obtuviesen beneficios económicos o viviesen de su obra”.<sup>54</sup>

Esto se corrobora en las condiciones en que se editaron los primeros libros de los tres escritores chilenos que he mencionado:

“Pasaba el tiempo y el libro seguía inédito [Se refiere al primer libro de Oscar Castro *Camino en el alba*, Nascimento, 1938] Sufrió todo el calvario de saberse postergado, conoció las negativas de los editores que sólo miran el negocio inmediato y no quieren aventurarse a lanzar a un escritor inédito”.<sup>55</sup>

"[José Santos González Vera] publicó *Vidas Mínimas* en 1923. Aunque la crítica le fue favorable, y regaló media edición, demoró diecisiete años en vender la otra mitad. Con *Alhué*, en 1928, los críticos también se mostraron generosos. Regaló cuatrocientos ejemplares -de mil- y los lectores, casi entregados a la locura, ávidos, sólo en doce años compraron los restantes".<sup>56</sup>

"Hasta 1951 [año en que se publica *Hijo de ladrón*], Manuel Rojas era un escritor apreciado por sus pares y elogiado por la crítica, pero con muy pocos lectores. Había publicado en 1926 y 1929 dos libros de cuentos, '*Hombres del sur*' y '*El delincuente*', cuyos magros tirajes demoraron decenios en agotarse. También en 1926 un libro de poemas, '*Balada del transeúnte*', con una acogida más débil aún. Según Filebo, dueño de un archivo temible, en 1959, 33 años después de su aparición, la edición de mil ejemplares de aquel libro todavía no se vendía totalmente".<sup>57</sup>

En efecto, ninguno de los tres consiguió vivir de su literatura; ni siquiera Rojas, el más afamado de ellos, quien incluso en los años posteriores a la publicación de *Hijo de ladrón* siguió trabajando como director de las prensas de la Universidad de Chile y columnista en periódicos.<sup>58</sup>

---

<sup>54</sup> Bernardo Subercaseaux, op cit, pp 106

<sup>55</sup> Gonzalo Drago, *Oscar Castro. Hombre y poeta, Epistolario*, Orbe, Santiago, s/f, pp 39

<sup>56</sup> "*Sobre González Vera*", Anónimo, en: José Santos González Vera, *Vidas mínimas*, (1923), Nascimento, Octava Edición, 1973, pp144-145. Basándome en la lectura de las obras de González Vera y en la opinión general de la crítica que lo considera una especie de humorista muy dado a la ironía, creo que esta semblanza es de su propia autoría.

<sup>57</sup> "*Manuel Rojas*" por José Miguel Varas, en: Manuel Rojas, *Antología autobiográfica*, (1962), Lom, segunda edición, 1995, pp 10

<sup>58</sup> *Ibid*, pp 6 y ss

En todo caso y pese a la escasa demanda masiva de la mercancía-libro en el mercado cultural de la época, se observa la consolidación de la esfera separada de la literatura y la crítica especializada, fenómeno que Rama ha denominado la "profesionalización" de los escritores, una de las características de la nueva generación de intelectuales de comienzos de siglo XX.<sup>59</sup>

A despecho de la indiferencia del público, los escritores y críticos leían, comentaban y criticaban las producciones literarias, gracias a lo cual los escritores encontraron el aliciente para continuar en lo suyo. Este aliciente también provino de sus propios congéneres: la conciencia de su insularidad en el medio social fortaleció los vínculos solidarios entre los escritores. Por ejemplo, fue Augusto D'Halmar quien consiguió que Carlos Nascimento editara *Camino en el alba*, además de prologar el libro ensalzando la calidad poética de Oscar Castro. Por otro lado, Rojas y González Vera mantuvieron una profunda amistad desde su juventud hasta la muerte de este último en 1970. Creo que estos años en que florece la literatura chilena contemporánea constituyen una especie de edad de oro en que las difíciles condiciones materiales en que vivían muchos de estos escritores confieren un hálito de pureza a su empeño por seguir escribiendo, pese a que casi nadie los leía y en circunstancias que sus vidas personales estaban cercadas por los apuros económicos.

A este respecto, resulta ilustrativa la experiencia del grupo literario "Los inútiles" fundado en Rancagua en octubre del 34 por Luis Aníbal Fernández, Oscar Castro, Félix Miranda Salas, Gustavo Vithar, Carlos Barrales y Gonzalo Drago, entre otros, y cuya experiencia

---

<sup>59</sup> Ver Angel Rama, op cit, pp 164 y ss

recoge este último en un libro dedicado a la vida y obra de su amigo Oscar Castro, fallecido en 1947.<sup>60</sup> El grupo tiene como principal objetivo la promoción de la cultura, acercándola a la gente a través de foros, conferencias, "Semanas del libro", edición de revistas, etc. Actividades que en general fueron masivamente ignoradas por los rancagüinos, que consideraban a los miembros de grupo como "chiflados o quijotes":

“Para dar una idea de la actitud hostil del público rancagüino hacia el Grupo, citaremos el caso que a la conferencia del sabio George Nicolai asistieron veinte personas. Otro tanto ocurrió con Luis Alberto Sánchez, ex rector de la Universidad de San Marcos, distinguido catedrático y escritor peruano”.<sup>61</sup>

A esta hostilidad e indiferencia debe agregarse que la vida en esa ciudad giraba gracias y en torno a la riqueza producida por la explotación de la mina que hoy es "El Teniente" y que en esos años pertenecía a la Braden Copper Co. "Los Inútiles" acusaban a los ejecutivos de la compañía y a los rancagüinos de ser "burros cargados de dinero", obtusos y dominados por "el mercantilismo sin barreras" de la Braden Copper Co.:

“La lucha a favor de la difusión de la cultura es difícilísima en un medio indiferente y a veces hostil para las manifestaciones del espíritu. Y eso que ocurría entre el público, se hacía también manifiesto en los ejecutivos de Braden Copper Co., que hacían vigilar las actividades de los escritores que laboraban en la empresa y pertenecían al Grupo Los Inútiles, además de colaborar en la prensa local”.<sup>62</sup>

Esta vigilancia no fue sólo nominal y tuvo efectos concretos:

"[la compañía] expulsó a uno de los miembros del Grupo que trabajaba en la empresa, porque un jefe lo sorprendió leyendo versos publicados en una revista gremial de Puente Alto, que dirigía el poeta Caupolicán Montaldo”.<sup>63</sup>

En la publicación de las dos revistas del grupo (*Nada*, 1936 y *Actitud*, 1942) se confirma esta tendencia al aislamiento del público masivo; además, atestigua que estos nuevos

---

<sup>60</sup> Gonzalo Drago, op cit.

<sup>61</sup> Ibid, pp 93-94

<sup>62</sup> Ibid, pp 93

<sup>63</sup> Ibid, pp 98

intelectuales se autodefinen como idealistas sin fortuna ni contactos, empeñados en sus afanes sin atisbo de cálculo económico:

“‘NADA’ murió de inanición económica, asfixiada por la apatía colectiva y por aquellos que podían haberla financiado para mantener encendida su llama idealista. Los miembros de ‘Los inútiles’ eran pobres de solemnidad y no podían atender por su cuenta los gastos de impresión de la revista. Los números de ‘NADA’ eran introducidos, con la complicidad de la noche, bajo las puertas de las casas de los indiferentes rancagüinos, para hacerla circular y cumplir su cometido. Es muy posible, casi seguro, que la mayoría de los ignorados destinatarios rancagüinos, al encontrar la revista en el umbral de su casa, la hayan arrojado a la basura con gesto displicente”.<sup>64</sup>

La frustrada experiencia de *Nada*, llevó a sus editores a cambiar de estrategia: como resultaba muy costoso imprimir una publicación, optaron por reproducirla con sus propios medios que no alcanzaban más que para un modesto mimeógrafo:

“El trabajo de impresión de ACTITUD estaba perfectamente organizado y se llevaba a cabo en el consultorio del dentista ‘inútil’ Raúl González Labbé. Oscar Castro colocaba las matrices y hacía girar la manivela; además, ilustraba la revista; González Labbé acondicionaba el papel para imprimir y Félix Miranda era el encargado de la tinta en el recipiente. El trabajo se realizaba entre chanzas, chistes o comentarios de la actualidad local, nacional o internacional. Nadie pensaba en el dinero. Carecían de sentido comercial o utilitario; les bastaba crear la revista y ofrecerla al público. Esa era su ‘actitud’ humana, su locura quijotesca en un medio negado a las cosas del espíritu”.<sup>65</sup>

Uno podría preguntarse, si la imprenta era un medio que en general estaba fuera de sus posibilidades económicas ¿por qué, entonces, no perseveraron en la autoproducción de sus revistas y libros? ¿por qué insistir en ser incluidos en la incipiente industria cultural de ese tiempo, que se mostraba reacia a publicar a escritores inéditos? Creo que la respuesta a estas preguntas pasa por constatar hasta qué punto la mentalidad de estos intelectuales críticos del "mercantilismo sin barreras" que campeaba en la sociedad, era producto de la

---

<sup>64</sup> Ibid, pp 96

<sup>65</sup> Ibid, pp 98

modernización que inaugura la esfera de lo público, con el estado como su centro.<sup>66</sup> Ser publicados por editoriales como Zig-Zag, Nascimento, Del Pacífico y otras cuantas era incluirse en el terreno público, salir del anonimato de la vida privada y del círculo de amigos que se reúne en el bar o en la librería de viejo. Eso explica por qué un escritor como Oscar Castro, trabajador que apenas vive con los ingresos que recibe en su empleo como "como profesor suplente, escribiente y bibliotecario en el Liceo de Hombres de Rancagua" y una que otra publicación en periódicos, invierte parte de su exiguo pecunio en publicar por sus propios medios su segundo libro de poemas *Viaje del alba a la noche*, en 1940. O porqué dentro de las actividades de "Los Inútiles" está la creación de la modesta editorial *Talamí*, para publicar las obras de sus miembros.

No les basta dedicarse a la creación, una actividad que los apasiona y los realiza; para legitimarse plenamente ésta debe ser conocida y reconocida en el espacio público. No es extraño entonces que, después de la muerte de Castro, "Los Inútiles" siguiera desarrollando su acción promotora de la cultura, pensándola como una esfera que debe relacionarse y encontrar cabida en el orden institucional. Por ejemplo, con motivo de la celebración de su vigesimoquinto aniversario, en octubre de 1958, el grupo organizó la "Primera Reunión Nacional de Grupos Culturales de Provincias", a la que asisten 45 representantes de 20 grupos culturales desde Antofagasta a Punta Arenas. Su objetivo era "promover la educación gradual de nuestro pueblo a un plano superior de cultura". Los acuerdos que se tomaron y sus expositores fueron los siguientes: Legislación de protección a las obras

---

<sup>66</sup> Esta idea también está presente en el análisis que Rama hace de la intelectualidad latinoamericana de principios del siglo XX, especialmente de lo que él llama "el pensamiento crítico opositor" asociado a los intelectuales de clase media "altamente crítico de la modernización, ignorando las contribuciones de ésta a su propia emergencia", Angel Rama, op cit, pp 128

nacionales, (Nicomedes Guzmán), Ayuda, franquicias y relaciones de los grupos con el Estado y las Municipalidades (Claudio Solar y Carlos León), Vinculación de los grupos con la realidad nacional (Gonzalo Drago), Reforma de la enseñanza de la literatura en los establecimientos de educación, (Luis Gaona), Organización y funcionamiento de Academias de Artes Plásticas en provincias (Hernán San Martín).<sup>67</sup>

El momento en que "Los Inútiles" estuvieron más cerca de sus coterráneos fue en 1934 cuando el grupo consigue un espacio en Radio Rancagua, dando origen a la “*Revista Oral*”

“con programas artísticos y culturales que llegaron en esta forma a un público mucho más numeroso. Esta ofensiva tuvo éxito, pero las audiciones se suspendieron a fines de 1936 por la protesta de los avisadores contrarios a la República Española, que contaba con amplia simpatía y ardorosa defensa de ‘Los Inútiles’”.<sup>68</sup>

A la indiferencia del público y la vigilancia de la Braden Copper, se suma un nuevo factor que se opone al empeño de estos artistas: la censura política.

Estas décadas iniciales del siglo XX están marcadas por un clima de ferviente politización, dados los importantes acontecimientos políticos y sociales que tienen lugar; sólo por mencionar algunos: la Revolución Mexicana en 1911, la Revolución Rusa de 1905 y la de 1917, la Primera Guerra Mundial 1914-1918, la Revolución Alemana de 1919, la llegada de los nazis al poder en este país en 1933, la Revolución Española en 1936. Corroborando la tendencia al universalismo inaugurada por la modernización en América Latina, fueron muchos los que tenían conciencia de que la nueva era acercaba a los hombres y mujeres de todos los rincones del planeta y que las rupturas históricas en un país tenían repercusiones

---

<sup>67</sup> Gonzalo Drago, op cit, pp 99

<sup>68</sup> Ibid, pp 94

en el mundo entero. Por ello tomaron partido decididamente, aunque los sucesos en cuestión se desarrollaran a millares de kilómetros. Como demuestra Angel Rama, los artistas e intelectuales latinoamericanos no estuvieron exentos de ello, a contrapelo del lugar común que los concibe alejándose del mundo para vivir *el arte por el arte*.<sup>69</sup>

En el caso de Castro, Rojas y González Vera se da la coincidencia de que los tres fueron anarquistas desde su juventud, lo cual queda en evidencia en las novelas de estos dos últimos. En cuanto a Oscar Castro, Gonzalo Drago lo define como un "anarquista sin militancia activa", lo que no le impidió estar a cargo de una Secretaría Política del Frente Popular en Rancagua.<sup>70</sup> Manuel Rojas, en tanto,

"entra al Partido Socialista en 1951. Recíbenle contentos y le confían la divulgación cultural. El día en que debía comenzarla, el partido acuerda apoyar a Ibáñez en un raptó de oportunismo al por mayor. El escritor envía rápida, seca y breve renuncia".<sup>71</sup>

No volverá a pertenecer a ningún partido político; en cambio, al igual que González Vera, durante las primeras décadas del siglo XX, fue activo colaborador en grupos y publicaciones anarquistas como *Verba Roja*. La actitud política de este último es resumida por su amigo Manuel en un folleto homenaje editado después de su muerte en 1970:

"Lo que puedo decir con toda certeza es que murió asqueado del mundo en que le tocó vivir, especialmente del mundo burgués y capitalista, el mundo político y todo lo que esos mundos representan. Todos lo saben, y él lo dice en sus libros, que durante su juventud fue anarquista. No dejó nunca de serlo, por más que pudiera llegar a creer que ya no lo era. Toda su conducta lo demuestra: jamás perteneció a ningún partido político, jamás estuvo de parte de ninguna dictadura ni de ningún sistema dictatorial. En una visita que hizo a Cuba en 1953, con ocasión del primer centenario del nacimiento de José Martí, algunos escritores serviles, de los que lamentablemente hay bastantes, organizaron una visita al coronel Batista, que recién había asaltado el poder. González Vera se negó a ir [...] Años antes, cuando dos amigos suyos se hallaban en el

---

<sup>69</sup> Ver Angel Rama, op cit, pp 110 y ss

<sup>70</sup> Gonzalo Drago, op cit

<sup>71</sup> "*Manuel Rojas*" en: José Santos González Vera, *Algunos*, Nascimento, Santiago, 1959, pp 203

extranjero, perseguidos por la dictadura de otro coronel, Carlos Ibáñez del Campo, González Vera, con todo desparpajo, dedicó a esos amigos su mejor libro: *Alhué*".<sup>72</sup>

En definitiva, ninguno de los tres despreció el compromiso político. Por el contrario, profesaron ideas que representaban una crítica radical al orden de cosas inaugurado por la modernización capitalista. Con todo, el hecho de no desarrollar una militancia activa en ningún partido político, fue considerado por aquellos escritores que sí lo hicieron, como signo de despreocupación sobre tan importantes asuntos:

"Hombres que empiezan anarquistas y luego derivan con elegancia hacia un discreto burocratismo, como Manuel Rojas y González Vera, producen algunas bellas páginas; son orgullosos cultivadores de una literatura que repudia todo compromiso, que a su juicio, no sea la literatura misma".<sup>73</sup>

El que aquí habla, Volodia Teitelboim, lo hace desde su postura de militante del Partido Comunista para quien el partido político es la única forma legítima de encauzar el compromiso del intelectual con la sociedad.<sup>74</sup>

Más allá de estos debates, fue un elemento común entre estos intelectuales críticos el hecho de que ya no provenían de las elites en el poder y, por tanto, no tenían acceso directamente a la dirección política de la sociedad; no obstante ello, ejercieron una *función ideologizante* como la define Rama:

"En tanto ideólogos, les cabía la conducción espiritual de la sociedad, mediante una superpolítica educativa que se diseñó contra la política cotidiana, cuyas 'miserias' se obviarían mediante vastos principios normativos".<sup>75</sup>

---

<sup>72</sup> "González Vera" por Manuel Rojas, en: Manuel Rojas, Hernán del Solar y Enrique Espinoza, *Homenaje a González Vera*, (folleto), Amigos de González Vera, Santiago, 1971, pp 15

<sup>73</sup> Volodia Teitelboim, "*Tradiciones realistas en la literatura chilena*", Revista *Aurora*, diciembre 1954, extractado como parte de una "Bibliografía Razonada", que contiene una serie de pasajes críticos hacia la figura y la obra de González Vera. También en este caso, creo que la selección fue hecha por el propio autor, en: José Santos González Vera, *Vidas mínimas*, op cit, pp 139-140

<sup>74</sup> El fenómeno del "intelectual correligionario" miembro de un partido político característico de la cultura latinoamericana del siglo XX, es analizado por Angel Rama en su obra ya citada, pp 146 y ss

<sup>75</sup> *Ibid*, pp 110



Estos "ilustrados tardíos" de Latinoamérica replicaron, en el ámbito que les era propio "una conducción similar a la que practicaban los caudillos de nuevo cuño". Para Rama esto último entronca con la tendencia, ya presente en la intelectualidad latinoamericana, hacia un sentimiento aristocrático por parte de artistas y escritores.<sup>76</sup> Creo que este sentimiento fue reforzado y justificado, en la práctica, por la escasa receptividad que la población demostraba hacia las obras de los escritores emergentes quienes, pese a pertenecer a los sectores medios y populares, en términos de su sustrato cultural estaban dentro del ámbito de la cultura ilustrada, por más que su filiación a ella fuera heterodoxa. En el análisis de las novelas escogidas se encuentran varias líneas que confluyen en esa dirección. Algo de eso hay en los estudios críticos y biográficos escritos por ellos:

"El escritor es, indudablemente, un hombre diferente al común de sus semejantes. Y esto, es preciso aclararlo. El escritor no es ni mejor ni peor que el común de los mortales, pero sí, profundamente diferente. Ahora bien, ¿cuáles son esas diferencias específicas que hacen del escritor un ser que difiere de sus semejantes? En primer término, su sensibilidad hiperestesiada, su emotividad, su espíritu de observación ampliamente desarrollado, su afición a la lectura, su tendencia a la meditación y a escuchar el perenne murmullo de su mundo interior".<sup>77</sup>

"¿Qué impulsa al joven autor de cuentos y poemas, que al comienzo no encuentra dónde publicarlos, que tropieza con tantas dificultades para ser leído, que no llega a saber sino muy tarde, a veces cuando sus días están contados, si lo que él hace vale o no?. De no ser el afán de la gloria, puesto que de enriquecimiento hay que eliminarlo, tendría que ser el sentimiento de que se es un elegido. Cada individuo es único, aunque a distancia no difiera de sus semejantes, y pase por la vida casi anónimamente. Los humanos que traen algo nuevo a las artes, las ciencias, la política o la literatura, son un puñado entre millones. Sin embargo, cada artista debe creer ciegamente que es él quien trae lo nuevo, lo que no se dijo ni se expresó. [...] El sentir, sin desmayo, que se trae al mundo una revelación, es seguro que compensa al iluminado de los sinsabores que cualquier forma de vida trae como secuela".<sup>78</sup>

---

<sup>76</sup> Ibid, pp 145

<sup>77</sup> Gonzalo Drago, op cit, pp 12-13

<sup>78</sup> José Santos González Vera, op cit, pp 186-187

“El gran creador literario contiene en sí un mundo de posibilidades humanas de toda índole. Y no sólo el creador literario lo contiene; lo contenemos todos, así los escritores como los que no lo son; pero sólo a aquéllos les es dado expresarlo [...] en determinado momento [el escritor] puede desarrollar en un personaje cualquiera de esas fuentes o gérmenes. Su hipersensibilidad, fronteriza en la mayoría de los casos a un estado psicopático, le permite auscultar, sentir y hacer vibrar todo ese mundo heredado, que bulle en silencio, amenazante o sereno, y que sólo está retenido en él por un agudo control conciente y por su misma condición de escritor, es decir, porque puede expresarlo”.<sup>79</sup>

Como se aprecia en estos extractos, de fondo hay una mirada igualitaria que no impide que el escritor y el artista sean considerados como individuos distintos, especiales respecto a la mayoría. Al volver sobre este punto en la segunda parte de este estudio, quedará en evidencia que la postura de los propios intelectuales sobre el asunto no está tan definida como parece al leer las citas anteriores y presenta contradicciones. De seguro que había algo en la conciencia de estos hombres que les impedía entregarse totalmente a una visión aristocrática de sí mismos, tan característica del iluminismo decimonónico en el continente. Que no la abandonen totalmente se explica, creo yo, porque de un modo u otro estos hombres han interiorizado el discurso moderno, aunque sean muy críticos respecto a la manera (autoritaria, mercantilista, elitista) en que este discurso se ha llevado a la práctica. Aunque no se autodesignan de esa forma, ellos, como apunta Rama, "eran verdaderamente los 'ilustrados' que casi no habíamos tenido en el XVIII"<sup>80</sup> y, como tales, actualizan muchos de los conflictos y ambigüedades propios de la época que les ha tocado vivir que ya no es "inocente" respecto a sí misma (como pudo serlo esa "esfera pública burguesa" que Habermas toma como modelo) porque en ella ya han emergido los aspectos más horribles y brutales de la modernización.

---

<sup>79</sup> Manuel Rojas, *De la poesía a la revolución*, 1938, citado en José Promis, La novela chilena del último siglo, Editorial La Noria, Santiago, 1993, pp 56

<sup>80</sup> Angel Rama, op cit, pp 117

Hasta aquí he ordenado la exposición siguiendo las líneas generales del problema de la modernidad cultural expresada en la figura y contradicciones de estos escritores. Antes de concluir esta parte para dar paso al análisis de las obras, quisiera dar cuenta de la forma en que han sido ponderados por la crítica literaria.

Maximino Fernández Fraile, siguiendo la periodificación de Cedomil Goic, sitúa a Rojas y González Vera en la generación llamada del 20 o del 27, compuesta por escritores nacidos entre 1890-1904. Oscar Castro, según este criterio, pertenecería a la generación del 38 o del 40 cuyos miembros nacieron entre 1905-1919. De todas maneras no parece existir un acuerdo entre los diversos críticos sobre las sucesivas generaciones de escritores y los criterios para establecerlas. Por lo demás, la crítica contemporánea fundamenta un rechazo a estas periodificaciones positivistas, por ejemplo, la postura de Grinor Rojo sobre el particular:

"No creo que la presunta 'teoría de las generaciones' sirva para dar origen a una metodología historiográfica que sea útil de veras en lo que concierne a la narración de la historia literaria o de cualquiera otra, porque no me parece que ordenar la diacronía de una práctica a partir de las fechas en que nacieron su agentes tenga un sentido defendible en una contienda epistemológica dura. Creo, sin embargo, en las generaciones como en unos grupos de individuos que, por las causas que sean, de ordinario por causas de amistad, clase social y educación, comparten respecto de ciertas cosas ciertas perspectivas en común y las que en el caso de la literatura son sobre todo perspectivas estéticas e ideológicas. Tales individuos se nutren de un mismo repertorio de libros, protagonizan circunstancias biográficas análogas, escogen a los mismos héroes y protagonizan acciones animadas por objetivos que, aun cuando en el momento de consumarse nos resulten contradictorios, vistos desde la distancia nos parecerán armonizables".<sup>81</sup>

El propio Fernández Fraile afirma que lo importante es que

---

<sup>81</sup> Grinor Rojo, "Trilla, Para empezar a conversar sobre la generación de escritores chilenos de 1938" (Inédito)

"más allá de las dificultades de clasificación y de las opiniones a veces encontradas sobre el particular, queda en claro que después del Centenario soplaban ya otros aires, que llevarían a la literatura chilena hacia nuevos rumbos".<sup>82</sup>

¿Cuáles eran esos nuevos aires?.

Durante el último tercio del siglo XIX, el paradigma dominante en la cultura ilustrada fue el positivismo. Obviamente, los intelectuales chilenos se pusieron a tono:

“En las últimas décadas del siglo una nueva corriente de pensamiento, el positivismo, dominó el ámbito intelectual chileno, sirviendo –con las banderas de la ciencia y la industria- de correlato a la modernización. Fue una doctrina y una actitud vital imbuida de científicismo, apropiada en los libros de Comte, Spencer y Darwin [...] Fue, más que una filosofía, una actitud mental y una creencia compartida. [Los ilustrados positivistas] Se concibieron a sí mismos como continuadores de la obra fundacional del liberalismo ilustrado y de la generación de 1842. Para todos ellos el progreso, representaba el destino final de la historia, y el racionalismo laico, la ciencia, la educación y la industria: los mecanismos fundamentales para asegurar la inscripción del país en ese curso".<sup>83</sup>

La versión positivista de la modernidad cultural, que tenía su punto de partida en la racionalidad científica y el método experimental, se extendió a todo el ámbito de la actividad intelectual. En la literatura, Emile Zola en su obra *La novela experimental* (1880) establece el puente entre la nueva actitud científica y filosófica y el terreno de la creación literaria; a partir de ese momento se

“concibió la obra literaria como instrumento analítico experimental, atribuyéndole una función cognoscitiva de denuncia social. El científicismo y la objetividad de una literatura que pretendía seguir los pasos de los experimentos fisiológicos de Claude Bernard, aplicados no al cuerpo humano como hacía dicho médico, sino al cuerpo social".<sup>84</sup>

En base a estos postulados se sustenta el naturalismo literario. Para el escritor naturalista, la obra literaria era un documento, un "estudio" que reflejaba fielmente la realidad

---

<sup>82</sup> Maximino Fernández Fraile, op cit, pp 332

<sup>83</sup> Bernardo Subercaseaux, op cit, pp 86 y ss

<sup>84</sup> Maximino Fernández Fraile, op cit, pp 320

representada. Su objetivo era poner de manifiesto los aspectos miserables y contradictorios de la sociedad en función de un afán pedagógico y reformador. Por ello, el narrador naturalista es una voz que pretende ser omnisciente, objetiva e imparcial: su mirada es la del sociólogo. Además, José Promis subraya un rasgo del naturalismo que tendrá una importancia fundamental para las posteriores generaciones: el naturalismo puso el acento en “la realidad geográfica inmediata y los modos de comportamiento social característicos de la incipiente nacionalidad chilena”. Fueron los naturalistas quienes “incorporaron los asuntos y motivos telúricos al mundo imaginario de la novela chilena”, abriendo paso, al “telurismo literario o *mundonovismo* chileno” y latinoamericano, también conocido como criollismo.<sup>85</sup>

Paralelamente surge en Latinoamérica el modernismo, centrado casi exclusivamente en la poesía. Aunque representa una primera elaboración propia por parte de los creadores del continente, no se puede desconocer su relación con los tópicos y rupturas propuestas por los "poetas malditos" europeos de fines del XIX (Baudelaire, Verlaine, Rimbaud y Mallarmé).

La trascendencia del modernismo ha sido ponderada por Federico de Onís:

“El modernismo [...] es una época y no una escuela, y la unidad de esa época consistió en producir grandes poetas individuales que cada uno se define por la unidad de su personalidad, y todos juntos por el hecho de haber iniciado una literatura independiente, de valor universal, que es principio y origen del gran desarrollo de la literatura hispanoamericana posterior”.<sup>86</sup>

Según Jean Franco, característica esencial del modernismo fue

---

<sup>85</sup> José Promis, *La novela chilena del último siglo*, Editorial La Noria, Santiago, 1993, pp 25 y ss

<sup>86</sup> Citado por Jean Franco, *Historia de la literatura hispanoamericana. A partir de la independencia*, (1973), Ariel, Barcelona, 1981, pp 158

"la necesidad de [crear] una nueva lengua literaria, liberada de todo condicionamiento, liberada de las limitaciones de la época. [...] Los modernistas plantearon el problema del lenguaje a un nivel distinto, al nivel de la creación".<sup>87</sup>

El criollismo o mundonovismo caracterizado, como se dijo, por expresar la relación de los hombres con su medio geográfico, se constituyó en la tendencia dominante dentro de la literatura chilena de comienzos de siglo. Desde Baldomero Lillo a Mariano Latorre, se consagró un *deber ser* para la obra literaria. Promis considera que tanto la narrativa naturalista como la mundonovista conforman un complejo que él generaliza como "la novela naturalista". Hacia la década de 1920 en todo el continente comienzan a surgir distintas manifestaciones de disidencia hacia el programa naturalista. Un punto alto de esta disidencia está marcado en Chile por la querrela entre "imaginistas y criollistas" acaecida a partir del prólogo que Salvador Reyes escribe para el libro de Luis Enrique Délano *La niña de la prisión y otros relatos*, en el que plantea el predominio de la imaginación reproductora sobre la imaginación creadora, a causa del naturalismo:

"Hay una verdad artística de vida y hay una verdad real de vida... creo que evadirse de la realidad es el supremo deber del artista".<sup>88</sup>

Más que hacia los temas del criollismo, la crítica apuntaba hacia su perspectiva cosificada y anquilosada sobre la realidad, abogando por la posibilidad de crear nuevos mundos a través de la palabra.

En este contexto surgirá una serie de escritores que de maneras distintas, expresarán en sus obras la búsqueda de una nueva mirada. Característica de ella será el cambio de foco desde la realidad exterior hacia la interioridad del sujeto. El mismo Promis propone que la figura

---

<sup>87</sup> Ibid

<sup>88</sup> Citado por José Promis, op cit, pp 42 y ss

y la obra de Manuel Rojas logró expresar de manera más cabal esta búsqueda, logrando, finalmente, producir la ruptura. Rojas fue conciente de ello ya que desde la década del 30 en adelante, parte de su producción se concentró en ensayos de crítica hacia el *status quo* en la literatura y de propuesta de un nuevo camino (*Acerca de la literatura chilena*, 1930; *Reflexiones sobre la literatura chilena*, 1933; *De la poesía a la revolución*, 1938).

Rojas, que en sus comienzos fue un "discípulo aventajado del criollismo", denuncia el agotamiento de sus posibilidades:

“Durante treinta años muchos escritores se han dedicado a describir dos personajes: el huaso y el roto, y los han descrito con un alcance psicológico más o menos parejo. Esto es lo fatal. El resultado es que después de esos treinta años, hay una innegable sobresaturación. El tema no se ha agotado, es cierto, pues el hombre del pueblo o del campo no posee sólo ese grado psíquico que los escritores han descrito y mostrado, pero respecto del grado mismo existe ya cansancio”.<sup>89</sup>

Como bien apunta Promis, el rechazo no se dirige contra el contenido ni los tópicos mundonovistas, sino hacia la perspectiva con que ellos son presentados. Rojas explicita la necesidad de dar cuenta de un mundo tanto o más importante que el mundo exterior: la realidad trascendente que reside en cada hombre y cada mujer:

“El novelista ha abandonado aquel camino de sol, de risas, de carreras, de juego y de guerra, propio de la epopeya, y descendido a otro, silencioso, como tapizado, por donde la vida interior transcurre como la sangre, sin ruidos, y donde la raíz del hombre se baña en oscuros líquidos y en extrañas mixturas. Cada día más los hechos son abandonados y olvidados en la novela; no tienen sino una importancia periférica, social; el hombre no vive en los hechos, mejor dicho, los hechos no son lo más importante en él: lo es lo que está antes o después, lo que los ha determinado o lo que de ellos deriva. El novelista así como todos los que estudian y describen al ser humano en un sentido síquico, y así como aquellos que tienen que juzgarlo alguna vez, como los jueces, se ha percatado de que lo importante del hombre es ahora, y lo ha sido siempre, su vida síquica”.<sup>90</sup>

---

<sup>89</sup> Manuel Rojas citado por José Promis, op cit, pp 52. Aunque Promis no especifica de dónde extrae esta cita, del contexto deduzco que se trata de "*Reflexiones sobre la literatura chilena*", 1933.

<sup>90</sup> Manuel Rojas, "*De la poesía a la revolución*", 1938, citado en Maximino Fernández Fraile, op cit, pp 487

Adentrarse en estas profundidades también implica la universalización de los temas de la literatura, pues como se ha visto, la experiencia subjetiva de los hombres y mujeres que viven en un contexto moderno es común, aunque los separen grandes distancias.

Esta empresa de renovación de la literatura chilena, encarnada en Rojas y otros como González Vera, Juan Emar, Marta Brunet, Diego Muñoz, Carlos Sepúlveda Leyton y tantos otros, encontró grandes resistencias por parte de la crítica y el público. Todavía en 1950, la Sociedad de Escritores de Chile rechazó *Hijo de Ladrón* (que Rojas había titulado *Tiempo Irremediable*) en su concurso convocado ese año. La novela fue considerada "como una obra procaz y sólo un pretexto de novela". El premio lo obtuvo *Infierno Gris* de Joaquín Ortega Folch, heredero del naturalismo.

No he pretendido con estos últimos esbozos aportar un panorama completo de las tradiciones e innovaciones en la literatura chilena y latinoamericana de principios del siglo XX, mi intención ha sido mostrar que en esta esfera, al igual que en toda la vida social, las primeras décadas del siglo representan la apertura de una nueva época. Jean Franco ha hablado de la "imaginación colonizada" característica de este continente que, como tal, surge de una experiencia de dominio. En la conciencia y la creación, se reproduce la subordinación.<sup>91</sup> Es así como hasta fines del siglo XIX, el arte y la literatura latinoamericanos vivían "parasitariamente" de los influjos provenientes de las metrópolis europeas. Creo que en estas décadas agitadas y heroicas que inauguran el siglo XX, los escritores latinoamericanos comienzan a ganar la batalla en pos de emancipar la imaginación, tal vez la única posibilidad de emancipación que a la sazón les (nos) quedaba.

---

<sup>91</sup> Jean Franco, op cit, Introducción: *La imaginación colonizada*, pp 19 y ss



\*\*\*

De las obras que se analizan a continuación:

*Sombras contra el muro* de Manuel Rojas (Zig-Zag, Santiago, 1964) es parte de la tetralogía autobiográfica que relata, en cuatro novelas, la vida de su protagonista, Aniceto Hevia. En ella, Rojas vierte sus propias experiencias desde su viaje para asentarse definitivamente en Chile en 1912, hasta que es un obrero gráfico con mujer y tres hijos; pasando por su iniciación en la literatura. En el sentido cronológico de la historia el orden es el siguiente: *Hijo de ladrón*, *Sombras contra el muro*, *La oscura vida radiante* y *Mejor que el vino*. Aunque su publicación no siguió este orden. De la lectura de la novela se deduce que el mundo representado se sitúa en el tiempo de la Primera Guerra Mundial (1914-1918), ya que ésta es mencionada en el relato como contemporánea a los hechos narrados. Me llama la atención que en la bibliografía que consulté esta novela es la que menos relevancia parece tener para los críticos cuando evalúan la obra del autor. Como se verá a continuación, esto no puede estar motivado por la falta de calidad artística en ella. Manuel Rojas nació en Buenos Aires en enero de 1896 y murió en Santiago en marzo de 1973.

*La vida simplemente* de Oscar Castro (Nascimento, Santiago, 1951) es una de las tres novelas que escribió Castro, cuya labor más prolífica y mejor lograda fue en la poesía; de hecho, es considerado como uno de los grandes poetas nacionales. Sus tres novelas *Llampo de Sangre*, *La vida simplemente* y *Lina y su sombra* fueron editadas póstumamente, al igual

que gran parte de su obra, debido a que Castro falleció de tuberculosis cuando apenas tenía 37 años. *La vida simplemente* es un relato de rasgos autobiográficos a través de cuyo protagonista, Roberto Lagos, Castro narra parte de su infancia en un suburbio de Rancagua. En el transcurso de la historia es posible deducir que la acción tiene lugar hacia 1914-1915. Conuerdo con la crítica que la considera inferior en calidad frente a *Llampo de sangre* pero es bastante mejor que *Lina y su sombra*. Oscar Castro nació en las cercanías de Rancagua en marzo de 1910 y falleció en Santiago en noviembre de 1947.

*Vidas Mínimas* de José Santos González Vera (Cosmos, Santiago, 1923) es la primera de las obras que escribe y publica el autor, quien es considerado una figura bastante enigmática dentro de la literatura chilena debido a lo breve de su producción, que, sin embargo, le valió el Premio Nacional de Literatura en 1950, motivo por el que siempre es incluido dentro del canon de la literatura chilena, pero para dedicarle unas cuantas líneas que giran en torno a las mismas dos o tres ideas. *Vidas Mínimas* se compone de dos relatos cortos: *El conventillo* y *Una mujer* ambos de carácter autobiográfico, pero que casi nada dicen sobre la identidad, historia ni oficio de su narrador. El propio González Vera entrega, al final de cada uno, la fecha en que fueron escritos: el primero en 1918 y el segundo en 1921. *El conventillo* está escrito en tiempo presente, mientras que en *Una mujer* el narrador recuerda sucesos pasados, de lo cual se colige que ambos representan los años finales del decenio de 1910. José Santos González Vera nació en el Monte en noviembre de 1897 y murió en Santiago en febrero de 1970.

## **Segunda parte**

### **Ciudad, cultura letrada y las promesas de la modernidad: la experiencia de modernidad de los sectores populares en las novelas de Manuel Rojas, José Santos González Vera y Oscar Castro**

#### **1. Ciudad y vida urbana**

A partir de la novela *Sombras contra el muro* de Manuel Rojas, intentaré reconstruir el panorama de la vida urbana moderna que el autor entrega. En esta novela, Rojas presenta la modernización urbana y las formas de vida que ésta trae aparejadas, como una realidad histórico-social y, al mismo tiempo, como un recorrido existencial, una *experiencia*, de

cada uno de los personajes. El relato se sitúa principalmente en Santiago, aunque hay constantes referencias a otras ciudades, principalmente a Valparaíso.

Dentro de la tetralogía que relata la historia de Aniceto Hevia, *alter ego* del propio Rojas, *Sombras contra el muro* puede situarse como la continuación de *Hijo de Ladrón*: Aniceto ya no es un recién llegado, forma parte de una red de vínculos y contactos entre gentes diversas (obreros, anarquistas, delincuentes de poca monta, artistas o aspirantes a serlo), cuyo denominador común es la pobreza, el desarraigo y, sobre todo, la esperanza que alienta en cada uno de ellos, *llegar a ser algo*. Desde su óptica particular, Rojas define una determinada forma de experiencia en un mundo en transformación, centrándose en la vida de los sectores populares.

La forma en que estos hombres y mujeres experimentan la modernidad puede resumirse en dos imágenes que se repiten en el transcurso del relato: *hacerle empeño para llegar a ser algo* y la *ventolera*:

“La ciudad, por lo demás estaba llena de gente que quería llegar a ser algo, tener algo. Algunos tenían condiciones para esto o para lo otro y no lo sabían y otros lo sabían y no podían llegar a ser nada; otros querían ser lo que no podían ser y nadie los dirigía y casi todos terminaban sentados ante las bancas de zapateros, arriba de los andamios de las construcciones, en los calabozos o en cualquier parte. ‘Quiero ser algo’. ‘Hazle empeño. A ver si puedes’. ‘Quiero tener algo más’. ‘Adelante. Búscalo’. Pero era difícil”.<sup>92</sup>

La multitud de hombres y mujeres que cruzan sus vidas con la de Aniceto tiene eso en común: su enorme carga de deseos y los obstáculos, casi siempre insalvables, que encuentran para su realización. Todos están inmersos en la lucha por superar su actual condición, por trascender hacia el estado que, creen, será el ideal para ellos, *haciéndole*

---

<sup>92</sup> Manuel Rojas, *Sombras contra el muro*, Quimantú, Santiago, 1973, pp 23-24

*empeño*. De todos modos, es lo urbano el horizonte del éxito o del fracaso: en talleres de calzado, en las faenas de una construcción o en la cárcel, pero siempre dentro de la ciudad.

“El tiempo fluye por todas partes; es como una gran ventolera fuerte, que lo revuelve todo y se lleva algo cada día, cada momento. Viene desde todos lados y va hacia todos, hacia el cementerio, hacia las altas montañas, viene de ellas y del mar, por el valle, no le quites el cuerpo, te hallará; la gente lo vive y él vive de la gente, la gente vive gracias a él y él vive gracias a la gente, la gente envejece, también él, el tiempo viejo, el viejo tiempo, te sigue, a ti, pequeña y gordita, risueña, con unos hoyuelos que se le forman al lado de la boca cuando ríe y a veces cuando empieza a hablar, estás en tu mejor tiempo, hay tiempos buenos y tiempos malos, todavía no lo sientes, silenciosa, va y viene con los compañeros, desfila en los mítines y a veces da su grito, un grito pequeño y gordito, como ella”.<sup>93</sup>

La *ventolera* es aquí el tiempo, la historia con su fuerza irresistible. El tiempo y su transcurso constante hacia el futuro que implica, finalmente, la caducidad de todas las cosas es una idea paradigmática de la modernidad. En otros pasajes, la ventolera será, también, el curso irreparable de los acontecimientos, las circunstancias que de pronto se ensañan con algunos grupos o algunos individuos y que, como el tiempo, no deja nada en pie:

“El tiempo sopla desde todos los puntos del cuadrante; el viento desde el sur o desde el norte; desde el este, muy débil, en las noches, y, en ocasiones muy contadas, desde el oeste [...] Otro viento, uno especial, que no proviene desde ningún grado ni punto cardinal, sopla también sobre Santiago del Nuevo Extremo: es uno como con dedicatoria o dedicado, de seguro por el tiempo, que es quien maneja los vientos, a una persona o grupo de personas; le llaman, menos que viento, ventolera. [...] La ventolera no es extraña y sopla siempre, en cualquier momento, sin que los meteorólogos, civiles o militares, cuerdos o locos, puedan informar algo de ella; peor aún, puede soplar, inesperadamente, sobre ellos. Y así como hay ventoleras que son para un individuo o para un grupo, las hay también para un partido político o un gremio, una familia o una clase social; y cuando empieza nadie sabe cuándo ni cómo terminará; las hay grandes y chicas, cruentas o incruentas, superficiales o profundas”.<sup>94</sup>

Vivir la vida es entonces estar siempre capeando ese viento que no tiene dirección conocida y que ataca por sorpresa, removiendo las precarias seguridades que han podido alcanzarse.

La ventolera iguala a todos los grupos e individuos de la sociedad, ricos y pobres,

---

<sup>93</sup> Manuel Rojas, op cit, pp 137

<sup>94</sup> Ibid , pp 189-190

poderosos y miserables; sin embargo, en esta novela, son los pobres quienes aparecen más inermes frente a su embate.

Rojas construye una imagen de la vida urbana centrada en los deseos y las aspiraciones de la gente pobre. Deseos que tienen que ver, pero no siempre, con necesidades básicas del ser humano (comer, dormir, vestirse, tener sexo), pero que la vida urbana moldea y caracteriza de forma particular: la historia y los sueños de las personas, sus posibilidades y frustraciones de desarrollan de una manera que recuerda aquél “remolino de la vida moderna” del que habla Berman<sup>95</sup>. Por ejemplo, en el siguiente extracto:

“Otros seres, al lado de ellos, por las calles, en toda la ciudad, van, vienen, viven al mismo tiempo, otras cosas, otros hechos, otros sentimientos, todos al mismo tiempo, imposible detenerse, soñando, con hambre, con sueño, con ganas de comer, de dormir, de acostarse con una mujer, de bañarse, de ponerse unos calzoncillos limpios, otra camisa, de ganar más dinero, de comprar esto o aquello, enfermos de tanto comer o tontos de tanto dormir, algunos con ganas de matar, otros con deseos de llorar”.<sup>96</sup>

La ciudad moderna es el espacio en que anida ese remolino. La vida en la ciudad se muestra multiforme, presurosa, violenta y preñada de peligros; sin que por ello deje de ser fascinante a los ojos de quienes toman contacto con ella:

“Su hermano le dijo: ‘Me voy de la casa. Nuestro padre es un burgués. Yo quiero otra cosa’. Ella no sabía qué quería su hermano ni tampoco lo que quiere ella pero dijo: ‘Me voy contigo’ [...] ¿Debió haberse quedado en su casa, al lado de su padre? A veces pensaba que sí, pero entonces no habría visto nada, no habría hecho nada, no habría podido salir de noche a la calle o quedarse en ella hasta las dos o tres de la mañana y ver el mundo y la gente y lo que hace. [...] Le gusta la ciudad de noche, hay menos gente que en el día y la gente que anda tiene intereses que no tienen los de la mañana o los de la tarde; son individuos que andan haciendo o que quieren hacer algo que no se puede hacer en las horas con sol, cuando debe trabajarse; prostitutas, ladrones, artistas, noctámbulos, borrachos, cogoteros, viciosos, esos que se ponen morfina o se meten cocaína por la narices y hay calles que tienen un atractivo o interés o encanto especial, que no tienen de día, en el día son calles comerciales, tiendas, boliches, paqueterías, libros usados; en cuanto se cierran aparecen hombres, esos que salen de noche, como

---

<sup>95</sup> Ver Marshall Berman, *Brindis por la modernidad*, En: Nicolás Casullo, *El debate Modernidad-Posmodernidad*, 2ª edición ampliada y actualizada, Retórica, Buenos Aires, 2004, pp 87-102

<sup>96</sup> *Ibid*, pp 84

las chinchas, calles peligrosas, hombres que cantan en coro, que se caen al suelo, que pelean, se levantan, llenos de sangre y gritan, vienen los pacos, arranquen, chiquillos; no, la verdad es que vale la pena; uno va aprendiendo lo que es la vida o lo que la vida le muestra, no es toda la vida, es cierto, y lo malo es que una está como al margen de todo eso, no es más que una mirona o un mirón, mira esto, mira estotro, y tú, ¿qué haces?, esperas que algún hombre te lleve a la cama, sólo así podrás conocer lo que es el amor, yo quisiera otra cosa, pero no sé como hallarla ni conseguirla, tiene una que estar esperando, ¿cuánto tiempo?”<sup>97</sup>

El tiempo de la ciudad aparece claramente normado, compartimentado entre el día “*cuando debe trabajarse*” y la noche, cuando todo lo demás ocurre, sobre todo lo ilegal, lo prohibido. Esto testimonia hasta qué punto la vida en Santiago es percibida como distinta de la ciudad “ilustrada, opulenta y cristiana” que se empeñaron por construir los oligarcas del siglo XIX. Un empeño que sólo a medias ha tenido éxito. Por un lado, efectivamente, el tiempo y el espacio se han ordenado según los mandatos de la producción económica; las calles están llenas de comercios y, a la luz del sol, su signo es el trabajo; pero en la noche, son tomadas por lo improductivo y lo ilegal: la juerga, la violencia, la bohemia, el hampa. Sólo la eventual irrupción de algún policía, representante del orden y la ley, produce el desbande de los habitantes de la noche. Lo que no quiere decir que éstos estén al margen de la modernización que convulsiona a esta ciudad, por el contrario, son claros productos de ella; el mismo hecho de que una joven soltera deambule de madrugada por las calles, es un hecho que sólo es posible cuando ya se han roto las ataduras y restricciones de una sociedad tradicional. Me interesa subrayar, sin embargo, que la modernización, y sobre todo esta modernización desde arriba, ha desatado fuerzas que no sólo no estaban en los cálculos de sus mentores, sino que muchas veces se levantan en abierto desafío frente a la normatividad y las formas de vida que éstos han querido imponer.

---

<sup>97</sup> Ibid, pp 137 y ss

Por otro lado, la particular mirada de Rojas sobre la situación de la mujer, enfatiza la ambigüedad y el carácter contradictorio de esta sociedad que está a medio camino entre lo pasado y lo moderno. Tita, la mujer que habla en el pasaje anterior, una de las pocas mujeres a la que el autor hace hablar en primera persona, sabe que el lugar correcto de una mujer soltera es “*su casa, al lado de su padre*”, sabe que su situación implica una transgresión necesaria para acceder a la experiencia de “*lo que es la vida*”, que de otro modo le estaría vedada. Pero Tita está lejos de haber superado la mirada patriarcal sobre su destino, en su conciencia sigue vigente la posibilidad de realización a través del encuentro con “*algún hombre que la lleve a la cama*”. Pero sus deseos no acaban allí, ella “*quisiera otra cosa*”, pero no sabe “*cómo hallarla ni conseguirla*”, porque simplemente no sabe qué es, sólo sabe que es distinto de su horizonte de posibilidades en ese momento. Está apenas vislumbrando que existen otras maneras de ser y sentir, otras actitudes frente a la vida; no puede siquiera imaginar algo concreto, todavía. Sólo conoce esa inquietud informe y sin nombre, esa incomodidad de ser siempre una “*mirona*”, de estar a la espera sin saber de qué, pasivamente. La modernización corroe las viejas estructuras sociales y subjetivas hasta lo más profundo, poniendo en cuestión lo hasta entonces era incuestionable.

De este modo la narración va internándose, tanteando y revelando los vericuetos de la conciencia. Testimonia que la transformación de mayor alcance está teniendo lugar a nivel de la subjetividad. El hecho mismo de ponerla en un primer plano, muestra hasta qué punto la mirada del autor es una mirada moderna. Lo interesante de esta mirada es que no se queda solamente en el mundo interior de los sujetos, sin referencias a situaciones y procesos históricos; por el contrario, en este discurso se entrelazan, sin oponerse,



acercamientos y posicionamientos sobre la historia y la sociedad, su realidad y

contradicciones:

“Terminados los valles transversales, aparece el valle central. No es un valle limpio, tampoco es recto. Allí está la ciudad. Tampoco es limpia ni recta. [...] Hace siglos esto estuvo poblado por bosques [...] Pero el español primero y sus mestizos enseguida terminaron con ellos. El área de la ciudad y la tierra de muchos quilómetros hacia acá y hacia allá se convirtieron en semidesérticas: treinta y cinco centímetros de agua anual; y si no fuese por la cordillera, que así quita como da, el hombre se habría ido. Pero no, está aquí y está nadie sabe desde cuándo y aunque ha venido mucha gente desde que por primera vez se aposentó en estos lares, no ha cambiado: dependió, primero, de algún cacique; después, de algún Inca; más tarde, de algún patrón español que a veces era su propio padre; en seguida del criollo y hoy de muchos, no ya españoles, criollos o quechuas. Ha nacido siempre en la oscuridad, primero en rucas, después en ranchos, por fin en conventillos. La ciudad se extiende en las cuatro direcciones, sesgada con relación al recorrido del sol. El alarife que hizo los primeros diseños tenía algo en los ojos: no los hizo de modo que el sol, fuese invierno o verano, iluminara a su turno los dos lados de las calles; los trazó de manera que durante gran parte del año el sol no alumbrara las aceras que miran hacia el sur [...]. La ciudad ha crecido. Ha llegado gente de aquí y de allá, pero, principalmente, de allá, de los campos del sur: el mocetón campesino, hijo de inquilino o de peón, y a veces el peón y el inquilino con toda su familia, han aumentado la población. Por otra parte, ha crecido el número de los anteriores habitantes, especialmente de las clases pobre y mediana. En vergonzantes cités, en viejas casas de descoloridos barrios, la clase media se ha reproducido como si creyese que alguna vez este país tendrá buenos empleos públicos y casas y comida suficiente para todos. La ciudad tiene muchas más casas que hace cien años, pero también tiene muchos más habitantes. Gran parte vive en barrios construidos al margen de la ciudad y de la llamada civilización; y de los cités, de los conventillos, de las poblaciones que crecen de la noche a la mañana y hasta de las casas en que parece que no hubiera necesidad de pensar en el porvenir y de querer ser algo, salen hombres y mujeres que ambicionan o quieren llegar a ser algo. No se trata de grandes deseos, aunque a veces también los hay, sino, en infinitos casos, sólo de subsistir, comer, habitar en alguna parte, cubrirse, procrear. En otro plano están los que no se conforman con eso y quieren ser desde asesinos hasta santos, desde presidentes de cortes supremas hasta secretarios de clubes de rayuela, desde humildes profesores primarios hasta neurocirujanos o escritores, artistas de cine o prostitutas. Hay que hacerle empeño, pero él, aunque lo hizo, no pudo, por lo menos la primera vez, abarcar la mano. Era tan ancha –le pareció– como una pala de puntear, esas palas que había manejado alguna vez en la cordillera, y dura, como duros eran los ojos, de color claro y frío. El pecho parecía más alto y la arrogancia también.  
-¿Puede cortarme el pelo, compañero?  
-Sí, como no, siéntese”.<sup>98</sup>

En este pasaje, el narrador transita sin mayores problemas por la geografía, el diseño y crecimiento urbano de Santiago, la descripción de la vida en los barrios pobres de la ciudad,

---

<sup>98</sup> Ibid, pp 50 y ss

la diversidad de aspiraciones de sus moradores. Como una cámara de cine, el relato comienza situándose frente a un amplio panorama de la cuenca de Santiago, resume su historia desde tiempos prehispánicos, se detiene en detalles de su diseño, sigue avanzando hasta la época de su explosión demográfica, producto de la migración desde el campo y del crecimiento vegetativo; finalmente, llega a la realidad contemporánea del relato, comenta la miseria de la mayoría de la gente, su inmensa y variada carga de deseos. Arriba, por último, a un primer plano en el que Aniceto, sentado en la peluquería de un compañero, piensa sobre sí mismo y sobre Alberto, el de los ojos claros y el pecho arrogante, que ha entrado a la peluquería y le pide a Teodoro, el peluquero, que lo atienda. Lo histórico y lo cotidiano, lo social y lo subjetivo son parte constitutiva de esta mirada que incluye diversos planos en una visión de la vida como un todo.

Siguiendo el análisis de Berman, podría decirse que esta mirada de Rojas confluye con la de los “grandes modernistas” del siglo XIX europeo, caracterizada por la conciencia de la unidad entre los procesos de modernidad (culturales, subjetivos) y los de modernización (económicos, sociales, políticos), unidad que da cuerpo a un movimiento histórico de transformación que abarca todas las dimensiones de la vida.<sup>99</sup>

Hay aquí un juicio sobre la historia, que es a la vez una crítica: desde siempre, los habitantes de este lugar han estado sometidos a la voluntad ajena. Desde siempre han “nacido en la oscuridad”. La modernización no ha cambiado esa ignominia de fondo. Este valle, antes poblado de árboles, es hoy un paraje semidesértico, producto de la acción

---

<sup>99</sup> Ver Marshall Berman, op cit.

dominadora de los hombres; la imagen de una naturaleza agostada y raquítica será constante en la manera como el autor caracteriza el paisaje urbano.

En este semidesierto ha tenido lugar el crecimiento de la ciudad, el gran aluvión de gente venida del campo, cuyo número sigue aumentando con los hijos de los pobres y los de la clase media, estratos que no parecen diferenciarse mucho, teniendo en cuenta que todos deben vivir igualmente en condiciones degradantes. Muchos han venido con la esperanza, descabellada a la luz de las circunstancias reales, de que *“alguna vez este país tendrá buenos empleos públicos y casas y comida suficiente para todos”*. Casi todos tienen en común el hecho de vivir al margen *“de la llamada civilización”*. Pese a ello, y contra toda lógica, se sienten llamados a integrarla, a *“hacerle empeño”*, de formas más o menos lícitas y ambiciosas.

“Esta avenida se llamó, en el siglo pasado, o la llamó el pueblo, el Camino de Cintura; hoy es Matta, una avenida para pobres: no hay árboles y aunque al centro se ve un espacio que parece destinado a jardines, en ese espacio no hay otras cosas que tierra, basura y piedras; en el verano resplandece de calor, el verano de los chiquillos pobres. Aquí empezaba antes, hacia el sur, la parte baja de esta parte del cuerpo de la ciudad [...] era la parte baja si se habla en términos topográficos y suponiendo que el centro sea la parte alta o cabeza; los pies, o las piernas, son, entonces, lo que va desde aquí hasta... quién sabe dónde.

- Será preciso leer, saber muchas cosas, ensayar, empezar de algún modo, en fin.

Sí. ¿Cómo empezar si naces en las piernas, en los pies o sólo un poco más arriba de la cintura de esta ciudad o en otra parte peor? Haz cuenta que debes trasladarte, a pie, desde un punto a otro, distante, por un camino que va hacia el centro, un camino, una calle, una calle como ésta, llena de tropiezos y cantinas, ojo con ellas, aquí vomitó alguien, otro orinó, un desesperado hizo algo peor, algunos de los que hacían el viaje quedaron en estas cantinas, las acequias arrastran los residuos de los excusados, adoquines levantados, baches; los perros dieron vuelta los tarros de basura, las baldosas están sueltas, puedes tropezar y caer de boca, o, si no te cuidas, te pasará a llevar algún tranvía o un carretón y hasta algún automóvil, cada día hay más.

-¡Cuándo arreglarán esta calle!... Me gusta mucho, también, la poesía. ¿Qué le parece? Pero creo que para los dos géneros hay que tener talento.

-Yo creo que para todo.

-¿Cómo sería describir la vida de una calle como ésta?”<sup>100</sup>

Otra vez aquí, el discurso tiende puentes entre el pasado y el presente; entre la estructura urbana de Santiago y su estructura social, entre la reflexión crítica y la contingencia; en este caso, una conversación entre Aniceto y Alfredo, un joven de clase media, hijo de comerciantes, enfermo de tuberculosis. Tiene veintitrés años y le quedan, a lo sumo, uno o dos años de vida, pero parece no considerar ese detalle, mientras elige qué género literario cultivará en el futuro.

La reflexión sobre la ciudad tiene su contrapunto en la conversación de los dos amigos. Las preguntas de Alfredo son contestadas, para el lector, por la voz del narrador que establece, con ironía, un paralelo entre la morfología de la ciudad, representada en un cuerpo humano y la diferenciación social de sus habitantes, materializada en la segregación espacial de la urbe.<sup>101</sup> La suerte de los sujetos, sus posibilidades de realización, dependerán del lugar – espacial y social- en que les haya tocado nacer.

“Por allí termina la ciudad, por lo menos la parte céntrica; árboles secos que salen de una tierra también seca; perros semisecos, borrachos con deseos de humedecerse y hombres que no esperan nada y duermen en los bancos y a veces en el mismo suelo (total, para lo mugriento que ando); un poco más lejos, hacia donde va acercándose, la Estación Central [...] Se oye pitar las locomotoras y una que otra atraviesa la calle arrastrando vagones de carga o de pasajeros. En las aceras, gente que vende algo, siempre hay alguien que vende algo, peras buenas o peras podridas, plátanos en vías de ennegrecer, dulces con moscas. Puede pensarse en un pueblo de comerciantes, la verdad es que son tan comerciantes como él, quieren ganarse la vida vendiendo algo, ganar un poco, saben que no van a ganar mucho, sobre todo si venden plátanos que se están poniendo como el carbón, sino para comer y para la pieza y una que otra pilcha usada; lo malo es que gritan, si no gritaran no sabrías que existen, ya que no los ves; nada más, para su desgracia, los oye; los ve cuando se acercan demasiado: ‘¿Quiere tortas de Curicó?’ ¿Para qué quiero tortas de Curicó? No tengo trabajo y me siento

---

<sup>100</sup> Ibid, pp 154 y ss

<sup>101</sup> La concepción organicista de la sociedad que la concibe como un cuerpo humano, cuya cabeza son las clases ricas e ilustradas y el cuerpo, las clases trabajadoras, con todas sus implicancias elitistas y racistas; es propia del discurso positivista, paradigma dominante en la cultura occidental desde el último tercio del siglo XIX. Es frecuente encontrarla en las diversas producciones intelectuales de la primera mitad del siglo XX.

aburrido de esta ciudad, de trabajar de pintor, quisiera cambiar de oficio y de ciudad. ¿Si me fuera a Valparaíso? Es un día de sol, pleno otoño, y tiene siempre el pelo hacia delante, agresivo, aún carece de peineta, no la tendrá nunca, el sombrero resbalándosele hacia el pescuezo, hacia la nuca, los ojos perplejos, el bigotito dorado. *Esperanto está idioma internacia*. Ha avanzado poco en el estudio del idioma de los que sueñan en hablar uno mismo en todo el mundo y tendrá que apurarse.<sup>102</sup> El libro le abulta en el bolsillo, un libro a la rústica, 'Fuerza y Materia', de Moleschott, un materialista holandés, como de concreto, que no dice ni afirma nada que no sea sólido, definitivo, incommovible. No obstante, habrá algo inmaterial, el pensamiento, el sentimiento. ¿Cómo piensa uno, como siente? Moleschott habla del Universo, del Sol, de las fuerzas magnéticas o eléctricas, del calor, no dice nada del hombre en sí mismo, por qué piensa o siente de una manera o de otra; eso le interesa más aún, le inquieta. Hay en el hombre algo imponderable, no pesable, no observable a simple vista ni con microscopio, algo que ni uno mismo sabe dónde lo tiene. No sé porqué, me parece que hay mucha gente por aquí. Por la orilla de la Alameda, principal calle de la ciudad, corrían unas pequeñas acequias, no tenían casi forma y servían para regar los árboles y a veces para apaciguar la tierra. Pasa al lado de una y logra vislumbrar un grupo de hombres; se acerca más: son obreros, trabajadores, trabajadores o peones, de esos que no saben hacer nada y que pueden hacer todo si se tiene la paciencia de dirigirlos; así como son han hecho y hacen muchas cosas, ganado una guerra que produjo millones de pesos de alto valor, tendido ferrocarriles, trabajado las montañas de plata del norte, abierto los piques de las minas de carbón y de las minas de cobre de los gringos; lo han hecho todo y parece que no saben hacer nada, nada más que tomar y emborracharse, eso se dice, olvidando los ferrocarriles, las minas, olvidando también las haciendas, en donde trabajan desde siglos, sembrando viñas, levantando bodegas, alambrando, arando. Lo raro es que estén ahí, sentados en las orillas de las acequias, mojándose en ellas las manos, escupiendo y hasta orinando, porque aquí no hay dónde hacerlo y si lo pilla un paco, capaz que le meta una multa. Un hombre se desprende del montón y se acerca a él. -Camarada Filín- dice".<sup>103</sup>

En este pasaje, el recorrido del caminate que vaga por la ciudad, tiene su paralelo en el recorrido de su conciencia. Es Filín, un español, asiduo lector que paradójicamente es totalmente miope; tanto, que sólo escucha a los vendedores de la Estación Central, no los ve sino hasta que se le acercan demasiado. En esta novela, no es solamente el protagonista quien posee una subjetividad que discurre en la forma característica de la “corriente de la

---

<sup>102</sup> El esperanto es un **idioma planificado** como **lengua auxiliar**, creado por el oftalmólogo **polaco L. L. Zamenhof** en 1887. El primer libro publicado fue *La lingvo internacia* (en español: La lengua internacional). El seudónimo de **Zamenhof**, *Doktoro Esperanto* (Dr. Esperanzado), muy pronto se convirtió en el nombre del **idioma** en sí. Tuvo una propagación relativamente elevada, sobre todo entre los anarquistas, pero a finales de los años 30 sufrió una dura frenada, debido a las guerras y las represiones políticas. Es considerada por los esperantistas como la lengua más fácil del mundo. Además de ser fácil es considerada como una lengua universal, es decir no es propia de ningún país, estado ni cultura concreta sino de todas. De ahí su sentido.

<sup>103</sup> Ibid, pp 108 y ss

conciencia”.<sup>104</sup> En mayor o menor medida, todos los personajes tienen su momento de intimidad, de hecho, el relato se construye a partir de un *collage* de historias individuales que no se limitan a una sucesión de acontecimientos; sino que principalmente a una narración, alternativamente en primera o en tercera persona, de lo que lo que cada personaje piensa y desea. La novela se constituye, entonces, como ha señalado M. Bajtin en una “polifonía”: múltiples voces hacen presente su versión particular de la vida. De esta manera, la estructura de la novela expresa la complejidad del mundo moderno.

Moderno es también el contenido de los pensamientos del personaje: Filín se cuestiona sobre la naturaleza profunda del hombre, sobre ese “*algo imponderable, no pesable, no observable a simple vista ni con microscopio, algo que ni uno mismo sabe dónde lo tiene*”. Lee a los materialistas, pero no encuentra respuestas a lo que de verdad le interesa: porqué sentimos y pensamos de determinada manera. La realidad, con la que se tropieza mientras deambula por la calle, le muestra una entrada alternativa a la cuestión: ese grupo de peones que aparentemente no saben hacer nada más que estar ociosos, pero que sin embargo son los verdaderos artífices del mundo: ganan guerras, explotan las minas que producen la riqueza de los extranjeros, hacen producir la tierra. Son los hombres y su actividad los que están detrás del funcionamiento del mundo; pero no es la humanidad, en general, son los hombres que trabajan. Esos que a simple vista se muestran flojos y despreocupados,

---

<sup>104</sup> La innovación en las maneras de construir el relato son características de la nueva literatura centrada en la mirada subjetiva, como apunta Fernández Fraile: "Los nuevos mundos que conformaron el ámbito de preocupación de los nuevos escritores, tan distintos en su aparente desorganización al orden del mundo 'real' que se había privilegiado hasta entonces, crearon la necesidad de nuevas maneras de interpretación y expresión. El requerimiento de varios puntos de vista que dieran cuenta de una realidad múltiple, compleja y desmembrada, originó un perspectivismo y, por tanto, la necesidad de varios narradores, despersonalizados, muchas veces incluso desdoblados y, por cierto, siempre de conocimiento limitado, objetivo y neutral, pues ya no cabían el paternalismo y la superioridad del narrador omnisciente que se había dado hasta entonces. Por otra parte, era natural que la expresión de mundos tan diferentes no podía seguir haciéndose con los modos narrativos tradicionales; se crearon, entonces, otros: corriente de la conciencia, monólogo conciente, monólogo interior, descripción onírica"., op cit, pp 480

mojándose y orinando en las acequias de la Alameda. Filín se encuentra con un mundo antropocéntrico, concebido, criticado y materialmente construido por los hombres y las mujeres.

Los peones y en general los miembros de los sectores populares de la sociedad chilena, esos que “*lo han hecho todo y parece que no saben hacer nada*”, son los verdaderos protagonistas de esta novela. Rojas los ilumina con su discurso, no reivindicándolos explícitamente, sino mostrando al lector el verdadero ser (indefinible, imponderable, casi inefable) que vive en cada uno de ellos. No todo lo que nos muestra son disquisiciones tan elevadas como las de Filín, muchos de estos personajes aparecen embrutecidos, mezquinos, despiadados. Pero el problema no radica en algún defecto de su naturaleza: en la mirada del autor subyace una determinada visión sobre el hombre y la mujer; ambos son producto de la sociedad en que viven. Lo veíamos en el pasaje anterior, en el que claramente el lugar de nacimiento determinaba el destino futuro de las gentes; lo volvemos a encontrar ahora: estos seres sucios, feos, un poco grotescos: “*pueden hacer todo si se tiene la paciencia de dirigirlos*”, esto es, de cultivarlos y darles las herramientas para *ser algo*. Hay aquí una crítica incisiva, aunque sutilmente planteada, hacia las circunstancias sociales que ahogan en los pobres todo lo que no sea la mera supervivencia, hundiéndolos en una miseria que es mucho más que económica. Más adelante, volveré sobre el tema, cuando Rojas nos hable del *material humano perdido* en esta sociedad.

Hay dos rasgos muy acentuados en estos hombres que se cruzan en la vida de Aniceto, que nos acercan a la forma en que el autor caracteriza la experiencia de modernidad de los sectores populares urbanos de esa época. Uno de ellos es el desarraigo y, como

consecuencia, la movilidad espacial. Es así como Filín camina un día cualquiera por Santiago y se pregunta si no será mejor irse a Valparaíso. El hombre que se le acerca y lo interpela al final de la cita, es un antiguo camarada que está esperando con ese grupo de obreros un enganche para las salitreras. Tras un momento de vacilación, Filín también se engancha y se va para el norte, así, con lo puesto: en la pieza que arrienda en Santiago, lo único que tiene es algo de ropa, unos cuantos libros. Eso lo hace dudar, pero finalmente se decide, en definitiva no hay nada que lo ate a esta ciudad, ni a ninguna.

Dentro de la misma ciudad, el propio Aniceto experimenta la aguda escasez de vivienda (característica de la llamada “cuestión social” en el Chile de principios del XX) escasez que está determinada, primero, por la falta de trabajo estable y de dinero suficiente para costearse una habitación en forma permanente; y, segundo, porque efectivamente la ciudad está colapsada en su capacidad de contener más habitantes (“*La ciudad tiene muchas más casas que hace cien años, pero también tiene muchos más habitantes*”). Esta circunstancia se traduce en un continuo estado de mudanza; los hombres solteros, como Aniceto, andan con lo puesto y poseen poco más: una maleta, una frazada, acaso algún libro. Los que tienen familia, generalmente viven en sucuchos insalubres, hacinados con su mujer y sus hijos.

Otro rasgo que me interesa subrayar es la marcada diferenciación interna que aparece como característica de los compañeros y conocidos de Aniceto. Estos sectores populares, que contienen elementos cercanos a la clase media, junto a otros más cercanos a la marginalidad, no pueden definirse a partir de su oficio y ocupación, puesto que entre ellos hay obreros y artesanos, unos con un taller propio, otros no; rateros de poca monta y otros



que poseen un arma y aspiran a salir de la pobreza después de un “gran golpe”; ex presidiarios; hijos de comerciantes; jóvenes actores o dramaturgos, todos pobres y sin ninguna fama; poetas; intelectuales. Muchos de ellos son anarquistas o librepensadores; otros pululan en ateneos y centros sociales recogiendo ideas o retazos de ellas como “Libertad”, “El Único y su Propiedad”, “Apoyo Mutuo”; que a veces abrazan con auténtico altruismo y que otras, utilizan para justificar sus propios intereses. Entre ellos hay chilenos y extranjeros. Algunos son solteros, otros son casados. A propósito, es interesante destacar el hecho de que la presencia de mujeres es más bien escasa; el mundo que nos muestra Rojas es eminentemente, aunque no exclusivamente, masculino.

El siguiente pasaje ilustra en parte estos dos rasgos que he mencionado:

“Retiró de la peluquería su maleta de cartón, su ropa y la frazada que poseía, y se fue a ocupar un rincón en la pieza que El Chambeco arrendaba en un conventillo. Nadie supo cuánta gente vivía en esa pieza y cuántos dormirían esa noche o mañana por la noche; se podía saber quiénes habían dormido, pero como no había interés en saberlo, el misterio subsistía, sin que le importase a nadie. [...] Llegaban a dormir ahí, utilizando el rincón que hallaban vacío y los diarios que encontraban disponibles, trabajadores y rateros, desde peones de la construcción hasta ladrones de pavos y gallinas, increíble gente calzada con suelas como de madera, bototos, y vestida con ropas como de cartón, un cartón listado, además, y algunos se atrevían a hablar hasta del anarquismo, de los *hamburgueses* explotadores y del pavo o el gallinero que están “poroteando”, vigilando, para robárselo. Llegaban a diferentes horas, a veces en las mañanas, recién salidos de la Sección de Detenidos, casi siempre hambrientos, y a veces con restos de comidas que habían conseguido de alguna manera, quizá de una sirvienta a quien enamoraban, o comida que, adquirido de lance un poco de dinero, compraban para llevar a la pieza; en ocasiones llevaban vino y mujeres, casi siempre viejas, a las que emborrachaban y a las que arrastraban después hacia alguna pallasa”.<sup>105</sup>

La pobreza podría ser lo que tienen en común esta multiplicidad de personajes; pero unos y otros no la experimentan en igual grado, aunque para ninguno la sobrevivencia está

---

<sup>105</sup> Ibid, pp 63-64

asegurada, todos están obligados a *hacerle empeño*. Pero este empeño no está exclusivamente dirigido hacia objetivos de índole económica; su significado más profundo (que, por cierto, incluye lo material), tiene que ver con la realización de sus deseos. La modernización no sólo ha abierto, al menos en teoría, las compuertas para el ascenso social; también la liberado el potencial de aspiraciones y anhelos de los seres humanos. Incluso los más miserables y postrados de entre ellos, acarician una esperanza de salir de su situación presente, aunque esta esperanza sea sólo robarse una par de gallinas. Ninguno puede estar conforme con su situación, por el sólo hecho de que, potencialmente, todo es posible. Aunque lo desarrollaré más adelante, la conclusión de Rojas es lapidaria respecto a la mayoría:

“Llegaría el momento en que se empobrecería más, en que se desvanecería el hogar, y la pistola, sin poderla rescatar, se perdería, tal como su juventud y su edad madura, y no podría ya hacer otra cosa que detenerse en las vitrinas de las armerías y mirar las armas, en tanto El Chambeco, por otros lados, seguiría mirando las vitrinas de los restaurantes. Ninguno de los dos habría hecho nada, no pudieron, no fueron capaces, querían tenerlo todo para hacer algo, oh, no. ¿Y a cuántos les pasaría lo mismo? El tiempo fluye, viene de todas partes y pasa hacia todas partes; la ventolera es grande”<sup>106</sup>

Pero no todos corren con igual suerte. Para aquellos pocos que han podido desarrollar un mundo interior más rico, una comprensión más autónoma y profunda de las cosas, rasgos generalmente asociados al ejercicio de alguna actividad intelectual, entrando así en la senda de la autoconciencia, lo sustancial no es ya el logro o el fracaso final, sino el proceso mediante el cual el ser humano se autoconstituye como sujeto conciente de sí mismo y de su historia.

---

<sup>106</sup> Ibid, pp 107

Permítaseme, para concluir, una última cita larga. Este pasaje comienza con Aniceto y su amigo Voltaire trabajando en una maestranza de tranvías. La memoria de Aniceto lo lleva de regreso a situaciones pasadas, al lado de antiguos amigos:

“Trabajan en silencio, cada uno entregado a sus recuerdos o divagaciones, los brazos duros de frío y las manos ardientes con la mordedura de la soda cáustica. Aniceto no puede olvidar el último verano ni mucho menos el paisaje y el ambiente de la costa. Le parece, por momentos, estar allí. Es una región poco poblada. Por un lado el océano, por el otro las colinas; entre colina y colina, quebradas, algunas con vegetación, erosionadas otras, desnudas. [...] Voltaire y Aniceto eran los más andariegos, Wagner cantaba, Filín leía, Pino repasaba las noticias políticas de los diarios o leía algún libro sensato, una historia de Chile, por ejemplo. Rincones de inesperada belleza, barrancas erizadas de cactus, quebradas con monte tupido, trozos cubiertos del más verde y suave césped; algunas veces se descubren, en las orillas, pozas de un profundo azul marino, rocas donde la ola rompe con persistente violencia, caletas deshabitadas o inhabitadas, de una soledad como activa, como si en ellas se estuviese haciendo algo secreto, una garza, una perdiz de mar con su doliente grito, gaviotas cocineras, un pilpil que parece sollozar, bandadas de queltehues que protestan por algo, nadie habla, ¡una liebre!, zorzales, tordos, hasta una lloica [...] Aniceto se sentía crecer. Sabía que no se iba a quedar allí, que todo eso era sólo conocimiento, experiencia, contacto y otras experiencias y que todo lo hará sentirse, de nuevo, crecer, no sabe para qué parte, para alguna. A veces encontraba flores que se abrían o se cerraban, algunos pájaros tenían relaciones con ellas, los ratones trabajan bajo tierra, abren galerías en busca de raíces o de bulbos o de tubérculos, y ¿Para dónde van los pájaros y de dónde vuelven, por qué se van y por qué regresan? ¿Son como los pintores, como los peones de temporada?. Cerca de allí hacia el norte [...] estuvo con Echeverría y Cristián. ¿Estará allí, otra vez, El Filósofo? Cristián no, no está en ninguna parte, ni siquiera en una fosa. Lo miraba asombrado. [...] Sentado en una roca, tiritando, miraba cómo Aniceto jugaba con las olas de la orilla, saltando, sumergiéndose, nadando, dejándose llevar por ellas. ‘Métete al agua, Cristián.’ ‘No, me salen granos.’ [...] ‘Vamos, ven, no seas cobarde.’ ‘No.’ Era conservador, como decía Alfonso, conservador en sus hábitos, en su paisaje, en sus movimientos, incapaz de cambiar. [...] Cristián se pegaba a todo, a sus obsesiones, a su ciudad, a sus costumbres, no le interesaba ir hasta la vuelta del camino, para ver qué es lo que había más allá, o hasta la cima de la loma; a Filín tampoco le interesaba, ya que no sacaría nada con ir hasta el final del camino o hasta la cumbre de la colina; de todos modos, no vería nada, pero leía, y leyendo, iba más allá de cualquier recodo visible [...] - Oye - dijo Voltaire, tocándole con el codo-, mira. Iban en el tranvía, a las siete de la mañana, todos los vidrios empañados”.<sup>107</sup>

---

<sup>107</sup> Ibid, pp 121 y ss. Alfonso Echeverría, alias “El Filósofo” y Cristián, son los dos compañeros que acogen a Aniceto cuando se encuentra solo y sin vínculos, a su llegada a Chile. Esta historia está relatada principalmente en *Hijo de Ladrón*. De todos modos estos dos personajes aparecen, recordados, al comienzo de esta novela. Allí se cuenta que Cristián ha muerto mientras intentaba robar una casa. Pobres como él, sus camaradas ni siquiera pueden pagarle un entierro, lo que explica la frase “*Cristián no, no está en ninguna parte, ni siquiera en una fosa*”

El presente y el pasado son resignificados en la conciencia de Aniceto. Son sus recuerdos los que le dan coherencia a este relato aparentemente desordenado. Los paisajes, los amigos presentes y pasados, se entrelazan en la mente del protagonista, en un arco cuyo principio es una situación cotidiana: la maestranza donde trabaja junto a Voltaire y cuyo fin es otro momento de la vida diaria: el viaje en tranvía rumbo al trabajo. Una cotidianidad gris y normada, a la que el tesoro de la memoria confiere mayor espesor, poblándola de referencias a otros lugares, a otras gentes, a los deseos y actitudes propias y ajenas.

La actitud vital de Aniceto responde a la certeza de que su situación es transitoria, que está con un pie en el presente y otro en el futuro que es incierto, pero que con seguridad le depara experiencias nuevas y crecimiento a partir de ellas, finalmente eso es lo importante. La de Cristián es totalmente otra: se aferra a un presente que es precario y miserable, pero que es conocido y no tiene ni sorpresas ni misterios. Como se verá más adelante, el destino de Cristián es trágico y cuando por fin se atreva a cruzar el umbral de lo desconocido, encontrará la muerte esperándolo del otro lado.

## **2. La cultura letrada y el oficio intelectual: autodesarrollo e integración social**

Al revisar las obras de Manuel Rojas, Oscar Castro y José Santos González Vera que he seleccionado para este estudio he encontrado que la lectura y las actividades o aspiraciones intelectuales y artísticas constituyen un elemento común que marca profundamente el discurso que los autores desarrollan en ellas.

Mi propuesta consiste en que las artes y las letras representan en ellos una suerte de realización de las promesas de la modernidad. Esta realización está dada en dos sentidos: en primer lugar, el acceso a la cultura letrada posibilita el autodesarrollo, en la medida que enriquece el mundo interior de los sujetos, ampliando el estrecho horizonte de la supervivencia material al que estarían condenados por vivir, como viven, en la pobreza. En segundo término, el desempeño de actividades intelectuales o, simplemente, el acceso a la educación representan factores de integración social, “rescatando” a los sujetos de la marginalidad.

En las novelas de Rojas y Castro, y en los dos relatos que componen la obra de González Vera (*El conventillo* y *Una mujer*), están presentes los libros. En *Sombras contra el muro*, son varios los lectores asiduos, además del protagonista. En *La vida simplemente* y *Vidas mínimas*, son los protagonistas quienes tienen inquietudes lectoras.

“El joven intelectual no hace ejercicios y parece no necesitarlos; menos necesitará armas. [...] el joven intelectual anarquista parece interesarse por los sentimientos que fluyen de todo ello, lo opuesto de uno y de otro, lo lógico y lo ilógico, las diferencias entre el sentimiento manifestado y el oculto. Lee, más que nada, novelas, le gusta Baroja, también Montaigne, y, a veces, poesías o libros que estén, hasta cierto punto, de acuerdo con él, libros en los cuales domine el sentimiento sobre el pensamiento o en donde los dos elementos estén equilibrados, más bien, que domine un poco el pensamiento o un pensamiento teñido de un leve sentimiento. Parece atrerlo lo cínico, sin serlo, y lo contradictorio, que tal vez puede serlo, jamás lo apasionado, que juzga íntimo, no manifestable; le agradan, en las novelas, los personajes reales, esos que algunas veces triunfan pero que más a menudo fracasan, que procuran explicárselo todo y que, en el fondo, no se explican nada”.<sup>108</sup>

Para este joven “*intelectual anarquista*” que nos describe Rojas, la lectura representa una proyección y, a la vez, una apertura de su mundo interior; llena de contenidos la

---

<sup>108</sup> Manuel Rojas, op cit, pp 61-62

subjetividad, enriqueciéndola, y hace posible que ésta rebase los límites de la realidad que este hombre debe vivir: es un joven pobre, hijo de un ex policía; a quien por caridad Teodoro, el compañero peluquero, le permite aprender el oficio de barbero, a costa de los incautos que llegan a afeitarse.

Para Roberto Lagos, el protagonista de *La vida simplemente*, un niño de arrabal en una ciudad provinciana, la lectura es el puente que lo contacta con la primera experiencia del amor. Tempranamente curtido por la pobreza, la vida en la calle y el ambiente de un prostíbulo cercano a su casa, la lectura de libros de cuentos junto a una vecina le abre el mundo de la fantasía y la sensibilidad, iniciándolo en un camino que lo conducirá paulatinamente al encuentro de sí mismo:

“Cuentos de Calleja, pequeñísimos, que yo compraba con las propinas de algún mandado que me encargaban las niñas [las prostitutas] desde el centro [...] Yo transmutaba aquellos centavos en fantasía y venía a dejárselos a Berta como una ofrenda. Entonces ella me leía con su suave y delgada voz. Allí, en el patio hediondo del conventillo, de bruces en el suelo, trabé conocimiento con el Patito Feo, con el Gato con Botas, con Pulgarcito, con Simbad el Marino. En casi todos los cuentos había una princesa que, tras mil desventuras, casaba con un príncipe vestida con un largo traje de cola, entre repiques de campanas y aclamaciones del pueblo. Berta era la princesa; yo era su príncipe libertador. Y el conventillo se trocaba en palacio, y la banda de rapaces que andaba por la calle redoblando en un tarro oxidado, era la música de nuestros esponsales”<sup>109</sup>

“Comencé a pensar demasiado pronto, porque el espectáculo de la vida no es nunca vano para quien no ha matado su corazón. Ya no encontraba verdadera alegría en amarrar latas al rabo de los perros ni en provocar escándalo con una frase audaz y tabernaria. Algo en mí rechazaba tales actos, y aun cuando quisiera persistir en ellos –siempre es duro abandonar lo que va con nosotros- era más bien el espectador y no el actor: algo frío y amargo me hacía ver desde fuera mis estupideces. Y, entretanto, los libros me iban labrando por dentro”.<sup>110</sup>

---

<sup>109</sup> Oscar Castro, *La vida simplemente*, Andrés Bello, Santiago, 2000, pp 26. La anotación entre paréntesis es mía.

<sup>110</sup> Oscar Castro, op cit, pp 103

La primera cita corresponde al inicio del relato, cuando Roberto es un rapaz despreocupado y precoz; la segunda, testimonia el profundo proceso de transformación interior del niño, proceso que constituye el motivo central de la obra, y en el que la lectura juega un papel fundamental. En el primer pasaje, la sola lectura de cuentos infantiles, adquiridos por pocos centavos y de factura breve y rudimentaria (“*pequeñísimos*”) logra transmutar, en la mente de Roberto, la realidad miserable del suburbio y el conventillo. En la segunda cita, mientras los libros van “*labrando por dentro*” su espíritu, éste adquiere conciencia de sus actos al punto de que juzgar como “*estupideces*” las travesuras que hace con sus compinches.

En este contexto, el objeto-libro aparece revestido de una cualidad especial. Es una ventana al saber y, de paso, a la intimidad de quien lo posee. En el extracto siguiente, Aniceto Hevia está entrando en el cuarto de Filín, quien, como se vio en el capítulo anterior, se ha ido para el norte, abandonando la pieza que arrendaba y todas sus pertenencias. La Señora Rosario, dueña de la pensión, ha ofrecido a Aniceto la habitación del ausente con todo lo que hay dentro, ya que de seguro, Filín no volverá:

“Aniceto se siente un poco intimidado: va a entrar en una parte de la vida de Filín, sin que Filín esté presente, a examinar sus cosas, lo que tenía y lo que hacía con ello, cómo lo trataba. A pesar de que el español es materialista, de lo que menos se acuerda es de la materia; parece soportarla nada más: la comida, la cama, la ropa, el vestuario, le son indiferentes, como indiferentes le son las peinetas y quizás las mujeres, seres y cosas difíciles de adquirir y más difíciles de conservar. Los libros, no; son de uno, se entregan a uno y se puede guardarlos o regalarlos o prestarlos; lo demás, no; tienen precios absurdos o personalidad y pueden perderse o ser robados o irse por su propia cuenta. Ahí están, colocados unos encima de otros sobre una silla de madera y sobre dos cajones, con los lomos deteriorados, enriscadas las puntas de la páginas, dobladas algunas, todos llenos de sabiduría”.<sup>111</sup>

---

<sup>111</sup> Manuel Rojas, op cit, pp 116

Existe una compenetración profunda y auténtica entre los libros y el sujeto, hasta un punto que ni siquiera puede alcanzarse en una relación de pareja. Todo lo demás, mujeres incluidas, está de paso en la vida: “*los libros, no; son de uno, se entregan a uno*”, representan una seguridad en la que el hombre puede descansar, sin temer pérdidas o abandonos súbitos.

En las narraciones de González Vera, escritas en el tono simple y escueto que le es característico, no se encuentran apreciaciones tan fervorosas como éstas, pero los libros están siempre presentes en el relato y no dejan de desempeñar un papel en la vida de los personajes. En el trozo que transcribo a continuación, por ejemplo, el protagonista de *Una mujer* está en Valparaíso, cesante, sin dinero y viviendo de allegado en la casa de unos conocidos, gente pobre que, con el pasar de los días, no dejan de hacerle sentir que está durmiendo y comiendo a sus expensas. Desesperado por su situación, mientras callejea por la ciudad, llega al Pasaje Quillota, lugar en que se asienta un nutrido y variado comercio de vendedores ambulantes:

“Recordé que en mi maleta tenía ciertos libros perfectamente vendibles. La casualidad me condujo a una tienda en que realizaban, a veinte centavos el tomo, obras de Rubén Darío y Joaquín Edwards Bello. Adquirí las más que pude. En la siguiente mañana, cargado de literatura, me instalé entre un árabe y un vendedor de repollos. Puse periódicos al borde de la acera y ordené los volúmenes. Los compradores se detenían a mirar mi mercancía, me examinaban e íbanse perplejos, acaso pensando que lo mío era inútil. Como los minutos eran desfavorables, cogí dos ejemplares, y me dí a gritar datos biográficos y opiniones. El vendedor de repollos reía hasta el punto de tener que apoyarse en un árbol; el árabe, fumador inmóvil, solía observarme con sorna, y los demás tampoco se sentían solidarios conmigo. No obstante, mis gritos fueron oídos y comprendidos. Un señor maduro, de buena apariencia, montado en un burro, fue el primer comprador. Se llevó mi diccionario”.<sup>112</sup>

---

<sup>112</sup> José Santos González Vera, *Una mujer*, En *Vidas Mínimas*, Nascimento, Santiago, 1973, pp 98



“Descubrí una tienda de trapos. No se sabe porqué, disponían de unos doscientos libros que ofrecían casi por nada. Los compré y volví al Pasaje Quillota. Eran de autores franceses y españoles. Los vendí pronto y, averiguando, encontré otros saldos; lo curioso que no en librerías, sino en tiendas y almacenes. Eran libros en garantía que no se vendieron”.<sup>113</sup>

El libro no es aquí el objeto sublime que alaba Rojas; pero, en este contexto, salva a este hombre de la vergonzosa calidad de mantenido. De paso, González Vera aporta algunos datos ilustrativos sobre la recepción del libro en el público y las características de su circulación comercial en ese tiempo (este relato está fechado, por el propio autor, en 1921): el libro no es una mercancía muy cotizada entre el común de la gente pobre y de clase media, que seguramente constituía el grueso del público que acudía al Pasaje Quillota. La gente pasa y mira los libros y a su promotor como cosas excéntricas y sin valor comercial; en ese lugar parece ridículo que el protagonista se de a vocear datos sobre los libros y sus autores. Por otra parte, pese a esto, los libros circulan comercialmente en ediciones baratas, en este caso se trata de libros de autores contemporáneos chilenos y latinoamericanos (Darío y Edwards Bello). Por último, esta circulación no es muy dinámica y no se realiza mediante un circuito especializado en el rubro; de hecho, el personaje se encuentra en varios almacenes y tiendas con saldos compuestos por libros de autores europeos, rematados a bajo costo, debido a que no encontraron compradores.

A propósito de esto último, resulta interesante hacer un recuento de los autores que constituyen el acervo literario contenido en las obras que estoy analizando. No pretendo hacer un recuento analítico, sino más bien ofrecer un panorama de lo que estos escritores hacen leer a sus personajes. Además de los ya mencionados, González Vera, hace

---

<sup>113</sup> José Santos González Vera, op cit, pp 114.

referencia a lecturas de “*poetas chilenos*”, sin especificar nombres ni títulos, también a “*un libro sobre espiritismo*”. Menciona explícitamente a Kropotkin, Bakunin, Reclus, Stirner, Zola, Gorki, La Biblia, Luis de Val. Manuel Rojas menciona o hace referencia a autores como Nietzsche, Kropotkin, Proudhon, Ibsen, Benavente, Echegaray, Strindberg, Shakespeare, Baroja, Montaigne, Malatesta, Anselmo Lorenzo, Francisco Ferrer, Anatole France, Renan, Rousseau, Voltaire, Moleschott, Stirner, Pezoa Véliz, Rimbaud, Zola, Jules Romains. Castro menciona, además de Calleja, a Salgari, Morgan, Stevenson, Dumas, Verne; y obras como La Biblia, “Los dos pilletes”, “Las miserias de Londres y a su protagonista, Rocambole.

Teniendo una noción de las fuentes de las cuales se nutre la cultura letrada de los distintos personajes, es importante analizar en qué condiciones y qué características tiene el ejercicio de esta cultura y cuales son los discursos de los autores que subyacen tras ellas.

En general, puede afirmarse que quienes se ocupan de actividades letradas o artísticas lo hacen en el contexto de su pobreza material. Sin embargo ellos están lejos de vivir una vida dominada exclusivamente por la preocupación de sobrevivir, atendiendo sólo a las necesidades más elementales:

“Juan sale de su cuarto; se afeitó y se lavó la cara; no tiene baño; usa un sombrero gris con una cinta casi blanca que le da un aire exótico que le gusta, aunque no tenga de exótico sino su deseo de ser actor; no es sólo un deseo, es una pasión; también le gustaría ser dramaturgo, pero quizá se conformaría con ser actor y trabajar en teatros llenos de gente que esté, con la boca abierta, pendiente de sus movimientos y de sus palabras [...] y, principalmente, representar a los autores nacionales, esos que tratan asuntos del país, la pobreza, la borrachera, el mal trabajo, y presenten personajes del pueblo, el roto, el futre malo, el huaso, no el huaso rico, que sólo sale en las obras humorísticas, sino el huaso pobre, el inquilino, el mediero, el afuerino, y que no sólo presenten la tristeza de sus vidas, sino también su irónico carácter, sus pequeñas alegrías, su oscuro humor, y en ocasiones su orgullo y dignidad, sin olvidar el deseo de algo. No está muy seguro de dónde desayunará, almorzará o comerá hoy; en último

caso recurrirá al padre, que no tiene a quién recurrir. Juan ha renunciado a trabajar en todo lo que no sea teatro, aunque no hay, para él, trabajo en ningún teatro; no importa; quiere ser actor. [...] hola, qué hubo. Antonio también ha renunciado a trabajar en todo lo que no sea teatro, aunque no quiere ser actor sino autor, hacer lo que Juan quiere que se haga, poner en escena a la gente del pueblo, a los campesinos, que conoce, y también al roto, que no deja de conocer. Su padre lo mira con sorpresa, casi con tanta como la que siente el padre de Juan al considerar a su hijo -¿de dónde salieron estos ñatos?--; el viejo es carpintero o ayudante de albañil y, como muchos chilenos pobres, le hace a todo, al serrucho y al combo, a la plana y a la picota [...] Por las recolas, Juan, no puedo terminar el tercer acto; estuve trabajando hasta las tres de la mañana, ¿hablaste con el administrador del teatro?, sí, me dijo lo que pide por las dos funciones y ahora voy a ver el asunto del decorado, ¿tomaste desayuno?, ni agua caliente".<sup>114</sup>

Juan y Antonio son muy pobres; pese a ello, su tiempo, su energía, sus pensamientos están absorbidos por lo que constituye una verdadera pasión: el teatro; actuarlo, uno, y escribirlo, el otro. Antes que de comer o vestirse, se ocupan de hacer las averiguaciones necesarias para hacer posible un montaje: concretar sus aspiraciones, realizarse, es para ambos un acicate tan grande que los ayuda a sobrellevar con estoicismo su pobreza. Nótese que esto sorprende y extraña a sus respectivos padres, pues lo lógico sería que estos “ñatos” hubiesen seguido sus pasos: debieron haber sido obreros, trabajadores manuales. Estos jóvenes representan un quiebre, una anomalía, no solamente en su ámbito familiar, sino también, y principalmente, a nivel de la estructura de clases de la sociedad: en vez de ocupar el lugar esperado, ellos están empeñados en explorar una vertiente que, sin saberlo, los encamina hacia el terreno que será considerado, posteriormente, como propio de las clases medias (el trabajo intelectual, el arte, la cultura). No sabemos qué suerte tendrán en esta expedición, lo que sí resulta claro es que sus aspiraciones no se corresponden con su situación de clase en ese momento. Definitivamente, han abierto una brecha.

---

<sup>114</sup> Manuel Rojas, op cit, pp 31-32

Y aunque estos dos amigos, contra el sentido común, han “*renunciado a trabajar en todo lo que no sea teatro*”, están lejos de vivir en el limbo del arte por el arte. Sus aspiraciones, profundamente individualistas como todo en la modernidad, no les impiden enlazarlas con una necesidad social: hacer públicos, a través del arte, la vida, el carácter y los deseos de “*ser algo*” de los “*personajes del pueblo*”. Tarea que sólo puede llevarse a cabo si se prefieren a los autores nacionales. Es evidente que a través de sus propios *personajes del pueblo*, Rojas está reivindicando a las generaciones de intelectuales locales que se han formado al calor de la modernización que vive el país desde fines del siglo XIX y de las que él mismo forma parte. Ya no son los hijos de la oligarquía, ya no escriben solamente de la vida de los ricos. La claridad que Rojas pone en la mente de estos jóvenes sobre el contenido preciso de lo que quieren hacer, contiene una crítica a lo que en ese momento constituyen los temas y las figuras del arte y las letras en Chile, configurando una propuesta.

Aunque, en otro sentido, González Vera incluye también una crítica. Esta vez, está dirigida contra la literatura fácil escrita con fines masivos:

“Margarita no sale de su pieza. Un novelón de Luis de Val la ha entusiasmado seriamente. Lee todas las noches y comenta con su madre de las aventuras del conde Salvatierra. [...]

No me explico cómo pueden interesarse por invenciones tan afectadas. La novela es un tejido de episodios estólidos. Los personajes producen la impresión de haber caído de otro planeta. Son absolutos: invariablemente buenos o sistemáticamente malos. No se contradicen ni se desvían. Funcionan con precisión de tornillos. Y, cuando todo ha ocurrido, el bien sale triunfante y la virtud resplandece”.<sup>115</sup>

---

<sup>115</sup> José Santos González Vera, *El conventillo*, En *Vidas Mínimas*, op cit, pp 41

Por oposición, puede deducirse cuál es el estilo por el que aboga el autor: un realismo sin afectaciones ni florituras, con personajes que se apeguen a los seres humanos de carne y hueso, llenos falencias y contradicciones; una trama que refleje, a su vez, el curso de los acontecimientos tal y como suceden en la vida real, sin finales felices, sin moralejas. Igual que Rojas, González Vera está reivindicando su propia manera de hacer y concebir la literatura.

Ambos discursos testimonian el surgimiento de una nueva intelectualidad en Chile, crítica y de raigambre popular, con autores, tópicos y estilo diferentes a la del período anterior. Se manifiesta en ellos la “función ideologizante” que define Ángel Rama: estos escritores que no participan de las estructuras de poder de la sociedad, hacen de los libros su tribuna para divulgar su crítica a la sociedad y las letras de su tiempo, definiendo su propio *deber ser* para ellas.<sup>116</sup>

Los personajes que se dedican a las artes y las letras son, igual que sus autores, sujetos pobres, que deben trabajar para sobrevivir, sin ningún poder, sin contactos, muchas veces sin educación. Han elegido este oficio ingrato, que no les reporta ningún beneficio material y deben realizarlo en condiciones precarias. Lo que los distingue del resto de sus pares no es alguna cualidad de nacimiento, algún privilegio de familia; su distinción proviene de lo que son, de lo que han elegido ser y hacer de sí mismos. Otra vez la modernidad está presente en las características de los hombres y mujeres que estos relatos muestran.

“Iluminados por las ampollitas de las candilejas, en procura de expresar a alguien o de expresarse a sí mismo, su fuerza o su miseria, su soledad o su hastío del mundo, o detrás del decorado, en espera y en el trabajo de seguir y encontrar la vena de ternura,

---

<sup>116</sup> Ver Ángel Rama, La ciudad letrada, op cit, 1984

de reproche de tristeza, que aparece en las palabras que pronuncian los que están alumbrados por las candilejas [...] en el trabajo, también, de meterse dentro de todo aquello, sentirlo y, cuando llegue el momento, decirlo como propio y si no como propio por lo menos como si lo fuera, hombres y mujeres, algunos con condiciones para ello, otros con aspiraciones de ello, apenas con una instrucción rudimentaria, sin saber hablar de modo correcto, sin saber estar de pie ni qué hacer con las manos y los brazos, con tics o movimientos parasitarios o mecánicos que deben olvidar, meterse las manos en los bolsillos, escupir o tirarse los pantalones desde la cintura hacia arriba, abrir mucho las piernas y bajar o subir la voz sin motivo alguno, manosearse el marrueco, desde los conventillos, desde las cités, desde los talleres y fábricas, desde las tiendas, de todas partes, al mismo tiempo que los que quieren robar o asesinar, beber o comer, fornicar o suicidarse, vienen y están aquí, no quieren nada de aquello, aunque en determinado momento querrán, por supuesto, comer o beber lo que haya, si no hay más no importa, la cuestión es que me aprenda bien el papel, que no se me enrede la lengua cuando tenga que hablar, que sepa qué hacer con las manos y los brazos, que mi madre me planche el traje que debo ponerme; son pobres, oh, y cuánto, con empleos miserables y oficios que apenas dan con qué vivir, éste es vidriero, aquél es mozo de Gath y Cháves, el otro es carpintero, esta señora que habla como la más empingorotada dama de la más alta clase social, es la mujer del vidriero; todo parece pequeño, todo es pequeño, prestado, tienen las uñas negras, las camisas no están muy limpias, los pantalones lustrosos o deshilachados".<sup>117</sup>

Estos seres tan pobres encuentran en el teatro la posibilidad de romper los límites de su realidad de clase, la representación es para ellos una puerta abierta para ser otro. Otro elemento interesante es el autodidactismo que caracteriza su formación. Tienen apenas “una instrucción rudimentaria”, no han tenido la oportunidad de formarse sistemáticamente, lo que saben lo han aprendido en la práctica. También Castro se refiere a ello:

“En los cuentos de Calleja fui aprendiendo inconcientemente a leer. Juntando las letras de los títulos, preguntando cómo sonaban aquellos signos, pude al fin dibujarlos en el barro del patio y un día deslumbré a los rapaces con quienes me juntaba, escribiendo con tiza en la pared cuatro letras mal hechas que me dieron fama casi sobrenatural. Recuerdo todavía la escena.[...]  
-¡Apuesto que yo sé escribir! – grité con tono jactancioso  
Los otros abandonaron la lagartija que estaban disecando con cruel curiosidad y me rodearon, incrédulos.  
-¡Chis!- exclamó el Tululo, barriéndose de la frente los motudos cabellos-. No sabe mi hermano que es más grande y que lleva tres años en la escuela...

---

<sup>117</sup> Manuel Rojas, op cit, pp 161-162

-Déjalo para que nos riamos del sabio, ho- añadió el Chucurro mientras se limpiaba los mocos con el dorso de la mano. Entonces yo, triunfante, seguro de lo que hacía, tracé las letras en el muro".<sup>118</sup>

“Mi padre era tipógrafo. Entre las cartas, papeles y retratos que mi madre guardaba, encontré cierta vez un pequeño folleto que aún conservo. Es una cosita minúscula, impresa en mal papel de diario –sólo 18 páginas-, que lleva por título “Peregrinaciones”. Arriba está el nombre de mi progenitor. Debajo dice: “Poema en prosa”. Y en la línea siguiente: “Ejemplar único”. Son unas llorosas divagaciones que antes me hacían soñar, pero que ahora provocan en mí una sonrisa de ternura indulgente, como los primeros monos que hizo mi hijo. Supongo que mi padre compondría su obra después de las horas de trabajo, con un orgullo que le impedía comunicar a los demás su calidad de autor. Quién sabe cuántos sueños, cuántas esperanzas e ilusiones pondría allí aquel ser que me es tan cercano y tan distante al mismo tiempo. Ahora que estoy escribiendo, me acuerdo lo que me dijo mi madre cuando me publicaron el primer cuento en un periódico de provincia: ‘¿También serás tú un cabeza loca, como tu padre?’”<sup>119</sup>

A los compañeros de Roberto les parece increíble que éste sepa escribir sin haber ido a la escuela; la cultura letrada es para estos niños de arrabal una cosa lejana que otorga a quien la posee “*fama casi sobrenatural*”. Por otra parte, la educación formal parece ser, especialmente en una ciudad provinciana, escasa y de mala calidad; de otro modo no se explica que ninguno de ellos asista a la escuela y los que lo hacen, puedan pasar tres años en ella sin aprender a escribir.

La segunda cita también es sobre un autodidacta, el padre ausente de Roberto, quien no sólo lee y escribe sino que se ha dedicado a componer e imprimir por sus propios medios un librito de poemas. Mientras para los amigos del niño, las letras representaban algo extraordinario fuera de su alcance; para su madre, el ejercicio intelectual está asociado a la bohemia, la irresponsabilidad, el abandono de la familia. En este pasaje, Castro adelanta, además, el destino al que lo llevará el haber aprendido por su cuenta a leer y escribir: será

---

<sup>118</sup> Oscar Castro, op cit, pp 27

<sup>119</sup> Oscar Castro, op cit, pp 97

nada menos que un escritor, que publica cuentos en los periódicos, que recoge y da sentido a su propia historia en las memorias que estamos leyendo. El libro que el lector tiene entre sus manos muestra a dónde lo condujeron, finalmente, las cuatro primeras letras trazadas sobre una pared. Este futuro contrasta vivamente con el que tendrán sus camaradas de juegos:

“El suburbio me enseñó muchas cosas que sólo ahora he venido a comprender plenamente, ahora que el Chucurro es un minero grande, maldiciente y hosco; ahora que el Tululo está en la cárcel, esperando un indulto quimérico que venga a salvarlo del fusilamiento; ahora que sobre la tierra ocupada por el Saucino hay una cruz en que apenas se divisa esta inscripción:

Luis Ofresinio Soto  
Nació el 21-VIII-1900  
Murió el 11-IV-1927

Lo que no dice la inscripción es cómo se produjo esta muerte. Yo lo supe hace sólo unos días, al encontrar en el cementerio a un pariente suyo. El Saucino contrajo cierto día una sífilis que lo convirtió en un guiñapo. Desesperado al ver que las ‘meicas’ no podían sanarlo con ungüentos y pócimas, se lanzó una mañana sobre los rieles del tren de los mineros y allí quedó deshecho por las ruedas, entre un corro de viejas y chiquillos que miraban el amasijo monstruoso”.<sup>120</sup>

Hasta aquí, he señalado, al pasar, algunas actitudes de la gente no ilustrada hacia las letras y su ejercicio. Me interesa ahora analizar cuál es la actitud de los propios letrados hacia el oficio que han elegido, para desentrañar el modo en que éstos se autorrepresentan en tanto intelectuales.

Comienzo con una diálogo entre Aniceto Hevia y Daniel, un poeta autodidacta:

“‘No cuesta mucho’, le dijo Daniel, ‘y es lo mejor a que te puedes dedicar’, ‘Pero ¿de qué voy a vivir?’ ‘No cuesta mucho vivir, siempre que uno se conforme con poco, y es lo mejor. Escribe versos. Por ahí se empieza.’ ‘Pero, ¿cómo lo hago?’ ‘Mira, lee y escribe mucho y no te preocupes. Algo llegará. Si no llega, por los menos te habrás entretenido. Hay que dedicar la vida a algo noble, aunque no se saque nada de ello.’”<sup>121</sup>

---

<sup>120</sup> Oscar Castro, op cit, pp 32. “Nació” está escrito así en la novela.

<sup>121</sup> Manuel Rojas, op cit, pp 68



De los consejos que Daniel da a Aniceto se desprenden dos puntos interesantes. El primero, que la escritura representa, potencialmente, una alternativa de sobrevivencia económica. Eso sí, muy modesta, ya que sólo reportará, si es que lo hace, un mínimo de recursos. El segundo es que, en definitiva, la importancia de escribir no radica en que permita ganar algo de dinero; lo que realmente importa es que constituye una actividad “*entretendida*” y, sobre todo “*noble*”; sólo por eso vale la pena dedicarse a ella. Este poeta presenta una visión casi quijotesca del intelectual: las circunstancias e intereses materiales de la vida están supeditadas al valor intrínseco de sus ideales.

Pero, ¿en qué situación están quienes no dedican su vida a las letras? La respuesta a esta pregunta implica indagar en uno de los aspectos más problemáticos de la modernidad ilustrada: su relación con la “gente común”.

“No se sentía de ningún modo atraído por ellos, al contrario, le causaban repelencia, los sentía ordinarios, preocupados sólo de pequeñas miserias, no hablaban de nada inteligente –farras robos, animadversiones, los agentes , o los tiras [...] prostitutas”<sup>122</sup>

Es Aniceto quien habla en este pasaje. Junto a un amigo está preso por una tontería. En el calabozo que reúne a todos los detenidos, no puede evitar fijarse en el grupo de los ladrones que vociferan y arman barullo. La *repelencia* que le causan a Aniceto, no proviene de su condición de delincuentes, ya que entre sus amigos se encuentran varios rateros y ladrones. Su rechazo tiene que ver con que “*no hablaban de nada inteligente*”; sus preocupaciones son, a los ojos del joven, demasiado vulgares y pedestres.

---

<sup>122</sup> Manuel Rojas, op cit, pp 89

Esta actitud de franco desprecio hacia lo corriente y mundano que hay en sus semejantes está bastante desarrollada en los protagonistas de los relatos de González Vera. El protagonista de *El conventillo*, por ejemplo, enamorado de una vecina, Margarita, siente una escisión entre su deseo físico hacia ella y la mediocridad espiritual de la mujer:

“Lo que me amargó más era la diferencia, la distancia que ese hecho minúsculo ponía entre ambos. Ella regocijaba al pueblo y se sentía bien. Yo quedaba al margen de ese regocijo, sin sentirlo ni comprenderlo.

Me desalienta, me cansa la nadería espiritual de Margarita. Es una mujercita hecha de retazos. No piensa ni se inquieta por nada. Come, duerme y se acicala. Trabaja empujada por su familia. Su curiosidad se limita a la crónica roja y su ambición se colmaría si pudiese vestir trapos costosos. Es una pequeña bestia que, sin embargo, resulta encantadora para la gente y, ay, también para mí”.<sup>123</sup>

Lo mismo le ocurre al protagonista de *Una mujer*, también torturado por las actitudes y actividades mundanas de su amada, en quien su devoción había querido ver un espíritu más fino y elevado:

“La risa de María Dolores, tan adorable, qué odiosa me parecía en esas fiestas. ¿Cómo podía reír con gentes tan estúpidas? Casi todos eran abasteros y carniceros, y como yo era lector y, además, me reunía con abstemios, ácratas en cualquier grado, que discutían de problemas trascendentes, subestimaba a cuantos limitábanse a desempeñar un oficio o empleo. El que bebieran era el primer estigma de degeneración. Tenía a los presentes por hombres amasados con tontería. Reían con estruendo, hablaban con toda la voz. Eran bárbaros”.<sup>124</sup>

En las palabras de este personaje se encuentra la misma actitud de los ilustrados oligarcas del XIX. La mirada aristocrática del letrado respecto al lego, se replica en el discurso de estos autores de extracción popular. La modernidad ilustrada revela que al tiempo que barre con las viejas jerarquías, trae consigo otras nuevas levantadas sobre otros criterios. El intelectual tiende a separarse críticamente de quienes le rodean, en función de sus intereses y preocupaciones que considera superiores a los de los demás:

---

<sup>123</sup> José Santos González Vera, *El conventillo*, pp 56

<sup>124</sup> José Santos González Vera, *Una mujer*, pp 108

“Mi opositor era el maldito de su amante, sujeto huesudo [...] tirando a bajo, no más interesante que una hoja de diario usada. No sabría individualizarlo. Hay sujetos así: trabajan, tienen mujer, son de un partido, les gusta jugar al dominó, empero no importa. Participan de la multitud, están dentro de la masa y una goma implacable los borra sin cesar. [...] Entonces era yo un jovencito. Leía, ¿qué no pasaba ante mis ojos? Participaba en reuniones de hablantes notables. ¿Había alguien que supiera tanto de Eliseo Reclus, Kropotkin, Stirner, Bakunin, Zola? Considerábame una cumbre”.<sup>125</sup>

Las personas corrientes que no han sido iniciadas en el cultivo del espíritu y el intelecto conforman, a los ojos del intelectual, una masa indiferenciada a la que “*una goma implacable borra sin cesar*”; inconciente y ajena a los asuntos trascendentes de la humanidad.

La separación entre el ilustrado y el lego, expresada hasta aquí al nivel de la conciencia de los sujetos, se materializa y confirma en el hecho de que la educación y el ejercicio intelectual representan una vía de ascenso e integración de los sujetos en la sociedad. Aniceto Hevia durante el transcurso del relato va progresivamente alejándose del medio social en el que comienza el relato: un mundo de delincuentes efectivos o potenciales, de anarquistas individualistas e incendiarios, de desocupados crónicos que viven al filo de la marginalidad. Al tiempo que se estrechan sus vínculos con una compañía de teatro pobre, sobre todo cuando acepta el cargo de apuntador:

“Aniceto se siente más tranquilo aquí. Esta gente transcurre con placidez y la policía no vendrá a buscarlos, al contrario, son tan buenas personas, nada de tragediosas”<sup>126</sup>

“Casi sin sentirlo, cada día se alejaba un poco de aquel barrio y a veces se dio cuenta y pensó que quizá era mejor irse de una vez a vivir al de San Diego, barrio en donde, por el momento, estaban sus amigos, aquellos que no tenían, para realizar, sino proyectos que casi nunca dan, incluso realizados, ganancia material alguna o, en todo caso, muy

---

<sup>125</sup> Ibid, pp 90

<sup>126</sup> Manuel Rojas, op cit, pp 159

pequeña; en recompensa, eran proyectos o realizaciones que no atraerían la atención de los agentes de policía: nada de balazos ni patas de catre, carreras o atracos".<sup>127</sup>

La integración se expresa aquí en la tranquilidad de no tener más problemas con la policía. Aniceto ha estado ya varias veces preso, algunas de ellas a causa de frecuentar a personajes que tienen o han tenido problemas con la justicia. El joven se siente más cómodo junto a la gente que ha ido un tanto más allá del “economicismo” que caracteriza la mentalidad de sus anteriores relaciones, obsesionados con la idea de dar un gran golpe y hacerse ricos. En las dos novelas que siguen relatando la historia de Aniceto (*La oscura vida radiante* y *Mejor que el vino*), lo encontramos ya definitivamente entregado al teatro y la escritura; no dejará de ser pobre ni de estar en estrecho contacto con los sectores populares, pero lentamente va definiéndose una trayectoria vital que lo lleva a la integración definitiva: comenzará a escribir, llegará a casarse y formar un hogar, se calificará en un oficio vinculado a la imprenta lo que le va a permitir estabilizar su situación material.

*La vida simplemente*, como señalé más arriba, es la historia del despertar espiritual e intelectual de Roberto Lagos, en estrecha relación con la cultura letrada. Pues bien, este despertar tiene un correlato en la situación socioeconómica de Roberto y su familia. En primer lugar, Roberto, como Aniceto, se siente progresivamente alejado de su antigua red de relaciones (la calle, sus compinches, el prostíbulo):

“La lectura de la historia sagrada se convirtió en mí en una obsesión que me apartaba poco a poco de la calle. Hallaba allí un mundo desconocido, más ideal que aquel en que me movía, por eso tal vez lo amaba con una pasión ingenua y pura. Empecé a comprender qué universo había oculto en las páginas escritas y eso me indujo a buscar nuevo alimento para mi hambre de fantasía. Así fui descubriendo a Sandokán, a Rocambole, a D’Artagnan y a todos los de su familia. Eran amigos que

---

<sup>127</sup> Manuel Rojas, op cit, pp 190-191. Las patas de catre se mencionan aquí porque, además de cumplir su función original, también podían ser usadas como objetos contundentes para atontar e incluso asesinar a alguien.

colmaban mi pieza de voces y gestos heroicos; amigos con quienes dialogaba por las calles y campos en mis exploraciones solitarias; amigos que poblaban mis sueños y cuyo rostro creía encontrar cerca de mi lecho cuando despertaba. ¡Y qué de avatares se produjeron en mí consecutivamente! A veces fui el grumete de un barco, otras el muchachuelo de la 'Isla del Tesoro', el Francinet de 'Los dos Pilletes'... todos y cada uno, sin estorbarse mutuamente, como si yo tuviese mil caras y un alma sola. Quién sabe si fue aquélla la época más hermosa de toda mi vida. Hice mandados, robé dinero, serví de cómplice en maldades, sufrí heroicamente azotes y reprimendas en la casa: todo para juntar unos centavos con que adquirir el tomo siguiente de Morgan o la última parte de 'Las miserias de Londres', allí donde Rocambole se presenta como El Hombre Gris. Todo eso, insensiblemente, me iba desarraigando del medio en que hasta entonces me había nutrido".<sup>128</sup>

La ruptura no tarda en consumarse. Su amistad con el Tululo, el Chucurro y el Saucino termina a golpes. La relación amorosa que tenía con una de las prostitutas, acaba cuando descubre que no es el único jovencito que disfruta de las preferencias de la mujer. Roberto se encuentra solo en el mismo arrabal que antes constituía su mundo y que ahora le resulta ajeno:

“En la calle otra vez, el sol no alumbraba, el mundo era un planeta frío y hostil, nada tenía sentido para mi corazón. [...] el pitazo del tren de los mineros me hizo volver la cara. Allá lejos venía la pequeña máquina, jadeante y humosa. [...] Oí una voz familiar, inconfundible:  
-¡Robertoooo! ¡Cabroooo!  
Por una de las ventanillas sobresalía una silueta recia, de renegrido pelo, con un pañuelo verde y azul al cuello y una sonrisa semitorcida en su boca donde brillaba, como una chispa fugaz, un diente de oro.  
Levanté el brazo con desgano para responder al saludo. No era a mí a quien llamaban. Mi alma de niño vagabundo había muerto. Estaba solo sobre la tierra. Ya no quería un pañuelo de seda para mi cuello, ni un terno azul marino, ni unos zapatos de afilada punta. El arrabal me había expulsado para empujarme dentro de mí mismo. Los martillazos de la vida no habían logrado endurecerme bastante. Era muy blando para aquella existencia de garras y dientes.  
Proseguí cabizbajo hacia mi casa. Allá en la media cuadra, bajo las topetadas del viento primaveral, ensayaba cabriolas el farolito azul. Ese día me hallé definitivamente cara a cara con mi alma".<sup>129</sup>

El "Diente de oro" que lo saluda desde el tren había sido el ídolo de Roberto, quien soñaba con ser un macho osado y temido como él. Al desaparecer esta ilusión de infancia, ligada a

---

<sup>128</sup> Oscar Castro, op cit, pp 76-77

<sup>129</sup> Ibid, pp 84-85

la marginalidad y la vida de los “choros”, se rompe el último de los lazos que lo unía a la vida del suburbio. Con este pasaje, Castro finaliza la primera parte de su novela, llamada *La casa del farol azul*, el prostíbulo en torno al cual se centran las correrías callejeras de Roberto y sus amigos. Después de esta decepción y despertar, Roberto ya no volverá más al prostíbulo ni a la calle. Este cambio está expresado en el nombre que Castro da a la segunda parte de la novela, *La vida tiene otros caminos*. La propia construcción del relato de esta segunda parte refleja el cambio: Roberto no aparece en la calle, sino en su hogar; sus compañeros ya no son los rapaces, sino su propia familia. Una serie de acontecimientos fortuitos lo acercará a esos otros caminos de la vida:

“Cierta día, la casualidad me hizo descubrir una inagotable tesoro. Yo, en verdad, conocía muy poco mi pueblo por el centro.[...] Allá, entre gentes bien vestidas que hablaban con corrección, me sentía un tanto perdido y pasaba por entre la multitud con una rapidez escurridiza, como un perro que teme un puntapié. Pero la maravilla estaba allí.

Ya había reparado en ella un día que me mandaron a la botica de turno para que comprara una droga para una de las prostitutas. Entonces no me dijo casi nada [...] Pero cuando hube agotado la provisión de libros que guardaba mi hermana, cuando me sabía de memoria la historia sagrada, cuando –después de mi rompimiento con Rosa Hortensia- las puertas del lenocinio fueron para mí cosa prohibida, mi recuerdo se detuvo en una planchita de losa colocada allí al lado de una gran puerta, en plena calle central:

#### BIBLIOTECA

Atención de público, de 4 a 9 p.m.

[...] Entonces concebí mi plan, un plan temeroso y audaz como una expedición al Polo Norte. [...] Vería como era aquello, y si también me permitían a mí..., a mí, niño desconocido del suburbio, retirar uno de aquellos libros; entonces diría que el mundo era bello y grande y que los hombres eran generosos. [...] Pero estuve apunto de abandonarlo todo y de echar a correr cuando los ojos de los lectores que allí había se clavaron en mí, en mis piernas sucias, en mis pies desnudos que se afirmaban sobre el piso encerado. [...] Y allá, muy lejos, muy lejos -¡y había que atravesar todo ese espacio sin apoyarse en nada!- veíase un hombre de unos cuarenta años, amplia frente y largas manos, que leía de sesgo en una mesa pulida, con el codo en la cubierta y la palma de la mano detrás de la oreja, en una profunda abstracción. Era sin duda el dueño de todo aquello".<sup>130</sup>

---

<sup>130</sup> Ibid, pp 104 y ss

Nótese que el horizonte espacial y social del niño se amplía: el tesoro que representa la biblioteca se encuentra en el centro de la ciudad, lugar de “*gentes bien vestidas que hablaban con corrección*”, la biblioteca misma es un lugar pulcro y ordenado. El imponente personaje al final de la cita, resulta ser el bibliotecario con quien Roberto inicia una amistad basada en el gusto por los libros de Verne y en el interés que muestra el hombre por rescatar a Roberto de la marginalidad y evitar que se “pierda”. Gracias a su intercesión, un pariente lejano del niño, el tío Antonio, hombre acomodado, se ofrece a costearle la educación. De esa manera, Roberto ingresa al Instituto Marista, colegio en donde estudiaban los hijos de la “sociedad bien” de su ciudad. Sus amigos y compañeros serán ahora señoritos de la alta sociedad, bien vestidos, que viven en casas grandes y bien equipadas. Sus afectos ya no se dirigen a Rosa Hortensia, la prostituta, sino a Mariángela, jovencita de buena familia.

La novela concluye cuando Roberto y su familia abandonan el conventillo y el barrio. El tío Antonio les ha ofrecido una casa y trabajo en las cercanías del molino que posee, a las afueras de la ciudad. Este hecho cierra el ciclo: Roberto ha sido liberado de la oscura marginalidad, en adelante, se formará como intelectual y, como se vio, terminará siendo escritor; en tanto la situación de su familia también se aleja definitivamente del abismo de la miseria.

### **3. Los sectores populares frente a las promesas de la modernidad**

En esta última parte del análisis, quiero acercarme a los discursos sobre la pobreza y la exclusión social contenidos en las obras. Me interesa, sobre todo, contrastarlos con las

“promesas” de bienestar material y moral de las que la modernidad se autoproclama como depositaria. Me parece que esta es una de las críticas más contundentes que estos intelectuales dirigen a la modernización.

*Sombras contra el muro*, *La vida simplemente* y *Vidas mínimas* son narraciones cuyo escenario es, por excelencia, el mundo de los sectores populares urbanos. Las tres tienen en común, además, el ser relatos de tipo autobiográfico en los que los respectivos protagonistas se mueven en un ambiente de obreros y trabajadores en general (desde “traperos” hasta lavanderas y prostitutas), comerciantes ambulantes, desocupados y vagabundos, “choros”, rateros y ladrones en pequeña escala, intelectuales, actores y poetas sin fama ni renombre. Esto confirma una constatación ya hecha en otro capítulo: el mundo de los sectores populares es percibido como un conjunto muy diverso en estas primeras dos décadas del siglo XX, período que conforma el mundo representado en estas obras.

Con un realismo implacable y crudo, éstas muestran una realidad marcada por la pobreza. No es frecuente que el tono de la narración llegue a lamentaciones llorosas; pero existen pasajes que conmueven profundamente al evocar las condiciones en que los hombres, las mujeres y los niños pobres están obligados a vivir.

Los protagonistas son parte de este mundo de los pobres, y saben que lo son. Pero, como he propuesto en el análisis precedente, esto no implica necesariamente que se identifiquen totalmente con él. De hecho, describirlo razonadamente implica, de suyo, una toma de distancia crítica frente él:



“Mi casa quedaba a media cuadra del prostíbulo, a la vuelta de la esquina próxima. Allí vivía con mi madre y mis tres hermanas. Siete años tendría yo por aquellos tiempos. Siete años audaces, inescrupulosos y violentos. Conocí la miseria y la podredumbre humanas demasiado pronto, y tal vez por ello no me produjeron extrañeza ni repulsión. Me parecían cosas naturales el robar y trabar pendencia. [...] Mi mundo era la calle, era la vía férrea, eran los cuartos de las prostitutas, era el salón en donde bailaba desnuda la Ñata Dorila. Una vez vi a un auriga borracho tajar a su caballo hasta vaciarle las tripas, porque no quería tirar; después limpió su cuchillo en el pasto nuevo de la cuneta. Otra vez presencié la riña de dos mujeres y las vi rodar a la acequia con excrementos, unidas en un esfuerzo que era mordisco y arañazo. Todo eso fue para mí la vida, y así me figuré que era para todos: un terreno en donde triunfa el más guapo y el más agresivo; un mundo en el cual sólo era posible sobrevivir por la astucia y la deslealtad. Pegar primero; he ahí la ley. Y, ya vencido, fingir acatamiento y mansedumbre para asestar enseguida el golpe a mansalva”.<sup>131</sup>

Roberto describe al inicio de la novela el mundo en que vive, el *suburbio*, como él lo llama; la calle donde termina la ciudad, “*una cosa olvidada por los que viven más al centro*”, según ha dicho unas páginas antes. Como en las descripciones de Rojas sobre la vida urbana moderna, aquí hay una clara conciencia de que la marginalidad social se materializa en la segregación espacial.

Lo más interesante de esta descripción es que el énfasis no está puesto en la pobreza material del suburbio y sus habitantes, aunque, obviamente, ésta se da por descontada. La cualidad particular de éste son los valores que predominan: la violencia y la brutalidad, la obscenidad, la maña, la traición y, sobre todo, la ley del más fuerte. Es evidente que estos valores están en las antípodas del discurso moderno que anuncia la posibilidad de una relación racionalmente mediada entre los hombres.

---

<sup>131</sup> Oscar Castro, op cit, pp 18-19

Tampoco los imperativos de orden y progreso, ni los afanes de higiene social, que obsesionaron a los reformadores como Vicuña Mackenna, parecen tener cabida en *El conventillo* que describe González Vera:

“Vivo en un conventillo. La casa tiene una apariencia exterior casi burguesa. Su fachada, que no pertenece a ningún estilo, es desaliñada y vulgar. La pared, pintada de celeste, ha servido de pizarrón a los chicos de la vecindad, que la han decorado con frases y caricaturas risibles y canallescás.

La puerta del medio permite ver hasta el fondo del patio. El pasadizo está casi interceptado con artesas, braseros, tarros con desperdicios y cantidad de objetos arrumados a lo largo de las paredes ennegrecidas por el humo. [...]

El verde tonalizado de las plantas se desprende del conjunto incoloro y sin fisonomía de las cosas.

Los pequeños harapientos gritan, chillan, mientras bromean con los quiltros gruñones y raquítics.

Al lado de cada puerta, en braseros y cocinitas portátiles, se calientan tarros con lavaza, tuestos con puchero y teteras con agua. Pegado a las paredes asciende el humo, las manchas de hollín y por sobre los tejados forma una vaga nube gris”.<sup>132</sup>

La frase “*casi burguesa*” resume, de entrada, mucho de lo que quiere decirnos el narrador: el conventillo sería una habitación decente, ajustada a lo que *deben ser* las casas de la gente de bien... si no fuera por unas cuantas particularidades. Todo en él es sucio, deslavado, disonante. Los niños juegan como en cualquier casa de familia, pero éstos son “*pequeños harapientos*”, que tienen como compañeros de juegos a unos perros, que no alcanzan a serlo, conformándose con ser unos “*quiltros gruñones y raquítics*”. Como telón de fondo, la omnipresente nube de humo.

La presencia de niños en estas “postales de conventillo” que se recogen en estas novelas, es una constante que siempre vuelve más aguda la ya crítica situación del lugar; por ejemplo, en este otro conventillo del que nos habla Castro:

“Seis casas más allá del lenocinio, en un conventillo ruinoso y eternamente húmedo, vivía Rita, la lavandera de las niñas [las prostitutas]. Era una pobre mujer, que no hacía

---

<sup>132</sup> José S. González Vera, *El conventillo* en *Vidas Mínimas*, op cit, pp 22-23

más ruido que una sombra, flaca, con un gesto de frío perenne y unas manos llenas de manchas rojizas. Vivía en una sola pieza, con Perico, un negrito de año y medio, puros ojos, que no había aprendido aún a sostenerse sobre sus pies y que gateaba por entre los charcos de barro podrido, comiendo lo que le caía en las manos”<sup>133</sup>

Más ruinoso parece este conventillo si hay un niño que no ha aprendido a caminar al año y medio (¿le ha faltado estímulo, le ha faltado alimento?, tal vez las dos cosas) y que se arrastra en el barro comiendo desperdicios. Más húmedo parece si lo habita una mujer “flaca, con un gesto de frío perenne y unas manos llenas de manchas rojizas”. Los habitantes del conventillo se mimetizan con él, parecen hechos del mismo material; encadenados a las cuatro paredes y al patio sucio que habitan.

Efectivamente, en estas descripciones la pobreza y el ambiente relacionado con ella se muestran como otra “jaula de hierro”<sup>134</sup> que limita la vida de los pobres:

“El calabozo es bastante grande y los hombres pueden sentarse en la tarima de madera que sirve para dormir, pasearse o detenerse junto a la reja y mirar lo que pasa en el patio, por donde deambulan, llevando tarros, escobas o fondos llenos de comida o de desperdicios, seres mucho más miserables que los que hay en el calabozo o en cualquier calabozo, harapientos, barbudos, descalzos, mostrando por las aberturas de sus ropas todo lo que un miserable puede mostrar, borrachos consuetudinarios, de esos que ya no vale la pena poner en libertad porque vuelven al día siguiente o en el mismo día; ladrones envejecidos, que han vivido más de la mitad de su vida allí y que ya no pueden robar nada porque los conocen hasta las moscas de la ciudad y en cuanto los ve cualquier policía o agente los toma presos; o individuos que no tienen dónde dormir ni dónde vivir y prefieren y piden estar allí: están de más en todas partes, excepto quizá en la Morgue”.<sup>135</sup>

Qué tan miserable puede llegar a ser la vida de un hombre para preferir, como éstos que nos cuenta Rojas, vivir en la cárcel sin ser un condenado de la justicia; renunciar a caminar por

---

<sup>133</sup> Oscar Castro, op cit, pp 25. Las anotaciones entre paréntesis son mías.

<sup>134</sup> La expresión “jaula de hierro” pertenece a Max Weber, en relación al proceso de desencantamiento del mundo y la racionalización occidental que deviene en una burocratización de todos los aspectos de la vida, constituyendo una verdadera “jaula de hierro” para los individuos. Ver: Jorge Larraín, Modernidad, razón e identidad en América Latina, Andrés Bello, Santiago, 1996, pp 18 y ss. Me permito aquí hacer un uso libre del concepto.

<sup>135</sup> Manuel Rojas, op cit, pp, 89

las calles, al aire libre; “*seres mucho más miserables que los que hay en al calabozo o en cualquier calabozo*”, ya sin ninguna esperanza de mejorar su condición, que ni siquiera esperan acceder a las cosas buenas de la vida por medio de esa puerta trasera que es el delito.

Más que situaciones aisladas, éste parece ser el cariz de la época y no sólo en la capital:

“En la primera semana, Joaquín me llevó a ciertas fábricas; pero en todas me rechazaron. Las industrias languidecían. Las máquinas estaban dominadas por un sueño sin variante. Los patrones tenían el gesto afeado. Las calles congestionábanse de obreros con las piernas flojas y los brazos en abandono. Mujeres pobrísimas vagaban aleladas. Desde el fondo de las tiendas, los comerciantes vigilaban con nerviosa preocupación el movimiento del hambre hecho hombres y mujeres. De vuelta, el buen Joaquín quejábame de que yo hubiera venido en tan mal tiempo. En otro ya estaría empleado”.<sup>136</sup>

Quien habla aquí es el protagonista de *Una mujer*, que se encuentra en Valparaíso. Todo parece asfixiado por la escasez, y hasta “*los patrones tenían el gesto afeado*”. En todos estos relatos los pobres, en su mayoría, son feos, harapientos, sucios, andan descalzos. En consecuencia sus gestos y actitudes son con frecuencia oscuros y torvos; sus preocupaciones, pedestres hasta la grosería; incluso quienes de entre ellos poseen alguna cualidad sobresaliente, algún propósito elevado; al final son impotentes frente a la fuerza de las circunstancias.

En el pasaje de *Sombras contra el muro* que transcribo a continuación, Aniceto y su amigo Alberto han bebido y se dirigen a la casa de René, un francés, padre de familia, anarquista y lector; que además posee un arma, una Colt, con la que sueña hacer expropiaciones para la

---

<sup>136</sup> José S. González Vera, *Una mujer*, en *Vidas Mínimas*, op cit, pp 95

causa; pero que, en concreto, sólo le sirve para soñar y empeñarla cuando está en apuros económicos. Entusiasmados, Aniceto y Alberto van por la calle cantando un himno revolucionario; Alberto, quien tiene un revólver, da dos tiros al aire. Uno de los hijos de René los escucha a la distancia y, asustado, corre a advertirle a su padre que vienen bandidos a asaltar la casa:

“El padre, que no tenía su Colt, no se inmutó: nadie vendría a asaltar su casa, no existía nada allí que robar, ¿quién le iba a robar un hijo o la mujer? Era baja, morena, siempre con la cabeza revuelta, mal vestida, viva y sucia. Era raro, muy raro, ver a este hombre, francés y culto, estar casado o tener una mujer semejante, pero, al parecer, a pesar de ser francés, la quería: una buena hembra, trabajadora, fiel, y si andaba mal vestida, si hablaba como la más procaz de las chilenas, no se la podía culpar de que hubiese elegido todo eso; simplemente le había tocado, como le tocó ese marido, y no podía sino resignarse. René debería haber pensado en todo eso, ya que era un hombre culto, pero tenía muchas otras cosas en qué pensar: en su pistola, en lo que podría hacer con ella, en lo que haría, en lo que pudo hacer y con eso y con trabajar para alimentar a todos, tenía más que suficiente. Aniceto se asombró de la sordidez de la casa y del ambiente, del aspecto de la mujer y de los niños: andaban semidesnudos, sucios, desaliñados, y el que anunció que venían asaltantes era una especie de lombriz vestida con una camisa y un pantalón sujeto al hombro por una tira de género. Lucía una cara fina, casi aguzada, como de ratón, ojillos vivaces, y los amigos rieron al entrar y saber que había gritado que venían bandidos, ¿qué podían robarle a él, quién se fijaría en él? [...] Eran tres varones y una mujer, el mayor, alto, proporcionado, ostentaba una gran diferencia de rasgos; era casi hermoso, con el pelo dorado y rizado, cabeza redonda, piel blanca [...] Se llamaba también René, pero le decían Totó, apodo extraordinario en Chile para un varón y en una casa así, pero su padre era francés y él había heredado todo lo que de galo podía tener su padre. Al lado del pequeño, que era como un receptor de todo lo chileno que podía tener la madre, Totó parecía una imagen. No había allí nada que beber, nada que servir, un café o un vaso de vino, era tarde y los niños estaban con sueño: todos dormían en la misma pieza. A los amigos se les había desvanecido el vino y, por otra parte, no daban muchos deseos de estar allí. Era preferible la calle. Además, sin su pistola, René casi no tenía de qué hablar, salvo del tiempo o de la salud de los demás y la suya; había olvidado a los escritores franceses: sólo pensaba en su Colt”.<sup>137</sup>

El episodio comienza con la alegría de los dos amigos ebrios por la calle, cantando y dando balazos a lo loco; pasada la euforia inicial, el relato de a poco se va ensombreciendo, para terminar en un tono de desesperanza. Tan misérrimo es el espectáculo que los dos

---

<sup>137</sup> Manuel Rojas, op cit, pp 105 y ss

visitantes, que tampoco habitan palacios, se sienten impulsados a irse, asombrados por “*la sordidez de la casa y del ambiente*”.

La autodeterminación del individuo aclamada por la modernidad, la caída de las cadenas de la tradición, definitivamente no se cumple para la mayoría. La situación de la mujer de René es descrita casi como si fuera una mujer del medievo: le tocó esa suerte, no pudo elegir, “*y no podía sino resignarse*”. Parece que la mano de Dios estuviera de vuelta para determinar el destino de los pobres; pero sabemos que no es Dios: la potencia implacable que somete sus destinos es, ahora, la economía.

Los hijos de René, ponen de relieve ciertos aspectos del discurso del autor que merecen ser mencionados. Totó, el mayor, con sus rasgos nobles, su pelo rizado, “*parecía una imagen*” algo ajeno y distinto a todo lo demás allí; comparado con su propio hermano “*que era como un receptor de todo lo chileno que podía tener la madre*”. Lo europeo es sinónimo de cultura y belleza; en cambio lo nativo, es la procacidad de la madre, su morenez y suciedad, heredadas al hijo pequeño “*una especie de lombriz vestida con una camisa y un pantalón sujeto al hombro por una tira de género*”. Totó también es pobre y vive en el mismo sucucho, y es casi un contrasentido que sea tan bello.

Podría pensarse, a primera vista, que Rojas se hace eco del racismo tan en boga en esos tiempos y de los racistas de la oligarquía que promovían la inmigración europea en el sur para que “mejorara la raza”. Yo creo que hay que hilar más fino. Claramente, el autor está adoptando los términos de este discurso, pero para torcerlos y resignificarlos según su particular visión de la sociedad. Me parece que cuando habla de “lo chileno” está

refiriéndose no a una esencia del *ser* chileno, ni a una supuesta “raza chilena”; sino a una condición social históricamente producida. Lo chileno es aquí la manera en que viven la mayoría de los habitantes de esta tierra, esto es, la miseria, la falta de horizontes. Ya lo ha dicho respecto a la madre: *“una buena hembra, trabajadora, fiel, y si andaba mal vestida, si hablaba como la más procaz de las chilenas, no se la podía culpar de que hubiese elegido todo eso”*, entonces uno podría pensar que esta mujer sería y se vería muy distinta de haber podido elegir; lo chileno tendría entonces otro rostro. Igual que en otro pasaje que ya he citado, donde se describe a un grupo de obreros, sentados a la orilla de la acequia *“de esos que no saben hacer nada y que pueden hacer todo si se tiene la paciencia de dirigirlos; así como son han hecho y hacen muchas cosas”*., pero que el sentido común (que se ha hecho eco de la visión de la oligarquía) tacha de ociosos y bebedores buenos para nada. Creo que la mirada de Rojas sobre los sectores populares es compleja porque contiene el contraste entre lo que son dadas las circunstancias y lo que podrían llegar a ser, si éstas fuesen otras. Y si lo que son resulta tan feo como una lombriz, no se debe ciertamente a un defecto en su esencia, si es que alguna tuvieren.

Por lo demás la suerte del propio René, francés de nacimiento, demuestra hasta qué punto el destino de los hombres está determinado por las condiciones en que viven, más que por su cuna. René, que en otros pasajes es un erudito lector de Voltaire, de Rousseau, de Anatole France, idealista apasionado; se revela ahora como un hombre pobre, agobiado por tener que mantener a flote a su familia. Esta dicotomía no deja de sorprender a sus amigos, que hasta entonces sólo conocían el lado luminoso de su vida. Obsesionado por la posesión de lo único que lo conecta con alguna posibilidad de trascendencia: su pistola, que carga siempre que no la tiene empeñada, mientras está subido en los andamios de pintor, mientras

anda por la calle; con ella ejercita su puntería, soñando con el momento en que disparará por el triunfo de su causa. En realidad es un pobre más, sin futuro: ni su cultura, ni su origen francés, ni su pistola podrán salvarlo del triste final (“y la pistola, sin poderla rescatar, se perdería, tal como su juventud y su edad madura”). Se perdería, no podría ser ni hacer nada de lo que soñó. (“No pudieron, no fueron capaces, querían tenerlo todo para ser algo, oh, no. ¿Y a cuántos les pasaría lo mismo?”). Otro más al que se lo llevó la ventolera.

No es el único. En otra parte he hablado de Cristián y de su destino trágico. Nuevamente Rojas se refiere a lo que en las personas se pierde, debido a que no encuentran un terreno propicio que les permita desarrollar sus potencialidades. En esta cita, Cristián lleva días desaparecido; preocupados, El Filósofo y Aniceto se dedican a buscarlo:

“Fueron a las comisarías y retenes: nada. A la Asistencia Pública: nada. A los hospitales: nada. Sólo queda un lugar: la Morgue. Ahí está. Está desde días atrás y no tiene reclamantes. Irá a la fosa común.

-¿Quieren llevárselo?

-¿Qué haríamos con él?

-¿No tienen para un entierro?

-Ni vendiendo los zapatos juntaríamos para el cajón.

La bala le dio en plena boca y quizá le arrancó los incisivos. Los labios, hinchados, no dejan ver nada; la sangre, además, lo tapa todo. Tiene los ojos abiertos y Aniceto descubre, en esas pupilas muertas, un reflejo que no vio en los ojos vivos, un reflejo de color azul, casi celeste. ¿Algo, dentro de él, correspondió a ese reflejo y, como ese reflejo, nunca fue visto?

-¿Qué hacemos? [...]

-¿Qué vamos a hacer? Cuando ves a un perro o un gato reventado, ¿piensas en lo que vas a hacer? Cristián es uno de esos gatos. Los basureros se hacen cargo de ellos.

-¿Pero quién lo mató?

-¿Quiénes matan a los perros y a los gatos? Lo sorprendieron cuando quería abrir una puerta o una ventana y le dispararon a boca de jarro, de seguro muertos de miedo. La policía no lo averiguará, nosotros no podemos, ¿y qué sacaríamos? Hay muchos hombres y muchas mujeres que están dados de baja antes de que desaparezcan. Son demasiados y ocupan sitio, comen, respiran, se reproducen por millares. Si alguien mata a uno es casi un benefactor.

Se fueron. El Filósofo monologó durante largo rato y su tema fue, más que Cristián, el material humano perdido, ese material que nadie se preocupa de preparar para que sirva de algo. Hay tanto. Se aprovecha el mínimo, lo que trae alguna defensa, propia o



de la familia. Lo demás, que podría servir si alguien se ocupara de ello, va a la fosa común. Oyéndolo, Aniceto siente terror, y el recuerdo de Cristián, de su vida y de su muerte, hace crecer ese terror. [...] Aunque quien sabe si la muerte de Cristián no fue sino el resultado de la impresión que Alberto y Guillermo causaron en él. Sí. ¿Por qué, alguna vez, no podría ser como ellos, resuelto, hábil, limpio? ¿Por qué, algún día, no podrá tener un gran revólver Smith y Wesson con un resplandeciente cañón y seis balas en la nuez, o una Colt del 12 con un cargador repleto, y hablar de los bancos que se pueden asaltar y de los automóviles que se pueden robar? Entonces quizá la policía lo respetara un poco, hasta, tal vez, lo temiera".<sup>138</sup>

Con el escepticismo que le es característico, El Filósofo habla del *material humano perdido*: la inteligencia, la sensibilidad, la creatividad de las que potencialmente cada ser humano es capaz, y que como el pobre cuerpo de Cristián va a parar a la fosa común. En vida, el mundo es testigo de apenas de “*el mínimo, lo que trae alguna defensa, propia o de la familia*”, lo que sirve para que el hombre se mantenga vivo, al menos biológicamente. Con más fuerza que en otros pasajes de la novela, vuelve a plantearse la idea de que todo esto podría ser diferente si alguien se preocupara de cultivar este material para que se desarrolle.

El verdadero rostro de la pobreza se revela más allá de la mera carencia material. El juicio que pueda hacerse sobre esta modernización que sacude a la sociedad, deja atrás la mirada “*economicista*” para profundizar en las consecuencias humanas que éste tiene. Obviamente, éstas están estrechamente relacionadas con la existencia de una sociedad dividida cuya ley de hierro es la economía; con todo, lo que el autor enfatiza aquí es que el pan y el techo no es lo único que falta a los pobres. La tragedia consiste en que, debido a la pobreza, los hombres y las mujeres pasan por este mundo sin haber tenido la posibilidad de probar y descubrir quiénes eran realmente y de qué eran capaces. Esta posibilidad, me parece, es una de las “*promesas*” más profundas y de mayor alcance de la modernidad; una promesa hecha

---

<sup>138</sup> Ibid, pp 14 y ss

al oído de cada hombre y cada mujer, que le augura a cada uno como individuo la llegada de esta nueva época que le permitiría el despliegue ilimitado de sus potencialidades. La modernidad abre esta puerta a la maravillosa aventura del autodesarrollo, al tiempo que interpone entre ella y los pobres un sistema social que impide que éstos la crucen.

Cristián muere cuando intenta, quizá por única vez en su vida, probar sus fuerzas para alcanzar el umbral. Este hecho inesperado en un ser conservador como él, ha sido antecedido por su encuentro con otros hombres, especialmente con uno, Alberto, que encarna una actitud vital radicalmente opuesta a la suya:

“Desde muy joven hizo ejercicios gimnásticos, correr, saltar, respirar, uno, dos, uno dos, correr más ligero, saltar más alto, respirar más profundamente, todo por gusto [...] Adquirió rapidez y elasticidad, además de un ancho y alto pecho. Ya era algo [...] Alberto se fue del hogar, una pieza redonda, sin cocina y sin excusado, en un conventillo; ése era su hogar, el hogar de muchos. No entendía gran cosa de lo que hablaban su maestro y los amigos de su maestro, pero ¿por qué no podría haber alguna vez un lugar en que se trabajara poco, en que no hubiese policías, militares ni patrones y en donde se hiciera mucha vida al aire libre y mucho ejercicio? Un poco por la influencia de esas ideas y otro poco porque su cuerpo se desarrolló bien, adquirió aplomo, más que aplomo, arrogancia y un sentido de independencia que habría irritado a alguien cuya arrogancia estuviese respaldada por el dinero, el poder o la familia; Alberto era zapatero y eso no es motivo para sentirse independiente ni arrogante, sobre todo si no se es más que oficial de zapatero. ¿Qué significa que un clavador de tachuelas, por más que haya oído mentar al Superhombre y hablar de libertad, hecho ejercicios y desarrollado bien su cuerpo, mire con desprecio al dueño de una fábrica, al mayor de ejército, al obispo y al policía? ¿Dónde se ha visto? [...] Y habría seguido mal vestido, arrogante e independiente, aunque inofensivo, si una noche, después de una velada literario-musical, predilectas de los que hablaban de libertad, del Superhombre y de una sociedad sin clases, no hubiese ido con dos amigos a un parque público, en donde se sentaron, primero en un banco y después en el césped, rompiendo enseguida a cantar. Era verano, una noche fresca de verano, y estaban llenos de todo y hambrientos de todo, llenos de deseos, de ilusiones, de buenas intenciones, pero sin poder realizar nada y sin haber comido más que unas miserables papas o porotos. [...] Atraída por los cantos, apareció, entre los árboles, una sombra. [...] ‘¿Qué están haciendo aquí?’, preguntó el recién llegado, un policía. ‘Estamos cantando’. ‘Este no es un sitio para cantar’. ‘¡Bah! ¿Por qué?’. ‘Es un parque público’. ‘Bueno, si es un parque público, ¿por qué no se puede cantar?’. Cuando el policía se habituó a la poca luz, descubrió que se trataba de muchachos o muchachones mal vestidos, tal vez trabajadores, quizá maleantes –las personas decentes no andan mal vestidas -. ‘Ya, ya, se van...’ ‘ Pero, ¿por qué?’ ‘Porque éste no es un lugar para cantar y... porque a mí me da la gana. Ya, ya, se fueron’. Se levantaron refunfuñando y el policía creyó oír u oyó,

entre los refunfuños, una palabra dura. Estiró un brazo y quiso tomara uno, pero andaba con mala suerte: era Alberto".<sup>139</sup>

El incidente termina mal para este policía y para el otro que llega después en su ayuda: en el fragor del forcejeo resultan apuñalados. Alberto y sus acompañantes son detenidos, golpeados e interrogados; pasan cinco meses presos y cincuenta y un días con grillos. En la cárcel, Alberto conoce a ladrones quienes le hablan de otros caminos para sobrevivir:

“Salió de la cárcel más arrogante y más independiente que nunca, odiando ahora a los policías con uniforme o sin él y con algunas confusas ideas sobre la manera de conseguir dinero sin necesidad de permanecer días y días clavando tachuelas o cosiendo zapatos”.<sup>140</sup>

Después de esto Alberto abandonará su oficio y se dedicará a planear un gran golpe que le permita acceder a lo que él cree que es una vida digna de sí mismo: con lujos, con buena ropa. No dejará de relacionarse con anarquistas ni con zapateros. De hecho es en el taller de Oscar, “El Ronco”, donde Aniceto, El Filósofo y Cristián lo conocen, al inicio de la novela. En esa ocasión, los deslumbra con su buen talante, su traje impecable, pero sobre todo, con el revólver que carga en su bolsillo. Realmente, parece que Alberto no perteneciera a esa habitación estrecha y oscura en donde trabajan los zapateros. Frente a ese mediocre destino que él cree haber superado, no siente sino desdén:

“-Trabajando- murmura Alberto, después de mirar a los tres hombres [El Ronco y otros dos zapateros] -. Tachuelas, cueros, suelas, claite... , mugre. Es una entonación entre irónica y despectiva. El hombre de la ventana ríe [Es Guillermo, compañero de Alberto]. El Ronco ríe también o cree que ríe. -¡Qué! ¿Les pagaron?- pregunta. Alberto hace con la cabeza una señal afirmativa. -Por eso vienen tan despreciativos –afirma Oscar-".<sup>141</sup>

---

<sup>139</sup> Ibid, pp 18 y ss.

<sup>140</sup> Ibid, pp 21

<sup>141</sup> Ibid, pp 25

Alberto representa un desafío a la sociedad jerarquizada por el dinero, pero que quiere ser parte de ella accediendo a los objetos y los lujos que ésta ofrece. En él no hay resignación sino arrogancia y ambición. Ha adoptado ideas libertarias, en la medida que le sirven para autoafirmarse como merecedor de una vida mejor que la que la realidad le ha impuesto. Su arrogancia, según el narrador, no se corresponde con su situación de clase, ya *que “era zapatero y eso no es motivo para sentirse independiente ni arrogante”*; por el contrario, lo que se espera de los obreros como él es acato y resignación; y sobre todo temor y respeto a quienes sí tienen derecho de ser arrogantes: el *“dueño de una fábrica, el mayor de ejército, el obispo y el policía”*.

Alberto encarna una excepción a esta regla. Sin embargo, es la misma sociedad quien se encarga de exacerbar esta actitud, empujándola a romper los límites de la ley; el desafío se convierte, entonces, en amenaza. Con la arrogancia a la que cree tener derecho, el policía del parque procede como corresponde proceder con unos muchachos mal vestidos: con arbitrariedad y violencia. Porque estos pobretones (lo mismo da si son trabajadores o maleantes) no merecen el trato de personas decentes, esas que *“no andan mal vestidas”*. Mala suerte la suya que entre estos *muchachones*, estuviera uno que además de ser arrogante, estaba en óptimo estado físico.

Después de su estadía en la cárcel, Alberto aprende que la mala ropa y la poca comida no son las únicas penurias que debe pasar el pobre. Además de esto, está inerme frente a una policía y una justicia hecha a la medida de los ricos. Junto con esto, toma contacto con el delito; una vía lateral, alternativa, que permite el acceso a todo lo bueno (el lujo, la buena comida, la buena ropa); sin exigir de uno que desperdicie su vida en todo lo malo: el

trabajo, es decir, las “*tachuelas, los cueros, las suelas, el claite..., la mugre*”. Claro que, en adelante, estará siempre a riesgo de pasar otra temporada entre rejas, pero, en fin, nada es perfecto.

A su manera, y tal como el policía, Alberto también desprecia a los pobres y sus lamentables afanes por asegurarse una sobrevivencia oscura y miserable. Ha pasado a formar parte de un círculo que es parte de los sectores populares, pero que vive y actúa separado de ellos: el hampa.

Muchos de los personajes de estas obras son parte de ese círculo; sin embargo la mayoría son gente que trata de vivir dentro de la legalidad. Lo cual no significa que tengan una mejor suerte con las leyes y la policía, ni que merezcan un mejor trato de parte de éstas:

“- ¿Qué cree usted que nos pasará? – Preguntó a Aniceto.

- Nada –respondió éste -. No hicimos nada más que una lesera. Mañana nos soltarán.

- ¿Y si nos condenan por curados? Pueden poner en el parte lo que se les dé la gana, que estábamos borrachos, por ejemplo. ¿Con qué vamos a pagar la multa? Son cinco días.

Cinco días... Aniceto sintió terror al pensar que podía estar allí cinco días, condenado por una borrachera que no existió y con riesgo de que algún cabo lo pusiera a barrer calabozos o a lavar letrinas.

- Puede ser –dijo.

¿Para qué preocuparse? No podían hacer absolutamente nada: no tenían dinero, no tenían a quién recurrir, vivían en el desamparo más absoluto, él por lo menos, ¿para qué amargarse la vida pensando en que pasará esto o lo otro?”<sup>142</sup>

En esta cita, Aniceto y Manuel han sido detenidos por estar jugando a lanzarse piedras en la calle. Un motivo fútil, pero que los pone en riesgo de pagar una multa o de tener que pasar cinco días presos; debido a que los policías pueden “*poner en el parte lo que se les dé la gana*”. Es decir, están inermes a merced de la buena o mala voluntad de los representantes

---

<sup>142</sup> Ibid, pp 90

de la ley. Aniceto ya sabe lo que esto significa, pues pasó largos meses en la cárcel de Valparaíso, donde incluso enfermó de pulmonía debido a las pésimas condiciones de vida allí. Entonces, tampoco había hecho nada más que haber sido apresado en medio de una revuelta callejera de la que no sabía el motivo ni formó parte; por negligencia o algún otro motivo misterioso, incluyeron su nombre en el parte del saqueo a un local comercial.<sup>143</sup> La legalidad, la justicia y sus burocracias se asemejan a ese orden tautológico, críptico y despersonalizado hasta la crueldad que Franz Kafka plasmó en *El proceso*. Un orden levantado sobre la racionalidad, se complejiza al punto de hacerse irracional.

“La tejedora se hallaba frente a la puerta, completamente absorta en su tarea y en su monólogo interminable, del cual podía oírse solamente un murmullo en que sobrenadaba una que otra palabra.

El policía se encaró con ella:

- ¿Usted es la madre de la menor... - y carraspeó para acentuar esta expresión que tal vez había oído al oficial de guardia en el cuartel - Lucinda Zapata?

- Sí – contestó la mujer, echando hacia delante la cabeza, como si agrediera- Sí, yo soy. ¿Por qué?

El policía se sintió provocado y quiso abatir aquella soberbia con una información aplastadora:

- Porque esta mañana la pescaron entre cuatro en un pajar de la calle Zañartu. Ahora está en el hospital.

Las manos de la madre continuaron tejiendo en el vacío, con un automatismo sin control, y la primera expresión que se asomó a sus ojos fue de fiereza.

-¡Lucinda!...¡Lucinda!...¡Lucinda!... –y se iba exaltando, como si poco a poco la verdad se hiciera en su cerebro- ¡No es cierto! –aulló con una inflexión de angustia tan animal que nos hizo pensar en una desgarradura de sus entrañas. [...]

La mujer miró hacia todos lados, como imprecando a una potencia salvaje que le aplastaba contra el piso, y se quedó con la boca abierta jadeante, mientras sus dedos engarfitados expresaban lo que no cabía en las palabras.

- Cuando iba para el trabajo –siguió diciendo el hombre de autoridad, sobrecogido a su pesar por el espectáculo –le salieron el Chamango, el Tuna y otros dos más y la arrastraron a un sitio eriazo donde queda el pajar.

En las últimas frases de su relato notábase la fiel transcripción del parte policial.

- ¡Y ustedes! ¡Para qué están ustedes –bramó ella, increpando al uniformado-

¡Tomando que se lo pasan, tomando, tomando en vez de defender a los pobres!

El soldado tuvo un estremecimiento, y pudimos oír el ruido de sus espolines y de sus tacones al cuadrarse instintivamente, como si estuviera recibiendo la reprimenda de un superior. Pero enseguida, al darse cuenta de la realidad, sacó del fondo de su pecho un vozarrón que me hizo cerrar los ojos.

---

<sup>143</sup> Este episodio está relatado en *Hijo de Ladrón*

-¡Y usted, vieja de porquería!..., y usted... ¿qué quería que hiciéramos... ? Agradezca que no le mataron a su cría y que haya guardianes para detener a los bandidos... Los cuatro asaltantes pasaron hoy al juzgado. Los pillamos en menos de una hora. Las mujeres del conventillo estaban todas frente a la puerta, detrás del policía, y ante tal auditorio el soldado siguió vociferando para salvar dignamente su pundonor ofendido [...]  
Lucinda regresó del hospital una semana después. [...]  
No volvió, sin embargo, a salir por las mañanas. Había perdido su empleo en la fábrica ‘por abandono del trabajo’, según dijo el papá del Tululo, que era obrero en la misma industria”.<sup>144</sup>

En este extracto la figura del policía resalta con su ridícula afectación. Tratando por todos los medios de establecer su superioridad como representante de la ley; se traiciona cuando tiende a “*cuadrarse instintivamente, como si estuviera recibiendo la reprimenda de un superior*” ante la reacción visceral de la madre. Efectivamente, la razón está de parte de ella y en el fondo, el policía lo sabe; pero lo que importa aquí no es la razón sino el mantenimiento del orden: un valor supremo que debe ser resguardado. Su representante no comprende ni sus fundamentos ni su lógica, pero lo acata y exige de los demás el mismo acatamiento ciego. Las relaciones laborales muestran también toda su sinrazón: Lucinda fue despedida después de la horrible violación que sufrió. Como trabajadora, está a merced del criterio de su patrón, que en este caso no se hace problema en dejarla cesante, arguyendo asépticamente un “*abandono del trabajo*”.

Lucinda ha sufrido en carne propia los riesgos que entraña el trabajo femenino: verse expuesta a los peligros de la calle y a las arbitrariedades de los patrones. No es fácil para las mujeres entrar al mundo del trabajo asalariado. Todavía hay quienes se resisten a entregar a sus esposas, a sus hermanas, a sus hijas a esa gran bestia que se alimenta de carne humana; por ejemplo la madre de Roberto:

---

<sup>144</sup> Oscar Castro, op cit, pp, pp 66 y ss.

“Defendía a mis hermanas de todo contacto con las cosas brutales de la vida, y cuando la mayor, Estela, le anunció su propósito de trabajar, su suave mansedumbre se transformó en una silenciosa fiereza que no admitía objeciones.

- No, no y no –le oí decir aquella mañana -. Yo tomaré lavados y me amaneceré en la artesa, pero ninguna de ustedes se verá expuesta a los peligros de la calle.

Intentó hacerlo, efectivamente, y la vimos destrozarse en una labor agotadora y mal retribuida. [...] Pasábamos días amargos. Mi padre se había entregado definitivamente a la bebida y nada podía esperarse de él. [...] La última prenda presentable, una blusa que mi madre se ponía para salir, había sido enviada una semana antes al montepío: con su producto cominos un día y medio. El demás tiempo nos alimentamos de milagro. Pero aquello no podía mantenerse indefinidamente, pues debíamos, además, tres meses de arriendo, y el propietario, un hombre cetrino, agresivo y resoplante, nos había amenazado con lanzarnos a la calle si no pagábamos.

Sólo entonces accedió mi madre a los ruegos de Estela. Y lo hizo como quien se arranca un pedazo del corazón para tirarlo al barro”.<sup>145</sup>

Pero todas las resistencias de una madre son impotentes frente a la urgencia de la necesidad económica. Veamos, a continuación, otra de las caras del trabajo femenino, la prostitución:

“Las asiladas de la Vieja Linda –doce en total- levantábanse cuando muy temprano a mediodía y eran unas pobres cosas abandonadas de toda gracia. Parecían yeguas cansadas y hacían con la boca gestos de asco que delataban el malestar de sus pobres estómagos. En enaguas, despeinadas, levantando los brazos para dar un bostezo, miraban el mundo con ojos sin brillo y a menudo formaban terribles alborotos y reyertas que la patrona terminaba a escobazos. Enfurruñadas, iban a sentarse en el patio para despiojarse la cabeza unas a otras. Y casi no hablaban porque ya todo estaba dicho y porque se habían aburrido de hacer proyectos. Vivirían allí hasta la muerte, porque cada una tenía deudas que no podría pagar jamás.

A veces, alguna se aventuraba al centro, acompañada siempre por el Saucino, que tenía instrucciones de no perderle pisada. En otras ocasiones internábanse por la vía férrea y volvían coronadas con ramas de sauce que les daban una mentira de juventud y de inocencia. Sólo entonces las vi reír con claridad, cual si los pastos y las aguas les lavaran un poco el corazón.”<sup>146</sup>

Por cierto que la prostitución es un oficio muy antiguo, que precede al trabajo asalariado.

Sin embargo, la modernización la incluye aportando, además, un lenguaje apropiado para calificar a las prostitutas como lo que son: trabajadoras sexuales. Como las obreras, las lavanderas y las vendedoras, las prostitutas viven limitadas por el estrecho horizonte de su trabajo, que por añadidura las obliga a residir en el recinto donde lo desempeñan. Algo de

---

<sup>145</sup> Ibid, op cit, pp 99-100

<sup>146</sup> Ibid, pp 32-33



esclavitud tiene este oficio, si cuando van al centro lo hacen seguidas por el hijo de la “cabrona” “*que tenía instrucciones de no perderles pisada*”. Como los obreros del salitre que hipotecaban su salario en las pulperías, las prostitutas mantienen “*deudas que no podrían pagar jamás*” con la dueña del prostíbulo.

La escasez no deja de tener consecuencias en la conciencia de los pobres. Quiero destacar la existencia de una suerte de “mentalidad fetichista” en los deseos de la gente que habita en estas novelas. Con ello me refiero a la aspiración de integrarse en el caudal de progresos y beneficios de la modernización a través de la posesión y el consumo de los objetos que la representan. Ya se vio como Alberto pensaba en una mejora de su situación expresada en vestirse bien y cómo los zapateros y visitantes se impresionaban por que éste poseía un revólver, objeto que parece animado por vida propia (“*Aparece como el cachorro de un animal insólito, un cachorro callado y serio; parece dormir, pero se teme que en cualquier momento pueda ladrar o rugir o morder con una terrible fuerza*”)<sup>147</sup>. O René, que también atribuía a su Colt, cualidades especiales. También González Vera aporta ejemplos de lo que planteo:

“En un momento en que voy en busca de agua, el zapatero me detiene. Suele hacerlo a las pérdidas, porque es poco comunicativo.  
-Usted quema la plata –dice- También fumé cuando era joven. Comprendí que era un disparate y lo dejé. Bebí alguna vez por compromiso, pero hice un esfuerzo de voluntad –aquí trató de ver a su cónyuge -. Donde usted me ve, no tengo ningún vicio. He dejado de ser un animal. Leo, leo sobre los fines de la democracia. Son hermosos en el papel, pero ¿quiénes prosperan? Los diputados, los senadores, también los empleados públicos, los cantineros del partido. Al pueblo le conviene otra cosa: le conviene la revolución. Si hay una, le juro que me meto. Cuando uno piensa en las mujeres que tienen los ricos, es terrible, tan blancas, tan preciosas, parecen hachas a mano –y buscó con la mirada la suya que, seguramente, estaría paladeando su ración de morapio en la taberna del catalán”.<sup>148</sup>

---

<sup>147</sup> Manuel Rojas, op cit, pp 26

<sup>148</sup> José S. González Vera, op cit, pp 72

Nótese como este zapatero que ha leído y ha sido influido por teorías revolucionarias y que tiene una visión crítica de la desigualdad entre ricos y pobres; sitúa como ejemplo extremo de esta injusticia a “*las mujeres que tienen los ricos, tan blancas, tan preciosas, parecen hachas a mano*” comparadas con las mujeres de los pobres, como la suya, callada y sin gracia que por añadidura gusta del licor de la cantina cercana. Para este hombre una revolución que cambie la sociedad, debe tener entre sus objetivos que los pobres también puedan disfrutar de “objetos” lujosos como amantes bellas y apetitosas.

El dinero, fetiche de fetiches, también enciende las fantasías de los vecinos y vecinas del conventillo, hasta extremos risibles. Por ejemplo, sobre Bautista, de oficio “trapero”, quien ocupa un cuartucho al fondo del patio y lleva una vida de ermitaño, existe un misterio que tortura a las vecinas más preocupadas de la vida ajena:

“Más tarde se encierra. Así permanece horas y horas. Esto intriga. Al principio se creyó que se tumbaba a dormir, pero, como él no cesa de moverse, las más han quedado desconcertadas y, como las irrita la duda, resolvieron que cuenta dinero. Aunque sea posible, algunas dudan, mueven la cabeza y sonríen; una mujer, impaciente, afirma que no puede hacer otra cosa, pues ella sabe que, en ese oficio, no pasa un día sin que se encuentren anillos, carteras y otras preciosidades”.<sup>149</sup>

Es cómico que a las copuchentas no se les pudo haber ocurrido nada más descabellado que este hombre “*cuente dinero*” durante horas, en circunstancias de que es tanto o más pobre que ellas. Lo misterioso entraña para estas vecinas algo de fantasía y el dinero, las joyas y las cosas de valor aparecen como lo que mejor se ajusta a la maravilla.

Para cerrar este capítulo, quiero poner de relieve algunos aspectos del discurso de estos tres autores que salen de la órbita exclusiva de los sectores populares para referirse a “los

---

<sup>149</sup> Ibid, pp 59

otros”, esto es, a los ricos, burgueses u oligarcas y a la sociedad en su conjunto como una sociedad dividida en clases.

Castro y González Vera expresan en términos muy parecidos su visión sobre la actitud de los miembros de la clase dirigente hacia los pobres:

“A quien se ha labrado su riqueza con luchas y privaciones le falta comprensión para la miseria ajena. No entiende que a los demás les pueda vencer el destino. Más aún: para ellos no existe el destino en forma de potencia adversa, sino como un instrumento que facilita la tarea de quien sabe emplearlo”<sup>150</sup>

“Joaquín también salía a recorrer oficinas fiscales con la esperanza de que le dieran una pensión; pero entonces los sobrevivientes de la guerra eran multitud, y costaba lágrimas, y trajines infinitos, que la patria otorgase un pan a sus viejos veteranos, aunque fueran inválidos y ayunantes. Es cierto que a la patria la representaban hombres pudientes y para éstos la miseria era vicio”.<sup>151</sup>

Estos autores ven a los ricos como portadores del discurso típicamente burgués del *self made man*. El potentado y el gobernante aclaman su suerte como producto de su esfuerzo y sus méritos y consideran a los que han quedado atrás como responsables de su rezago. Aunque vengan “de abajo”, su actitud hacia los pobres es despiadada y no tiene contemplaciones, puesto “*para éstos la miseria era vicio*”.

En su vida, estos hombres ven confirmada la posibilidad de ascenso social abierta por la modernidad; que, teóricamente está igualmente abierta para todos y todas. Pero esa igualdad encuentra los mismos límites de la libertad burguesa: son principios abstractos, propuestos para el “hombre y el ciudadano”, entes también abstractos. Al hacer *tabula rasa*, la modernidad da la espalda a la historia y a la noción de un hombre y una mujer producidos histórica y socialmente. Cuando a partir de 1789, la burguesía francesa inaugura

---

<sup>150</sup> Oscar Castro, op cit, pp 112

<sup>151</sup> José S. González Vera, op cit, pp 96-97

una nueva etapa en la historia de la humanidad, implícitamente asumía que en esta carrera que es el progreso todos y todas partían del mismo lugar y estaban en las mismas condiciones para enfrentarla: el noble igual que el campesino; el maestro igual que el oficial; el industrial igual que el obrero. Estas nociones constituyen la ideología de la modernidad burguesa que, como un grueso manto, ha cubierto desde entonces el carácter clasista de tales nociones y de sus consecuencias prácticas.

El ascenso social, el autodesarrollo, el progreso material y moral efectivamente se han abierto, pero no para todos. Desde Marx, en adelante, todas las teorías que han develado la lógica intrínseca del capitalismo han demostrado que para que el sistema funcione *necesariamente* deben existir pobres y ricos, explotados y explotadores, naciones desarrolladas y naciones “atrasadas”.

“¿No terminarían nunca de hablar? ¿No llegaría un momento en que pudiesen hacer lo que querían? ¿Qué era necesario? ¿Matar, llorar, disparar revólveres, pedir perdón? Pero ¿qué hablaba él? Era como los otros. Pensaba cosas, imaginaba cosas y de ahí no salía. Se imaginaba que un muro muy alto, como el de los Lamentos o como los de Jericó, se erguía delante de todos ellos y de otros como ellos, un muro que no se podía penetrar ni subir y ante el cual no hacían más que hablar, gritar, llorar y morir; detrás del muro existía una posibilidad de amor, de justicia, de abundancia, de paz, pero miles de individuos, acompañados de sus sirvientes, estaban en lo alto, y aunque no disfrutaban sino guiñapos de aquella posibilidad, guiñapos que se disputaban con dientes y uñas, impedían que nadie entrara o subiera. Había que encontrar armas más finas y poderosas que las palabras y el llanto para subir o penetrar el muro”.<sup>152</sup>

De esta imagen de Manuel Rojas, profunda como todo en su narrativa y que, por lo demás habla por sí sola, me interesa subrayar un detalle: las clases en el poder, los que están arriba del muro, impidiendo que los demás suban, sólo disfrutaban “*guiñapos de aquella posibilidad*” de amor, de justicia, de abundancia. Obligados a construir un mundo mezquino para la mayoría, se obligan a sí mismos a compartir con los demás parte de

---

<sup>152</sup> Manuel Rojas, op cit, pp 210

aquella escasez. Aunque se llenen de lujos y sirvientes, están igualmente privados de disfrutar plenamente las posibilidades de la vida humana.

## Conclusiones

Desde un comienzo, la relación de América Latina con las metrópolis europeas, y más tarde con Estados Unidos, fue una relación de dependencia y subordinación. Al interior de las sociedades locales y sobre todo a partir de la independencia, los esfuerzos de las elites dirigentes estuvieron orientados hacia la adopción de las instituciones y la cultura europea moderna, pues no concebían otra manera de que Latinoamérica entrara en el curso de la historia.

A lo largo del siglo XIX, en Chile se observa la conformación de una *cultura liberal republicana* al interior de la elite y cuyo momento fundante fue la "Generación de 1842", la que recoge el legado de los ilustrados de la independencia imbuidos de la Ilustración europea, para convertirlo en el *deber ser* de la sociedad. Con todo, este discurso tardará en tener repercusiones más amplias, encontrando una fuerte resistencia dentro de la fracción conservadora de la propia elite, a la sazón, el grupo rector del país.

Para finales de esa centuria en toda América Latina se produce un salto cualitativo en el proceso modernizador, hasta entonces lento y restringido. Este hecho está determinado por el nuevo escenario internacional en que el capitalismo metropolitano acomoda sus relaciones con las periferias para asegurar el suministro de materias primas y un mercado consumidor de los productos de su industria. De esta *modernización internacionalista* surgirá el cariz contemporáneo de todos los países del continente.

A partir de entonces, la modernización afectará a toda la sociedad, quedando en evidencia el carácter clasista del discurso modernizador de la elite. Al tiempo que se aclama la entrada de la nación en una nueva era de progreso y bienestar, en concreto las nuevas condiciones sólo emergieron una vez que se cerraron todos los caminos de desarrollo autónomo para las masas populares. Su masivo tránsito desde la pequeña producción independiente hacia la proletarización definitiva, significó su pauperización, quedando a merced de la omnipotencia de los capitales nacionales y extranjeros.

En este contexto de modernización impuesta "desde arriba", no es extraño que los sectores populares asumieran la modernidad cultural como algo ajeno y, por otra parte, que en su seno sobrevivieran patrones de comportamiento y visiones de mundo ligadas al autoritarismo paternalista de corte tradicional. Esto se puso de manifiesto en todo el continente cuando el surgimiento de los caudillismos: con un revestimiento democrático y populista, los viejos modos de ser y pensar se toman la esfera de la política y la cultura.

La modernidad cultural, en tanto, se desarrollará en la figura de una intelectualidad proveniente de los sectores populares y medios caracterizada por su crítica a la modernización de la elite y el afán de educación y reforma social. Estos intelectuales sin fortuna ni influencias serán los *ilustrados tardíos* de Latinoamérica, toda vez que encarnan la primera búsqueda cultural independiente que rechaza la dependencia hacia los modelos culturales europeos. En la literatura, esta búsqueda puede definirse como los primeros intentos por *descolonizar*, en un contexto moderno, el imaginario latinoamericano, de la cual surgirá la literatura contemporánea en América Latina.

Pese a su crítica hacia la modernización tal como había tenido lugar en sus países, estos intelectuales no dejarán de situarse al interior del discurso moderno, actualizando muchas de sus contradicciones. Esto se expresa en su afán por ser reconocidos en la esfera pública y en su demanda dirigida hacia el estado por una mayor y mejor promoción del desarrollo cultural. Además, esta intelectualidad no dejó de formar parte del foro público, politizándose y tomando parte activa en los movimientos de reforma social.

Las figuras de Oscar Castro, Manuel Rojas y José Santos González Vera son representativas de las principales características de estas nuevas generaciones de artistas y literatos, aunque no llegaron a identificarse en la militancia de ningún partido político. Son de extracción popular o de clase media, lo que los obliga a trabajar en diversos oficios ajenos a su actividad literaria, de hecho, ninguno logra vivir de su producción. Su mirada es una mirada de crítica y de denuncia de las insuficiencias e injusticias de su época, sobre todo en lo que respecta a la vida de los sectores populares.

A partir de las novelas analizadas es posible reconstruir la visión de estos escritores sobre el impacto de la modernización que experimenta la sociedad chilena en la vida y las posibilidades de integración social y autodesarrollo de los sectores populares.

El análisis que he construido se ha centrado en tres aspectos que a mi juicio son los más relevantes dada la perspectiva específica que lo enmarca. Estos aspectos son la vida en la ciudad como eje de la experiencia moderna, la cultura letrada y el oficio intelectual y, por último, las promesas de la modernidad resumidas como la posibilidad de mejoramiento de



las condiciones materiales de vida y aquélla que dice relación con la realización de las potencialidades de los sujetos.

En cuanto a la vida urbana, el estudio de los discursos de Manuel Rojas en *Sombras contra el muro* apuntan a que la ciudad es el escenario propio de la experiencia de modernidad de los sectores populares. La misma realidad histórica influye en ello, ya que cuantitativa y cualitativamente las ciudades chilenas y latinoamericanas se constituyen, a partir de los últimos años del siglo XIX, en el corazón de la vida social.

La manera en que Rojas representa esta experiencia está marcada por la diversidad y el desarraigo de sus protagonistas. La vida urbana moderna tiene su centro en el afán de todos ellos por *llegar a ser algo*, en el sentido de realizar sus deseos que van desde la satisfacción de las necesidades básicas a su realización como personas. Este aparece como el elemento que unifica la experiencia de seres que aparentemente no tienen nada más en común aparte de su pobreza. Este empeño por satisfacer sus aspiraciones se da en un contexto que puede resumirse en la metáfora de *la ventolera*, el tiempo, la historia y las circunstancias que amenazan con arrasar los precarios esfuerzos de los pobres por ser y hacer que desean.

Rojas construye su discurso centrado en la subjetividad de los personajes sin abandonar un posicionamiento respecto a la realidad en que éstos viven, incluyendo consideraciones sobre la historia, la política y la sociedad en general; confluyendo con la mirada de los modernistas europeos del siglo XIX, para quienes los distintos aspectos de la vida personal y colectiva moderna conforman una totalidad. Por otra parte, el carácter moderno de este discurso está reforzado por el mismo hecho de que sea el mundo interior de los personajes

la base sobre la cual el autor estructura su narración, lo que le da sentido y coherencia. Esto confirma que Rojas, junto a otros escritores de su época, representan una ruptura respecto a la narrativa chilena hasta ese entonces, cuyo paradigma era la novela naturalista centrada en el relato lineal de los hechos exteriores y que no daba cuenta de la complejidad y riqueza subjetiva (la *vida síquica*, en palabras del mismo autor) de los hombres y las mujeres. De esta forma, el autor logra dar a su producción literaria un alcance universal sin abandonar los temas, los personajes ni el contexto local.

El análisis conjunto de las tres novelas escogidas ha servido para ponderar el papel que cumple el ejercicio de actividades artísticas o intelectuales en la experiencia moderna de los sectores populares. El hecho de que las tres novelas sean de corte autobiográfico, permite afirmar que en este aspecto específico, los autores están dando cuenta de su propia trayectoria que parte en el seno de éstos, cercana a grupos marginales y proscritos, y que termina en una diferenciación que los integra a los sectores medios. Por ello, mi propuesta consiste en que la cultura letrada y su ejercicio abre una brecha que permite a algunos individuos romper el determinismo de la sociedad de clases para realizar las promesas de la modernidad que resumí más arriba, primero, como ascenso social (*progreso material*) y, segundo, como camino hacia el autodesarrollo individual (*progreso moral*).

En la exposición han quedado de manifiesto algunos aspectos problemáticos y contradictorios de este hecho: por un lado, son sólo unos pocos los que pueden integrar los círculos ilustrados, el resto de sus pares queda irremisiblemente condenado a una existencia oscura y degradada. Por otra parte y pese a su pensamiento igualitario, los escritores tienden a replicar el discurso aristocrático propio de los ilustrados de la elite, lo cual abre el

legítimo cuestionamiento sobre si efectivamente es posible una modernidad cultural que no sea excluyente ni aristocratizante; ya que si bien estos autores cuestionan la jerarquización en función de la economía, manifiestan una tendencia a legitimar otra basada en el grado de desarrollo del intelecto y la sensibilidad. En la práctica, el discurso aristocratizante se confirma y refuerza por la separación que se produce entre el letrado y el resto de la sociedad, especialmente de los sectores populares, lo cual es paradójico dado que son ellos quienes protagonizan las novelas y de los que estos escritores se sienten parte y es respecto a ellos que la *función ideologizante* de los intelectuales cobra su sentido.

En el mundo representado, esta separación se expresa en el hecho de que la lectura y el acceso a la educación distancian, en la conciencia y en los hechos, a los protagonistas de su contexto de origen. En términos históricos, la separación está expresada en la escasa receptividad del público masivo hacia las obras y a las iniciativas de los intelectuales en pos de difundir la cultura, como queda en evidencia en el caso de "Los Inútiles" de Rancagua. En cambio, los intelectuales y artistas tienden a constituir la esfera especializada de la cultura ilustrada, a contrapelo del gusto y preferencias del público masivo, tempranamente captado por espectáculos livianos orientados a la entretención y por la literatura de masas.

Así, entonces, puede afirmarse que en Chile y en Latinoamérica se verifica el fenómeno característicamente moderno de la escisión en distintos ámbitos de especialización, asociada al surgimiento de expertos que monopolizan el conocimiento y su producción, conocimiento cada vez más distante de la praxis cotidiana.

Respecto a la relación de los sectores populares con las promesas de la modernidad, en las novelas es patente que, salvo los pocos individuos que encuentran condiciones para integrarse, la mayoría queda relegada a la pobreza y la mediocridad. La miseria, en el discurso de los escritores, no se muestra sólo como una carencia material, sino también como la postración espiritual de los pobres, envilecidos por la cruda sobrevivencia. El mundo de los arrabales y conventillos es dibujado en las novelas con colores sucios y habitado por figuras lamentables, procaces y sin gracia. Los personajes están virtualmente prisioneros de la realidad que están obligados a vivir, obsesionados por la posesión de objetos que representan su contacto con una realidad más plena que la que viven cotidianamente, transformándose en fetiches.

Las actitudes vitales de estos personajes varían mucho entre sí y van desde la obstinación por aferrarse a las seguridades provenientes de los lugares y gestos ya conocidos, muy cercana a la resignación, hasta una arrogancia que en sí misma representa un desafío a la sociedad. Todas ellas están condicionadas y a la vez buscan ser una respuesta hacia las condiciones de escasez y precariedad que pesan sobre las vidas de estos hombres y mujeres.

Sobre esto último, en Manuel Rojas hay indicios que permiten reconstituir su particular visión sobre las causas de la pobreza y la supuesta incapacidad de los pobres para producir nada que valga la pena. Rojas considera que los sujetos son producto de las circunstancias en que viven, abandonando todo indicio de esencialismo. La depravación y fealdad de los pobres se explica por el hecho de que no han encontrado la oportunidad de desplegar en el mundo todo el potencial que contienen, limitándose a sobrevivir malamente; todo lo demás,

lo que no pudo desarrollarse, es *material humano perdido* que literalmente va a la fosa común.

La ciudad, en tanto, está segregada por la riqueza o la falta de ella, reproduciendo y reforzando la miseria; ya que la suerte de los individuos aparece determinada por el lugar físico en que nacen y viven, y que es expresión del lugar que ocupan en una sociedad dividida en clases. En general, todo el orden social atenta contra el bienestar de los pobres, desde las relaciones laborales hasta el aparato jurídico. De hecho, la relación que estos sujetos mantienen con la policía, representante de ese orden, los pone a riesgo de ser objeto de arbitrariedades y atropellos de toda índole.

Estos discursos sobre la pobreza y la exclusión tienen un correlato en la realidad histórica de principios de siglo. Efectivamente, las ciudades chilenas crecen al tiempo que se diferencian en su interior territorios para cada clase social: mientras la elite vive en la *ciudad ilustrada, opulenta y cristiana* de Vicuña Mackenna, los sectores populares habitan *el potrero de la muerte* representado en los suburbios o bien en los conventillos cercanos al centro. En esta época la modernización de la elite, de sesgo autoritario y excluyente, alcanza una profunda crisis ya que los marginados de los beneficios del "progreso" irrumpen en la escena pública enfrentándose abiertamente con el orden impuesto por la clase dominante. En el tiempo, este enfrentamiento encontrará una solución momentánea en la creación de un estado de compromiso que busca dar cabida, mediante la representación política, a las demandas de los sectores populares y medios. Este compromiso entre las clases es inaugurado por el triunfo del Frente Popular en 1938.

Sin embargo, la historia posterior del país y del continente suscita interrogantes sobre el carácter de la modernidad capitalista, más allá de las formas específicas que ésta ha asumido. Creo que hay razones para pensar que la exclusión y la existencia de ricos y pobres, que se replica a nivel internacional con la de naciones "desarrolladas" y "subdesarrolladas", más que una falencia o una desviación circunstancial del *proyecto moderno* son parte constitutiva de él, condición necesaria para su existencia.

## **Bibliografía General**

Alegría, Fernando, Las fronteras del realismo. Literatura chilena del siglo XX, Zig-Zag, Santiago, 1962

Berman, Marshall, “Todo lo sólido se desvanece en el aire: Marx, la modernidad y la modernización” En: Aventuras marxistas, Siglo XXI, Buenos Aires, 2003.

\_\_\_\_\_, Brindis por la modernidad, En: Nicolás Casullo, El debate Modernidad-Posmodernidad, 2ª edición ampliada y actualizada, Retórica, Buenos Aires, 2004

Castro, Oscar, La vida simplemente, Andrés Bello, Santiago, 2000

Drago, Gonzalo, Oscar Castro. Hombre y poeta, Epistolario, Orbe, Santiago, s/f

Fernández Fraile, Maximino, Historia de la literatura chilena, tomo II, Editorial Salesiana, Santiago, 1996

Franco, Jean, Historia de la literatura hispanoamericana. A partir de la independencia, (1973), Ariel, Barcelona, 1981

González Vera, José Santos, Vidas mínimas, (1923), Nascimento, Octava Edición, 1973

\_\_\_\_\_, Algunos, Nascimento, Santiago, 1959

Gutiérrez, Leandro y Romero, Luis Alberto, Sectores populares, cultura y política. Buenos Aires de la entreguerra, Sudamericana, Buenos Aires, 1995

Habermas, Jürgen, Historia y crítica de la opinión pública, G.Gili editores, México, 1994

\_\_\_\_\_, Modernidad: un proyecto incompleto. En: Nicolás Casullo, El debate Modernidad-Posmodernidad, 2ª edición ampliada y actualizada, Retórica, Buenos Aires, 2004

Halperin Donghi, Tulio, Historia contemporánea de América Latina, (1967), Alianza Editorial, Buenos Aires, 2005

Larraín Ibáñez, Jorge, Modernidad, razón e identidad en América Latina, Andrés Bello, Santiago, 1996

Martín-Barbero, Jesús, De los medios a las mediaciones. Comunicación, cultura y hegemonía, GG MassMedia, Barcelona, 1991

Marx, Karl y Engels, Friedrich, Manifiesto del Partido Comunista (1848) en [www.librodot.com](http://www.librodot.com)

Montenegro, Ernesto, Mis contemporáneos. Ensayos biográficos y de crítica literaria, Instituto de Literatura Chilena, Universidad de Chile, Santiago, 1967.

- Promis, José, La novela chilena del último siglo, Editorial La Noria, Santiago, 1993
- Rama, Angel, La ciudad letrada, Ediciones Norte, Hannover, 1984
- Ramón, Armando de, Santiago de Chile, Mapfre, Madrid, 1992
- Rojas, Manuel, Sombras contra el muro, Quimantú, Santiago, 1973
- \_\_\_\_\_, Hijo de Ladrón, (1951), Zig-Zag, Santiago, sexta edición, 1959
- \_\_\_\_\_, Antología autobiográfica, (1962), Lom, segunda edición, 1995
- \_\_\_\_\_, *et al*, Homenaje a González Vera, (folleto), Amigos de González Vera, Santiago, 1971
- Rajo, Grinor, Diez tesis sobre la crítica, Lom, Santiago, 2001.
- \_\_\_\_\_, "Trilla, *Para empezar a conversar sobre la generación de escritores chilenos de 1938*" (Inédito)
- Román Lagunas, Jorge, Bibliografía de y sobre Manuel Rojas, en: *Revista Chilena de Literatura*, no.27-28, 1986, pp 143-172
- \_\_\_\_\_, La novela chilena: estado de las investigaciones y fuentes generales de información, en: *Revista Chilena de Literatura*, no. 24, 1984, pp 103-118
- Romero, José Luis, Latinoamérica: las ciudades y las ideas, Siglo XXI, Buenos Aires, 1976.
- Salazar, Gabriel y Pinto, Julio, Historia Contemporánea de Chile, tomo I: *Estado, legitimidad, ciudadanía*, Lom, 1999, Santiago
- Sarlo, Beatriz, Una modernidad periférica: Buenos Aires 1920 y 1930, Nueva Visión, Buenos Aires, 1988
- Subercaseaux, Bernardo, Historia del libro en Chile (alma y cuerpo), (1993), Lom, Santiago, 2000,
- Teitelboim, Volodia, Sobre la antología del 35 y la generación del 38, en: *Revista Chilena de Literatura*, no.42, 1993, pp 251-263



